

Dalmiro Sáenz

se

SETENTA VECES SIETE



Dalmiro Sáenz ha hallado, en el difícil género del cuento, el terreno más adecuado para ejercitar su profundo don de observación y el sentido trascendente que su mirada descubre hasta en lo más sórdido y abyecto de la condición humana.

«Dios es el protagonista de este libro. Pretendo que se lo note —escribe el autor en el prólogo—. Si no lo he logrado les agradeceré que recuerden que debemos perdonar no siete, sino setenta veces siete».

Y algo más arriba, explica: «Todos tenemos nuestro camino de Damasco. En algunos se desliza en el plácido continuar de una educación cristiana, en otros surge con la fatal consecuencia del hombre que pregunta, en otros emerge ante la fuerza de la vida, ante la humana monstruosidad del pecado original, ante el feroz desplante del hombre que peca, dependiendo quizás de este pecado como único puente entre él y Nuestro Señor, como fue puente de gracia la lanza aquella que el soldado romano clavó en Su costado, en esa tarde sublime de la Redención».

«Para estos últimos está dedicado este libro, para los que necesitan de Su ausencia, para los que tuvimos que golpearlo, azotarlo y clavarlo en la cruz, para entonces saber que existía».

De ahí que al terminar la lectura de este libro vuelvan a nuestra mente las palabras del Evangelio, invocadas en su título: «Entonces Pedro le dijo: “Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? ¿Hasta siete veces?”. “Jesús le dijo: No te digo hasta siete veces sino hasta setenta veces siete”». Y mientras sentimos aún la presencia de la prostituta, del poblador semibárbaro, del marinero borracho o del asesino sin remordimientos, advertimos tal vez que sobre ellos caen lágrimas desde lo alto, como un rocío de misericordia.



Dalmiro Sáenz

Setenta veces siete

ePub r1.1

Titivillus 09.01.2022

Dalmiro Sáenz, 1956
Retoque de cubierta: diego77

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PRÓLOGO

No debería ser necesario pero es posible que lo sea y si lo es se debe a que la pluma del autor —demasiado nueva o demasiado inhábil— no fue capaz de hacer innecesarias las explicaciones y ahora recurre al pesado recurso de poner al principio aquello que se escribe al final y no se lee nunca y se denomina prólogo.

Empezó todo en un *cabaret* o tal vez en las clases de catecismo. El *cabaret* se llamaba *El cielo de California* y tenía entrada por Leandro Alem y por 25 de Mayo. Había en la puerta un portero alto vestido de *cowboy* y en un costado unas peceras grandes iluminadas.

Las clases de catecismo fueron en varios lados, siempre delante de un librito manoseado de tapas grises cuya primera pregunta era: «¿Sois cristiano?» y cuya inmediata respuesta era: «Sí, señor, soy cristiano por la gracia de Dios».

Muchos de ustedes probablemente habrán pasado por el librito de las tapas grises y supongo que tal vez algunos por *El cielo de California*: no los quiero comparar, sino simplemente explicar la influencia que ambos han tenido en este libro.

El libro de catecismo me habló mil veces de la existencia de Dios, pero nunca me hizo sentir su presencia. *El cielo de California* me mostró en cambio la ausencia de Dios y precisamente en eso me confirmó su existencia.

Fue una noche, yo tendría unos dieciséis años y el *cabaret* se acababa de abrir. Era esa hora clásica en que empieza la actividad nocturna, en que los mozos están distribuyendo las sillas y las mujeres bailan entre ellas o charlan diseminadas por el local; tal vez estuviera Davidson, el judío ciego, o el viejito aquel que tantos recordamos, que vendía sus libros envueltos en

misterio y oculta su tapa por una franja ancha y pornográfica, que algunos compraban con disimulada expectativa para encontrarse después con *Stella* o *Platero y Yo*.

No recuerdo quienes estaban, tengo una vaga idea de un hombre con saco azul hablando con un mozo y en una mesa cercana la cabeza apoyada en un antebrazo cansado y la nuca con pelo corto de algún marinero inglés.

Primero fueron unos gritos desde adentro del baño, después un apresurado correr de todos y alguien dijo fuerte: «Está con ataque», y unos minutos más tarde, una mujer rígida de vestido azul brillante traída entre cuatro y depositada con cuidado en el piso frío junto al bar de estaño y la salivadera blanca.

Estaba muerta en el suelo, en un grotesco desorden, y nosotros parados alrededor, con las piernas abiertas y la mirada baja, mirando el cadáver como quien mira un abismo o un pozo hondo de invisible perspectiva, unidos todos por una especie de animal, pagano y desolador desamparo.

Yo salí en seguida por la puerta de 25 de Mayo y caminé despacio por la noche fría hasta llegar a Retiro, subí por San Martín y me paré frente a la reja negra de la iglesia cerrada.

Todos tenemos nuestro camino de Damasco. En algunos se desliza en el plácido continuar de una educación cristiana, en otros surge con la fatal consecuencia del hombre que pregunta, en otros emerge ante la fuerza de la vida, ante la humana monstruosidad del pecado original, ante el feroz desplante del hombre que peca, dependiendo quizás de este pecado como único puente entre él y Nuestro Señor, como fue puente de gracia la lanza aquella que el soldado romano clavó en Su costado en esa tarde sublime de la Redención.

Para estos últimos está dedicado este libro, para los que necesitan de su ausencia para confirmar su existencia, para los que tuvimos que golpearlo, azotarlo y clavarlo en la cruz, para entonces saber que existía.

Dios es el protagonista de este libro. Pretendo que se lo note. Si no lo he logrado les agradeceré que recuerden que debemos perdonar no siete, sino setenta veces siete y que involucren en este número a los malos escritores.

EL AUTOR

JOHN KIRK

FUE HACE mucho, sí. Hace muchos años; forma parte de ese tiempo que se mide por recuerdos, como el diario de una mujer joven, o como el tiempo de los viejos que están por entrar en el tiempo, al convertirse en recuerdos.

Fueron dos los golpes que sonaron en la puerta, o tal vez tres, pero tan seguidos que la duración del sonido de los golpes era mayor que el silencio que los separaba, y después del último golpe, o tal vez del último silencio, se abrió la puerta. La luz del pasillo era igual que la luz de la oficina del Prefecto, de manera que la puerta, al abrirse, no aumentó la luz del pasillo, ni tampoco la de la oficina, sino que se abrió, sencillamente se abrió, sin siquiera chillar sobre sus goznes.

El prefecto levantó la vista; no la levantó mucho, sino un poco más o menos a la altura del pecho del hombre que estaba parado en el hueco de la puerta, pero después la levantó más, otro poco más, porque el hombre estaba empapado. Le llamó la atención esto, pero no le asombró, aunque después sí se asombró cuando vio la cara del hombre, pero no se asombró tanto de la cara sino de su propio asombro, porque esto fue en Cape Town, hace muchos años, cuando todavía zumbaban en el recuerdo de los viejos los golpes de la azagaya de «Dingaan el Buitre» o los aullidos de «Tchaka el Zulú» después de sus orgías de sangre. Sí, realmente, lo único asombroso en esa época era asombrarse de algo y más él, que era un funcionario de policía, y había visto mucho a pesar de haber vivido poco, porque no era un hombre de acción, aunque él creyera serlo porque vivía en medio de un mundo de violencia, en un mundo en donde la misma violencia se había convertido en una especie de costumbre burguesa, en un mundo en donde la violencia era un medio de vida, ya sea para los que la practicaban, o ya sea para los que la reprimían, pero utilizada tanto por los unos como por los otros.

La cara del hombre era vulgar; tenía ojos chicos y juntos y la línea de la mandíbula recta y definida, pero no por carácter o determinación, ni siquiera por personalidad, sino por fuerza física, exclusivamente por fuerza física. Era vulgar la cara, muy vulgar, tan vulgar que ni siquiera el miedo que la poseía era capaz de disimular su vulgaridad. Pero el miedo era muy grande, muy grande, le tintineaba en los párpados, y le estremecía la boca, y hasta le abría y cerraba las aletas de la nariz. Fue ese miedo el que hizo que el Prefecto se asombrara de su asombro, porque el Prefecto era un hombre conocedor de hombres, aunque él no lo sabía, porque no se conocía a sí mismo, porque siempre se había considerado a sí mismo como persona y no como funcionario, y ésa era una cualidad que había adquirido como funcionario, cuando todavía no se consideraba persona, o por lo menos, cuando se apoyaba en su puesto de funcionario para considerarse persona; porque había entrado muy joven en la policía, demasiado joven aún para ese lugar, en donde los chicos de los blancos pueden golpear a un negro de la edad de sus padres, o de los padres de sus padres. Y lo miró entonces al hombre, fijamente en la cara, y se dio cuenta que era un hombre valiente, aunque eso no lo vio en la cara, sino lo vio en el miedo, porque el hombre era de esos hombres valientes, que tienen miedo de su miedo, porque no conocen el miedo.

Entonces el Prefecto habló:

—¿Qué quiere? —le dijo.

—Tengo miedo —dijo el hombre.

Entonces el Prefecto se volvió a asombrar, pero esta vez no se asombró de su asombro, porque siempre se asombraba de tener razón en algo.

—Siéntese —le dijo.

El hombre se sentó. Y se quedaron mirándose los dos, el uno con la mirada impersonal del funcionario, y el otro con la mirada impersonal del que habla con un funcionario.

—¿De quién tiene miedo?

—De John Kirk —dijo el hombre despacio.

—¿Quién es John Kirk? —preguntó el Prefecto.

El hombre no contestó; se quedó callado, con su mentón apoyado en el pecho húmedo, al lado de un tatuaje confuso, con las manos puestas en sus

rodillas como acoplándose al temblor de éstas, o para justificar tal vez uno de los dos temblores.

Después habló un rato largo y dijo muchas cosas.

Había empezado todo en un burdel en Liverpool, hacía muchos años, cuando esperaba turno con otros cinco hombres enfrente a una puerta; la puerta estaba cerrada, absolutamente cerrada, y los hombres tenían los ojos apoyados en la puerta, y los pensamientos por concretarse de más de tres meses de navegación. Porque eran gente de mar todos ellos, no hombres de muelles ni de puertos, ni de ríos, sino hombres de mar; no se conocían, porque eran de distintos barcos, pero se habían juntado; habían bajado por distintas planchadas, a distintas horas, tal vez en distintos días, habían caminado por distintas calles, y en algún momento seguramente distinto habían decidido ir al burdel, al «Fat Olivia», no al «Big Boy», ni al «Black Cat», ni al «Old Steve», sino al «Fat Olivia»; esto pensaba el hombre cuando esperaba al final de la fila detrás de los otros cinco, mirando la puerta; estaba contento en ese momento, como todo hombre que está por concretar el pasado, aunque sabía que después iba a estar triste, pero eso no le importaba porque para él la tristeza era algo transitoriamente molesto, como el calor o el frío, o el hambre, o la sed; por eso no le importaba, como tampoco le importaba la alegría, porque para él la alegría no era más que una falta de tristeza, que en cualquier momento podía ser ocupada por la tristeza, y a su vez, ésta ser desplazada por la alegría; y estaba quieto, parado al final de la fila, mirando con simpatía las espaldas apretadas por los gabanes baratos, y las cinco nuca fuertes de esos hombres desconocidos. Después uno de ellos había hablado, y otro había sonreído, después el mismo que había hablado se rio fuerte de lo que él mismo había dicho, y se rieron todos con una simpatía amable de gente contenta, porque estaban todos contentos, como mujeres de *cabaret* en un día de pago, o como los grumetes de un Clipper después de un temporal sin consecuencias.

El hombre no oía muy bien lo que decían los otros cinco, pero se daba cuenta que se reían de un hombre viejo que había entrado antes que ellos y tardaba mucho en salir; entonces se rio, se rio fuerte él también, tan fuerte como el que se había reído al principio, o tal vez más, porque estaba

acostumbrado a destacarse entre los demás, porque había sido muchos años contramaestre. Y se salió de la fila, y se adelantó, y pegó con su puño pesado en la puerta, y se quedó escuchando complacido los insultos de detrás de la puerta y las carcajadas de los otros cinco.

Más tarde, en el piso del calabozo, les duraba todavía la alegría, a pesar de sus nudillos lastimados y las marcas de los bastones de los *policemen* en los riñones y en las costillas y aun en las cabezas de algunos; pero no les importaba, porque era gente que sentía el dolor físico exclusivamente, porque vivía una vida física exclusivamente, y tenían muchas generaciones encima de ellos de gente como ellos, que habían vivido exclusivamente su vida física; y además eran hombres, por lo tanto ni siquiera tenían ese algo de espiritualidad que reciben las mujeres con la maternidad o con el dolor, o con la misma vida de dependencia de su sexo.

Y la amistad continuó, tensamente, inexorablemente, a través de muchos años, penetrando en sus vidas, filtrándose en sus almas oscuras, dejando penetrar un algo de luz, más que luz, una tenue sugerencia o perspectiva de luz, apoyada o encendida por la falta de motivo de sus vidas, o por el espíritu gregario de los hombres en general, o tal vez ni siquiera por eso, sino por la necesidad del hombre primario de verse reflejado en un semejante.

Y siguieron navegando por distintos mares y en distintos barcos, pero viéndose de tanto en tanto, juntando sus sueldos, amontonándolos en un arca común, acumulando horas enteras de trabajo, días de guardia de pañoles, pesados turnos de timón, siempre detrás de una idea fija, comprar un barco, un barco exclusivamente de ellos.

Un día fueron dueños de ese barco. Llevaron la caja con sus ahorros a la oficina del armador, con sus billetes manoseados, descoloridos, de distintos países y colores, con sus monedas de efigies gastadas y letras confusas, con toda esa plata heterogénea y simbólica, representando un pedazo de sus vidas, un pedazo corto, concreto y definido de sus vidas, un pedazo justificable, enormemente justificable, o por lo menos enormemente distinto a la parte sin motivo y sin justificación de sus vidas. Y salieron de la oficina del armador dueños de un barco, un pailebote pesquero que podía ser manejado por ellos seis.

—¿Cómo se llama el barco? —preguntó el Prefecto.

—El «Margaret» —dijo el hombre y siguió hablando; pero no habló del barco, no dijo nada del barco, no dijo siquiera si era un barco marinero o no, aunque debió serlo, porque navegaron muchos años por lugares difíciles, pero el hombre no lo dijo, ni siquiera dijo si ganaban mucha plata con sus viajes, sino que habló de la amistad con los otros cinco, de cómo se turnaban en las guardias, de cómo comían y dormían, de cómo vivían ellos seis, de cómo se acostumbraron a trabajar juntos, de cómo la amistad se había apoderado de ellos, pero no con la tibieza blanda de las amistades normales, sino fuerte y áspera como la amistad de los condenados en un mismo presidio o de los soldados en una misma trinchera. Y la amistad continuaba, la llevaban en sus almas, como quien lleva un defecto físico o una virtud incómoda, como un amoral podría llevar su anormalidad, no odiándola o queriéndola, sino sencillamente, tácitamente, sin pensar en ella, o como una monja podría llevar en su existencia sus santos escrúpulos, con el dolor agradable de un cilicio o con la alegría incómoda de los goces terrenales.

—¿Y? —dijo el Prefecto.

Pero el hombre siguió hablando sin escucharlo; contó cómo una vez al cortarse un cabo el chicotazo lo había tirado sobre cubierta y del golpe en la cabeza estuvo muy enfermo, entre la vida y la muerte, deseando espantosamente morir, por los dolores, o por lo menos ésa era la explicación que su espíritu buscaba en su cuerpo para justificar sus deseos, porque se sentía muy triste, muy raro, porque la proximidad de la muerte le había despertado nuevos horizontes de tranquilidad y descanso. Pero no pudo morir, no pudo, porque alrededor de su cama estaban sus cinco amigos, fieles e inexorables, atándolo a la vida o justificando sus motivos de vida, parados ahí alrededor de la impersonal cama de ese blanquísimo hospital en Dover, mirándolo con ojos que sólo conocían del dolor, la tristeza de las despedidas o el desconcierto de las injusticias. Entonces vivió.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó el Prefecto.

Pero el hombre no contestó; siguió hablando cada vez más, excitado con su propia voz. Contó entonces cómo había comenzado la tragedia. Hacía pocos días navegaban de macón a doscientas millas de Cape Town. Los

acontecimientos se habían precipitado; empezó con Mac Carty; su cadáver resbalaba desnudo en el piso del baño; tenía la garganta abierta de un navajazo, con las piernas separadas y los brazos abiertos, desnudo como un animal, moviéndose con el balanceo del barco, resbalando en el enorme charco de sangre y agua salada, muerto con esa muerte absoluta e indiscutible de los muertos en forma violenta, de los muertos que han perdido algún elemento físico con la muerte, aunque no sea más que sangre, muerto, inexorablemente muerto, como los muertos que pierden la vida en el transcurso normal de sus vidas, y no de los que se introducen en la muerte porque están dejando la vida, o porque sus vidas se disuelven en su misma falta de vida, o en los comienzos de la muerte.

—¿Quién fue el asesino? —preguntó el Prefecto.

—En ese momento no lo sabíamos —dijo el hombre— yo no lo supe hasta hoy.

Después se quedó callado un rato, mirando fijamente la cara del Prefecto, y continuó; contó cómo se habían juntado alrededor del cadáver de Mac Carty, mirándose en forma curiosa, con algo de vergüenza, de miedo, de enojo, de preocupación, de desconcierto, porque había sido uno de ellos el que había perdido la vida, pero también era uno de ellos el asesino. Y se miraron mutuamente, no a los ojos, ni siquiera a las caras, sino a las personas en general, porque sentían cierta sensación de culpabilidad, porque habían vivido mucho tiempo juntos, y su personalidad era más colectiva que individual.

El hombre contó después cómo habían agarrado el cadáver para sacarlo del baño; lo habían agarrado entre los cinco, mojado, desnudo, resbaloso, y lo llevaron a través del barco, unidos los cinco por aquel hombre muerto que se les escurría entre las manos, tambaleándose por los pasadizos del barco, sintiendo el bambolear de esa cabeza desarticulada, y sintiendo el frío húmedo de los miembros rígidos y el olor de muerte que se escapaba por su garganta.

—¿Qué hicieron con el cadáver? —preguntó el Prefecto.

—¡Qué importa el cadáver! —gritó el hombre— ¡qué importa! ¿Qué importa el cadáver de Mac Carty, si a la mañana siguiente apareció muerto Smiley?, ¡muerto! ¡muerto!... muerto igual que Mac Carty, con la garganta

deshecha, tirado entre los tambores de agua dulce... Y nos dejó a los cuatro solos.

Y entonces contó cómo había sucedido, cómo habían encontrado a Smiley, cómo habían visto sus zapatones sobresaliendo entre los tambores, semitapado por una lona; todavía estaba tibio, con los ojos muy abiertos, abiertos de terror y de muerte, parecía, mirando cómo la vida se le escapaba a borbotones y se pegoteaba con su roja fetidez en las maderas del piso. Fue en ese momento que el terror se apoderó de los cuatro; cada uno sabía que uno de ellos era un asesino, un asesino loco que quería eliminarlos a todos, y sintieron miedo, mucho miedo, pero no odio, sino miedo, nada más que miedo. Sin embargo, la amistad se había acentuado, como si el peligro que corrían no estuviera dentro de ellos, sino fuera, o como si la amistad se hubiera hecho más compacta al reducirse el grupo, como si el peligro común los uniera, uniéndolos como los había unido muchos años atrás las burlas a ese viejo desconocido en el burdel de Liverpool.

Y aquella noche uno de ellos estaba de guardia en la timonera, y al terminar su cuarto, bajó a buscar el relevo; bajó por la escalera, precedido por la luz bamboleana de su farol y por el sonido de los tacos en los escalones de madera; llevaba la navaja abierta en la mano, y una buena dosis de terror en los ojos. Al llegar al sollado, la luz del farol iluminó las cuchetas con la luz tembleque y oscilante que el brazo transmitía al farol, y vio a los tres ahí en sus cuchetas, dos de ellos con los brazos abiertos y las piernas encogidas, listos para defenderse, con las navajas en las manos, pero uno de ellos no, uno de ellos no tenía miedo, uno de ellos dormía tranquilamente con la respiración cansada de los hombres tranquilos; era John, el cocinero negro, y sobre él se precipitaron los otros tres.

—Negro maldito —le dijeron—, asesino loco.

—No —decía el negro recién despierto—. No, no. —Y lo sacudían y lo golpeaban y le preguntaban por qué lo había hecho, pero él decía no, y volvía a decir no, con la insistencia terca de las razas infantiles, o el fatalismo ancestral de los chicos o de los hombres inferiores.

Pero no había duda, y todos lo sabían, y el odio y la lástima se mezclaban, como si quisieran castigarlo, golpearlo, llevarlo ante la justicia, y después consolarlo, rescatarlo, o protegerlo; porque John era parte de

ellos, de todos, y además porque habían sido seis y sólo quedaban cuatro, y no podían aceptar la idea de que fueran sólo tres; porque ya la amistad se había hecho demasiado compacta, abrumadoramente fuerte, porque iban tendiendo hacia la unidad, y eso no podían soportarlo, porque eran hombres primarios, que habían partido de la unidad hacia la masa, y en la masa habían encontrado sus «yo», sus «yo» inferiores, sus «yo» gregarios o colectivos, sus «yo» demasiado animalizados para vivir o subsistir por separado, o por lo menos, con la imprescindible necesidad de la masa, de la ayuda de la masa, o aunque no fuera más que de la justificación de la masa.

Y lo golpeaban y lo empujaban y le decían: ¿por qué lo has hecho? Y el negro movía la cabeza y decía: no, no; y se aferraba a sus palabras con desesperación.

—¿Qué Hicieron con el negro? —preguntó el Prefecto.

—Lo metimos en un pañol a popa y atrancamos la puerta —dijo el hombre—. Ya estábamos a la vista de la costa, así que soltamos el ancla y nos fuimos a acostar; estábamos tristes; pero por lo menos no teníamos miedo.

—¿Y? —dijo el Prefecto.

—Y esta mañana me desperté... estaban muertos los dos, con las gargantas abiertas... muertos, señor... muertos.

Y contó cómo los había encontrado, tapadas sus bocas con las sábanas, entre el barullo sangrante de las ropas de cama, con las manos crispadas, como tratando de proteger sus contorsionadas cabezas, y con el rígido abandono de los muertos recientes y la fetidez pegajosa de la sangre abundante.

Entonces subió a cubierta, gritando de miedo con todas sus fuerzas: ¡John! ¡John! ¡No me mates, John!... John, ¿por qué lo hiciste?

El Prefecto se puso de pie empujando con fuerza la silla.

—¿Dónde estaba el negro? —preguntó exasperado.

—En el pañol, señor; lo encontré en el pañol... sentado en un rollo de cabos... y me miraba... Entonces corrí, señor, con todas mis fuerzas, y salté por la borda... Y nadé hasta la costa... Yo no quiero morir, señor, no quiero morir.

—Cálmese, hombre, cálmese; ese negro no puede estar lejos. Deme los datos de John Kirk y antes de doce horas lo arrestaremos.

—No, señor, no... Usted no entiende... yo soy John Kirk... John el negro está en el pañol, sentado en un rollo de cabos, con la garganta abierta de mi navajazo.

EL PROSTÍBULO

LO LLAMABAN «la casa grande», y estaba situado en lo que en un tiempo fue las afueras del pueblo, y al igual que la iglesia, se mantenía, erguido en su insignificancia arquitectónica, imbatible, absoluto, severo, simbólico, opaco y austero. Con esa forma arbitraria que el aumento de clientela había exigido, y que las autoridades habían aceptado, y que los habitantes de la ciudad-pueblo habían criticado o defendido, no con exaltación o vehemencia, ni siquiera con sinceridad, sino más bien con la impersonal, abúlica, y despreocupada indiferencia con que se habla de los problemas sin solución.

Y los obreros habían trabajado en su ampliación, amontonando ladrillo sobre ladrillo, siguiendo la inmutable disciplina de la plomada, haciendo la masa con la exacta proporción de su equilibrio intuitivo, clavando los tirantes de madera sucia, revocando paredes y techos, formando poco a poco esa gran cantidad de pequeñas habitaciones que más tarde se llenarían de muebles iguales, por lo menos de camas y mesas de luz iguales, y tal vez sillas también iguales; no así las cómodas o roperos, o aun valijas, que hacían las funciones de tales, y que cada mujer traería más adelante en un pequeño, explicable, y hasta meritorio deseo de convertir ese cuarto no tan sólo en un instrumento de trabajo —con el cual tal vez pagara la educación de algún chiquilín, quizá causa o motivo de su profesión, o pagan ignorantemente el cuarto de alguna mujer, que el padre de ese chiquilín mantenía, o pagara las consecuencias de no haber tenido el chiquilín, ni el padre del chiquilín, gastando la plata ganada en ropas y bebidas o en pagar las cuitas de algún lote o lotes, comprados en larguísimos plazos y valorizados constantemente por su imaginación especulativa— sino también en algo de familia, hogar, estabilidad, tibieza, recuerdo o lo que sea, que tuvo o no tuvo, pero que existía indudablemente en el fondo de su psiquis.

Y el prostíbulo, ya grande, ya ampliado, ya importante, ya casi institución que había crecido con el explicable motivo del progreso del pueblo, que se había agrandado no tan sólo en la proporción con que se había agrandado la ciudad, sino más aún, como sabiendo de antemano que los deseos de los hombres marcharían siempre más adelante que el progreso, y tal vez fuera ese mismo progreso que adelantara los deseos de los hombres, como una vanguardia de seguridad en el propio progreso, o por lo menos de garantía del progreso de ese progreso.

Se abrió a las nueve como siempre, y a las nueve y cinco estaba lleno, porque era sábado y principio de mes, y los hombres aparecían en el hueco de la puerta después de haber pasado por el pasillo semioscuro para aparecer en el gran salón iluminado.

Llegaban de todas partes, y después se iban a todas partes en un continuo ir y venir, incesante, periódico y semi-ordenado reflujo, que duraba exactamente hasta las dos de la mañana, para luego terminar en una última y oscura marejada que se diluía en las cercanas esquinas, bajo las miradas indiferentes de las parejas de policías, entrando y saliendo en el oscilante círculo de luz de los faroles, salteando y zigzagueando los charcos de agua en la calle de barro, con un parloteo opaco y discreto, como hombres saliendo de misa, o señores serios disolviéndose después de una procesión.

Llegaban y se iban, llegaban y se iban, venían de lejos y de cerca — hombres de campo y hombres de ciudad, hombres que habían dejado el caballo en algún lugar cerca del camino después de haber tranqueado cinco leguas para tomar después el ómnibus en el que harían otras diez, o quince, o veinte leguas más, que sabrían que después tendrían que hacer de vuelta, para buscar su caballo y volver a donde habían salido— después de haber hecho aquello que a la mañana anterior parecía indispensable, imperioso y perentorio, y que ahora parecía no justificar en manera alguna ni el viaje a caballo, ni en ómnibus, ni los diez arrugados pesos empujados tras la reja de la caja. Y los hombres de la ciudad que habían dejado hacía escasas e impacientes horas, la seguridad plana y burguesa de los tibios y cuadrados escritorios donde durante la tercera parte del día apoyaban manos, muñecas y antebrazos, y sus propias y justificadas vidas junto con las de sus familias

y la educación de sus hijos. Y que ahora caminaban por la calle fría en dirección al prostíbulo, como hacían, y harían todos los lunes, o martes, o miércoles, con esa especie de horario sexual que su misma vida meticulosa y ordenada les había impuesto. Y obreros de manos grandes y uñas sucias, de miradas insustanciales, apenas pulidas por la inteligencia latente de tornos y máquinas de precisión, que ellos trabajaban con ese contacto íntimo del hombre sencillo y la máquina complicada, mezclado ese halo metafísico de ambos —igual que el sudor del hombre y la grasa de la máquina— que luego el hombre trata de desprender en la fría pileta, junto a la toalla sucia y al lado del pedazo de espejo que refleja el jopo o la raya o la grasitud lacia de su cabeza.

Ahora estaban también en el oscuro y luminoso prostíbulo en donde a los pocos minutos pasarían a un, cuarto, y también a los pocos minutos —a veces tan pocos como los que tardaron en llegar— abandonarían los abrazos fingidos y duros, y el crujir silencioso de la cama blanda, para salir del cuarto con la escasa dosis de alegría física que el desahogo también físico produce en las vidas físicas de los hombres.

Ese día abrió como siempre a las nueve, y ella estaba lista desde hacía diez minutos, con el vestido sencillo y azul, y no largo como las otras, sino corto e infantil, con dos filas de botones sobre su pecho escaso que atraía a algunos hombres en una forma curiosa e inexplicable para las demás mujeres, las que —con esa clásica ignorancia de las mujeres en general hacia los encantos físicos de las mujeres en general— no podían concebir qué atractivo veían en su pecho ausente y sus caderas mezquinas y el relajamiento especial de su cara de prostituta joven.

Ella estaba apoyada contra una de las paredes del gran salón iluminado, un poco a la izquierda del cartel con las tarifas, mirando a los hombres que se apelotonaban en pequeños grupos, inmóvil, quieta con los brazos caídos en una flaccidez rígida de abandono consciente y desproporcionado. Al lado de ella había una mujer gorda, de vestido brillante, que acababa de recibir tres o cuatro negativas de los hombres presentes, y miraba hacia la puerta esperando a un conocido, y otra mujer muy baja y delgada que sonreía mecánicamente hacia la gente en general, hasta que pudo concretar su

sonrisa en la persona de un hombre gordo, de hombros anchos, y una boina en la mano.

Ella miraba hacia adelante con la ambigua fijeza de su vista puesta en la amorfa y metamorfoseada masa de los hombres; después miró fijamente a uno de ellos que aceptó su mirada con una sonrisa simpática que ella no captó.

Entraron juntos; y él era rubio y marinero de cubierta de un buque petrolero; de padres yugoeslavos, tenía una novia en la Boca, parecida a ella, y otras cosas más que ella no sólo no iba a recordar, sino que tampoco había escuchado.

—Porque yo...

Y hundía sus dedos fuertes en el pelo ordenado de la cabeza de ella hasta tropezar con el broche que luego sacó y dejó en la mesa de luz.

—Ni un tatuaje, ni uno solo, yo les digo siempre a los muchachos a bordo, si a una mina le gusta lo tatuaje que se haga tatuaje ella, a mí no me vengan con...

Estuvieron desnudos un rato con la amable y fría desnudez de dos animales híbridos. Después él empezó a pasar su mano callosa por la piel suave de ella, después le tomó las caderas con las dos manos y la besó por primera vez en la boca apretada.

—Y el tipo me dijo que saliera afuera si quería algo...

Él se hincó en la cama para hurgar en el bolsillo del saco, que estaba tirado en una silla, pero no lo alcanzó, y tuvo que apoyar su pie descalzo en el suelo frío; luego volvió a la cama.

—Al principio no sabía si me mirabas a mí o a otro que estaba al lado.

Pero esto no lo decía el hombre rubio que ya se había ido, sino otro de pantalón negro, alpargatas y campera brillante, y decía esto mientras se aflojaba el cinturón, para luego sacarse el sombrero, que puso sobre la silla, y que diez minutos después volvía a ponerse mientras se abrochaba los botones del saco para abrir la puerta y desaparecer.

Y después otro, y otro, y después otro más; entonces se fue a tomar unos mates al cuarto de una de las mujeres, puesta en situación de descanso, por la revisión del último jueves.

—¿Qué tal vieja?

—Y ahí ando, esperando el martes para volverme a ganar los garbanzos. Sentate vieja, me dijeron que le sacaste el punto a la Gladys.

—¿Cuál era el de la Gladys?

—El de traje marrón y bufanda, uno de perla en la corbata, un viejo lindo que siempre paga una dormida y se queda una hora nomás.

—Ah, ése.

Después volvió al salón, y se quedó un rato quieta, contra la pared, mirando a las demás mujeres en el incesante ir y venir a y de los cuartos. Después vino la secretaria, especie de jefa de personal o administradora, y se le acercó despacio y la tomó cariñosamente del brazo.

—Andá a tu pieza que hay uno especial.

Fue al cuarto y esperó un rato, se levantó y se puso polvos, se sentó en la cama y tomó una revista del suelo. Vino entonces, y era un hombre gordo con sobretodo, que pareció quedar contento con la sonrisa entusiasta y los movimientos vehementes y la movilidad ondulante, inquieta y activa, porque dejó cien pesos sobre la almohada junto con el *ticket* por una dormida.

Después vino otro y otro, después otro y después de ese último se dio cuenta.

Estaba de espaldas en ese momento, con unas rodillas duras y desconocidas hundidas a los costados de su cuerpo, en la cama blanda y desordenada, con las manos puestas en los hombros finos y atléticos, cerca de su cara. Y lo vio entonces en una moldura del techo, disimulado entre las hojas de parra y los racimos de uva y las otras molduras que el yeso sucio había dejado de disimular. Era un agujero chico y oscuro que en ese momento se aclaró para volver a oscurecerse a los pocos segundos.

«Vieja ladrona», pensó, «vieja ladrona, quién sabe lo que le cobrará al tipo que espía y a mí no me da nada».

Se quedó un rato quieta, por primera vez desconcertada en el ejercicio de su profesión, ligeramente nerviosa, y se arregló instintivamente un mechón de pelo que le caía sobre los ojos.

«Será un viejo», pensó, «un viejo impotente y vicioso, casado con alguna vieja que no toca desde hace años. Vendrá todas las noches y volverá a su casa todo excitado, y pensará en mí todo el tiempo, y tal vez sueñe

conmigo cuando duerme, conmigo que nunca me ha tocado y seguramente nunca me tocará. Viejo sonso, los pesos que debe estar gastando en esto».

Después se acordó del hombre que estaba con ella. Lo miró con cierto orgullo, como una chiquilina luciendo un novio buen mozo, ante sus amigas, era alto y atlético, con hombros musculosos y facciones finas.

«Qué darías por ser éste», pensó, «poder tenerme como me tiene él y hacer las cosas que me hace él y no tener que estar ahí, hincado en el suelo del piso de arriba como un avestruz idiota, espiando por el agujero».

Abrazó con sus brazos el cuello del hombre y lo besó activamente en la boca; después recorrió con sus labios sus hombros anchos y su pecho fuerte y siguió bajando.

«Si fueras más joven estarías aquí y no ahí arriba», pensó.

Siguió jugando, con la vehemencia y extraña exuberancia que usaba con los clientes especiales, con la contorsionada actividad y desordenada presencia de ese sexo normalmente ausente y fingido, y ahora también ausente y también fingido, pero por lo menos con cierta concreta espiritualidad, abstracta e intangible, no sólo como los deseos del hombre del otro lado del agujero, sino como el mismo hombre de detrás del agujero que ella no veía, y probablemente no vería jamás, pero cuyas manos estarían en el suelo y no sobre su cuerpo, y cuyos deseos estarían sobre su cuerpo; y no en las manos sobre su cuerpo y cuyas manos, cuerpo, agujero, hombre, ausencia y presencia, despertaban en ella un ignorado y absurdo resabio de espíritu, aunque tal vez apenas sostenido por ese lascivo exhibicionismo, ausente en las prostitutas y presente en las demás mujeres, que surgía ahora después de años de dormida inactividad, quizá desde la época en que ella se vestía bajo las mantas de la cama, en su fría adolescencia en el conventillo atestado, con la secreta sospecha o esperanza de ser espiada por su hermano.

Y siguió entonces con los desordenados abrazos de sus miembros, girando su cuerpo para lucir la belleza de la espalda ante el agujero de la pared, sintiendo poco a poco el nacimiento de su sexo, luciendo sus piernas desnudas y sus brazos sencillos, y la normal desnudez, de su cuerpo infantil, girando y retorciéndose en mil posiciones, pendiente exclusivamente de aquel agujero, fijo e implacable, que la excitaba cada vez más con las mil

sensaciones que cualquier mujer honesta puede sentir día por medio, o todos los días, o dos veces por semana, en la santidad burguesa de su cama matrimonial, ante la presencia dormida de la cuna de su hijo, y la adusta fotografía de sus padres en la pared sobre la cómoda.

Lo sentía poco a poco en medio de su agitación física, sentía cómo ese algo se aumentaba, sentía cómo por ese resquicio de su alma nacía o despertaba su sexo, único resabio donde la semilla latente de su espíritu podía florecer, única entrada de cierta penumbra espiritual, única salida de su vida no física, sino mecánica, hacia la vida por lo menos animal.

Y se hincó después en la cama, dando su espalda al agujero, sintiendo esa mirada desconocida sobre su nuca alborotada, sobre sus hombros bien formados, sobre el contraste de esa mano oscura en la blancura de sus caderas.

Se sintió después volcada sobre la cama, vencida, estrujada, triunfante, etérea, hundida y elevada hacia un éxtasis desconocido que después de recorrer su espalda la encegueció momentáneamente en una última llamarada de sensación humana.

Después terminó todo con la brusquedad egoísta y desconsiderada con que se separan normalmente la materia del espíritu, después de haber estado en una unión tal que la materia se espiritualiza y el espíritu se materializa y el uno deja de ser uno, y el otro deja de ser otro, para convertirse tanto el uno como el otro en el uno y en el otro. Porque el hombre, el tangible, el concreto y masculino individuo que hacía las funciones de hombre en esa extraña unión de tres personas, y que tanto él mismo como la mujer pensaban seguramente que era un hombre en la real expresión de la palabra, con ese clásico concepto de considerar la hombría del hombre ligada indefectiblemente a sus órganos sexuales, dejó de moverse bruscamente cerrando los ojos y las manos por un momento para tumbarse de espaldas, respirando cansado.

Ella se tapó con las mantas y cerró los ojos, que no volvió a abrir, ni siquiera cuando él se terminó de vestir y se despidió, saliendo del cuarto sin sospechar en absoluto la insignificancia de su papel en aquella noche, en aquel cuarto y en aquella cama, sin la más pequeña noción de que su presencia no había tenido otra función que la de la mano adolescente de un

chico vicioso, o la tapa de la revista francesa, o el pedazo de diario con la mujer semidesnuda, o las postales pornográficas traídas del colegio y sostenidas por la mano izquierda en la soledad del cuarto de baño.

Y se había ido el hombre concreto, el hombre tangible, el hombre masculinamente apto para demostrar su hombría, y quedó la mujer sola, tendida de espaldas, también concreta, también tangible de femineidad naciente, y absolutamente apta para demostrar su femineidad y para sentir, soportar, sufrir y gozar la serie de matices que la femineidad otorga, desde la vergüenza hasta la excitación, desde el amor hasta el cariño, desde el dolor hasta la felicidad, desde los celos hasta el embarazo; y, tendida de espaldas, miraba el agujero donde casi veía a fuerza de pensar, el ojo cuyo dueño, el intangible, abstracto, e invisible individuo de sexo ausente y utópico, había transformado a la prostituta mecánica, fría, y casi decorosa obrera sexual, en la más opuesta antítesis, en su más distinta expresión, en la mujer, con su sexo vivo y animado, ardientemente preparada para el pecado o la santidad.

.....

Se despidió de algunas y de otras no; cobró su quincena que introdujo en la cartera marrón que llevaba apretada contra su cuerpo al salir del prostíbulo.

Nadie supo nunca por qué se fue; no lo supieron las vecinas de cuarto, ni la administradora, ni la dueña, ni su amiga más íntima, ni la mujer que limpiaba, ni los pintores que pintaron el cuarto y taparon el agujero con brochazos de pintura blanca, espantando a la rata que había hecho su nido en el techo del prostíbulo.

SUR VIEJO

ME LO CONTÓ una mujer en Comodoro Rivadavia.

Sucedió hace mucho, antes aún de que surgiera aquella inesperada consecuencia de la espera de siglos que atraería a los hombres de lugares apartados para erigir las torres negras contra el cielo limpio. Sí, fue antes del petróleo; bastante antes; fue en la época aquella en que la soledad de estas tierras era empujada por el blanco vellón, que un chico de tres años hubiera podido patear por el suelo, y aun levantar sobre su cabeza y, sin embargo, con peso suficiente como para desarraigar definitivamente de algún lugar de Europa a los padres de ese chico, o como para desplazar el virginal, indefinido, e injustificable desierto contra la cordillera y contra el mar, en un continuo trajinar de los seres gregarios cuyo balido impotente y desolado se perdería entre el viento de los cañadones, y cuyas huellas definidas y trascendentales marcarían los sinuosos caminos hacia las aguadas y los dormitorios.

A unas treinta leguas de Comodoro Rivadavia vivió el hombre aquel, en un paraje denominado Pampa Fría, con la mujer aquella que había conocido en una de sus idas periódicas al pueblo; con sus dos caballos cargueros, y sus innumerables perros, y el escarceo casi elegante de su mula zaina, que él utilizaba de sillera, por no haber podido enseñarle a cabrestear.

La conoció ahí, contra la puerta de esa casa, en aquélla calle que más tarde se llamaría San Martín, y por la cual él marcharía tres o cuatro veces por año a buscar su bolsa de fariña, o de yerba, y la provisión de víveres y vicios, y más adelante, harina y hasta azúcar, y por último un día a la mujer aquella que, después de aquel breve trocar de miradas, y tal vez algún ceremonioso estrechar de manos iniciaría esa especie de idilio, acuerdo, o simple afinidad, que haría a los vecinos de Comodoro Rivadavia levantar la vista una mañana, y contemplar la desaliñada figura del «búlgaro» en su mula zaina, rodeado por sus perros, con sus caballos cargueros aplastados

de bolsas y maletas y, encima de ellos, a la mujer tomando rumbo hacia el oeste.

Vivieron allí en la «Pampa Fría» esas dos personas, luchando siempre contra los elementos fuertes, cocinando la misma comida y lavando a veces la misma ropa gruesa, saliendo juntos a caballo, a repuntar la majada o a tirar leña, o a limpiar aguadas, notándose sólo la diferencia de sexos en las abrigadas noches sobre los cueros tendidos en el piso de la cocina, con los ásperos camisones que ambos usaban, y las caricias torpes y primitivas que coronaban a veces los fatigosos días mientras todavía duraban las brasas en el brasero de lata y los perros afuera, junto a los recados, toreaban a la noche.

Y las mañanas aquellas en que el mate caliente, sostenido entre los dedos sucios y la bombilla plateada y dos veces soldada, era desplazado de uno hacia otro, durante la larga y silenciosa hora en que esperaban el amanecer, sentados en los toscos banquitos de madera, que por fin él abandonaría para salir de la cocina, insensible al frío en su saco de cuero, sintiendo el crujir de la helada bajo sus alpargatas deformes, llevando la cabezada con el freno brillante, sostenida en el brazo izquierdo, balanceando su cuerpo en la misma forma como lo habría hecho seguramente su padre, y tal vez su abuelo, con el balde de leche o el farol pesado, en las mañanas brumosas de su lejana e irrecordada Bulgaria. Y después, él volviendo hacia la cocina ahora sin la cabezada, a buscar el rebenque, y volviendo a salir, mientras ella, inclinada sobre una lata, vaciaba el mate de yerba vieja, sin percibirse de parte de él ni de ella la menor palabra o gesto que denotara una despedida, una señal, un algo que indicara la separación por cuatro, cinco o seis horas, de aquellas dos personas unidas por esa fuerza, a veces superior al amor o a la amistad, que consiste en la identificación, el reflejo, cómoda adaptabilidad o simple y desesperada unión de subsistencia.

Él volvía pasado el mediodía preguntando entonces:

—¿Pusiste la asado?

—Sí.

De nuevo los mates, uno tras otro, en el silencio descansado interrumpido por alguna frase.

—¿Te aguantó el «Corbata»?

—Tuvo que traerlo por delante, se cansó aguada Sauce.

—Sí, es muy cachorro, el perro ese se te va a morir algún día.

—Yo conozco, yo también ser chico, yo también correr, yo nunca morirme.

De nuevo el silencio, mientras seguían los mates y él sacaba la asadera del horno y daba vuelta la carne.

—¿Vas a trabajar hoy en el pozo?

—Sí, trabajar pozo.

El pozo aquel había sido iniciado años atrás en la durísima arcilla de detrás de la casa, en una tozuda, cerrada, e implacable intentona de encontrar agua, desde el día en que vio en ese lugar unas plantitas de junquillo, y cuyas consecuencias fueron meses y meses de agotadores golpes de piqueta y de improductivos movimientos de pala; y más adelante, ayudado por su mujer y la yegua mansa, que él había hecho caballa y después de pecho, en interminables viajes de roldana hasta llegar a una profundidad de veinte metros sin que la menor muestra de agua, o siquiera de humedad, coronasen sus esfuerzos.

—Vas a tener que hacerte ayudar, si no no vas a terminar nunca.

—Semana que viene venir don Couyido a ayudar pozo.

Así fue en efecto; ocho días más tarde, entre el furioso torear de los perros, se lo vio venir al chileno Couyido, dibujado apenas en la lontananza ventosa, identificado por los galgos barcinos, el cojudo moro y la manta castilla recortada contra el cielo.

Desmontó, entonces, con la coordinada serie de movimientos de su pesada agilidad, saludó al «búlgaro» con un: «buenas», parsimonioso, mientras ajustaba el gruesísimo cabestro a la mata de molle junto a la entrada, y su paso oscilante y pendular parecía buscar apoyo en el gastado rebenque que colgaba de su muñeca, mientras el opaco tintineo de su única espuela se aplastaba en el polvo de la entrada de la cocina.

Le dio la mano a la mujer con el brazo rígido y los dedos duros y la mirada desviada con respetuosa inclinación bajo la visera grasienta de su gorra inglesa.

Fueron días después de duro trabajo; los dos hombres dentro del pozo, y la mujer con la yegua mansa, haciendo interminables viajes de roldana y vaciando luego el balde de la amarillenta arcilla, con la compleja cantidad de parcos movimientos y un número de palabras seguramente menor a las que pudiesen contarse con los dedos de una mano, y los sonidos secos de tierra y de distancia que desde el fondo del pozo indicaban el rítmico desplazar de la pala y la aguda penetración de la piqueta, que se detendrían de tanto en tanto, mientras el chillido de la rueda de la roldana indicaba el parsimonioso alejar de la yegua y la lenta subida del balde contra el circular, intenso y nitidísimo azul, que los bordes del pozo recortaban contra el ciclo.

Y al terminar el lento, improductivo, y penoso trabajo diario, ataban las herramientas a los costados del balde, que subía entonces para ser desenganchado por la mujer, que bajaba después la sogá por donde subiría primero el chileno, y después el búlgaro, sudorosos y sucios para ir a lavarse a la cocina, mientras ella desensillaba la yegua mansa y entraba en la casa a esperar su turno, junto a la palangana enlozada y la toalla amarilla.

Se lavaba ella las manos y los antebrazos, y también la cara, terminando la operación con una humedecida de su cabeza fuerte, echándola hacia atrás y pasándose las manos por el pelo áspero, en una forma masculina y perentoria, mientras sus facciones duras se reflejaban en el pedazo de espejo que colgaba en un clavo, al lado de la jabonera vacía y el almanaque viejo con la mujer sonriente, en la desolada y sucia pared de la cocina.

Y ahora, el diálogo pesado y sin motivo, como complemento del mate, con las palabras apenas necesarias para expresar una idea que giraría seguramente alrededor de animales, o cosas, o de hechos concretos y pasados, de fácil y cómoda exposición, y luego los silencios llenos de vacíos pensamientos, mientras las miradas opacas de cansancio, y las caras brillantes de trabajo, en la inmóvil tensión de esas sencillísimas vidas, se aflojaban de tanto en tanto ante la suave contemplación de las brasas de la cocina, o de los breves juegos y movimientos de la gata negra junto al cajoncito de Cooper debajo de la mesa.

Vivieron las tres personas aquellas durante varios días, siempre juntas, comiendo, trabajando y descansando juntas, y hasta durmiendo también en

el mismo piso de la cocina abrigada, levantándose antes del amanecer, y sólo separándose cuando el «búlgaro» salía a buscar capones para carnear, o a picar leña, quedándose entonces la mujer con el chileno Couyido en su silenciosa y compartida sociabilidad, cambiándose a veces una que otra mirada en una audaz, atrevida, y casi curiosa incursión a través de las barreras delimitadas por la diferencia de sexos.

Una vez se quedaron los dos mirándose sobre la mesa donde ella preparaba la masa de las tortas, solazándose ambos en aquel tosco, elemental y primario flirteo, que continuó después varias veces, durante esos días y días subsiguientes hasta que una tarde, aprovechando la ausencia momentánea del «búlgaro» él la abrazó contra la pared de la cocina, en una simple e inconfundible manifestación de sentimientos que ella contestó con un leve movimiento de su mano hacia la cara del hombre, como una especie de tenue caricia, o casi curiosa constatación; y luego se besaron ásperamente para separarse en seguida, y luego volver a besarse, con la torpe vehemencia de su inexperta, pero no inocente, novedad.

fil le dijo esa vez:

—¿Querís venirte conmigo?

—¿Adónde?

—Tengo mil pesos en el tirador, los gané en la señalada de los «Menucos».

—¿Y el «búlgaro»?

—Dejámelo a mí.

—¿Qué vas hacer?

—Ya lo tengo pensado; mañana después de doce cuando terminemos el trabajo, atamos las herramientas al balde y vos lo subís. Después bajás la sogá y subo yo primero como siempre. Después no bajamos más la sogá y nos vamos. Total aquí no pasa nunca nadie. Se va a quedar séquito ahí en el fondo, y si alguien lo encuentra alguna vez va a creer que fue un accidente.

—No, no puedo hacer eso; si es un hombre muy bueno.

—¿Te querís quedar toda la vida acá con el «búlgaro» ese?

—No, eso tampoco.

—Y bueno, entonces algo hay que hacer.

—Y sí, algo hay que hacer.

Llegó más tarde el «búlgaro» con el montón de leña que acababa de cortar, que tiró en un cajón mientras decía:

—Don Couyido le voy dejar pangaré de nohero para que mañana temprano usted carnear.

—Está bien.

—Por el cerrito bayo va a encontrar capones. Tenga cuidado perros; yo andar poniendo veneno.

—¿Mucho zorro este año?

—Sí, bastante.

—¿Cuántos cueros tiene ya?

—Diez y nueve.

—Está bueno.

Y esa mañana siguiente cuando, antes del amanecer, salió Couyido con el cuello de su poncho levantado, recortándose momentáneamente en la puerta de la cocina, y cuando el crujir de sus pasos por la helada se fue perdiendo en la madrugada oscura, el «búlgaro» se sentó bruscamente y sacudió a la mujer.

—Despertá, despertá.

—¿Qué? ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

—Tiene como mil pesos en tirador.

—¿Quién? ¿Qué te pasa? ¿Qué decís?

—Don Couyido tiene como mil pesos en tirador.

—Y ¿de hay?

—Más tarde dejamos en pozo. Vos subís primero herramientas: después yo esta vez subir primero y él quedar dentro. Nosotros guardar mil pesos.

—Pero ¿cómo vamos a hacer eso?

—Con mil pesos poblar campo en otro lado con buen agua, si no tener quedarnos toda vida en este lugar. Algo hay que hacer.

—Y sí, algo hay que hacer.

Fue esa tarde entonces que reanudaron su tarea los tres miembros de aquel doble complot, cuya culminación definitiva dependería de la mujer cuyos pasos, seguros y breves junto a la yegua mansa, iban dejando en la arena del suelo las huellas de alpargatas y herraduras que, en su continuo ir y venir, se confundían superpuestas, mientras los hombres, ahí abajo,

inclinados con sus herramientas, sin mirarse siquiera, trabajando ambos, no ahora en la búsqueda del agua lejana, sino en el aumento de unos pocos centímetros de esa tumba donde moriría de hambre y de sed el dueño de lo que cada uno codiciaba, sin odio, sin desesperación, sin pasión de lujuria o de codicia, sino con el simple principio de tomar lo necesario, con la tremenda lógica que el desierto imponía, y cuyas consecuencias, vistas, suavizadas y casi perdonadas ahora a través del tiempo y la distancia nos hacen comprender la fuerza aquella que permitió a la Nación Argentina colonizar, poblar, e incluso civilizar, esa inmensa extensión llamada Patagonia.

Y llegó la hora de terminar el trabajo; llenaron por última vez el balde de arcilla amarillenta, y ataron la pala y la piqueta a la misma sogá, que subió despacio hasta la negra roldana, y se quedó muy quieta, allí junto al cielo. Y los hombres miraron arriba, y esperaron y esperaron. Y después los pasos de la yegua mansa. Y después el silencio de la tierra sola.

HILARIO SOSA, CON TODO

HILARIO SOSA, con todo.

Dijo el cabo y después lo dijo otra vez mientras el hombre acostado encogía las piernas en la penumbra gris del calabozo y se sentaba en el suelo manoteando su saco con el vómito seco de la borrachera pasada endurecido de tiempo sobre las solapas lustrosas.

Hilario Sosa, con todo. Pero esta vez no lo dijo el cabo, sino simplemente lo pensó el hombre mientras se paraba despacio y caminaba hacia afuera tosiendo su vejez sobre la mano arrugada y limpiándola luego contra el pantalón oscuro.

Y pasó frente al despacho del Comisario y se vio reflejado sobre la puerta de vidrio mientras recordaba en la bruma de su tiempo gastado, enrarecido por años de ese vivir absurdo.

Había sucedido hacía mucho tiempo; cuando él vivía en la casilla de chapas que habían hecho su padre con su hermano mayor, y su madre enferma y su hermana idiota, con esa cooperación eficiente y agresiva de las familias pobres contra los elementos fuertes, con la sinfónica y confusa cantidad de movimientos, martillazos y acarreos, que se concretaron al fin en la casilla grisácea, de chimenea torcida, en donde vivió muchos años hasta que cumplió dieciséis, entre las toses de su madre enferma, y los embarazos de su hermana idiota, y la comfortable ausencia de su padre trabajador.

Había vivido allí en las afueras de la ciudad en compañía de la mujer que lo había criado y la otra mujer que lo había hecho hermano, y también tío, después de las tumultuosas noches con su propio padre bajo las mantas remendadas; viviendo sobre el suelo terroso, frío, húmedo, negro, con la

noche escurriéndose bajo las chapas que hacían de paredes, formando el sucio cuadrado en donde se asentaban los pies, casi siempre descalzos, y los cajones que servían de asiento, y las dos únicas camas que ocupaba la familia.

La casa estaba rodeada de otras casas, también iguales, ostentando en la rectitud y armonía de las paredes el mayor o menor grado de habilidad de sus ocupantes, los variados individuos de gorras oscuras y bufandas gruesas que desaparecían en la oscuridad de la madrugada, con sus pasos rítmicos y su soplar de manos, y la drástica dirección de sus movimientos hacia el trabajo cotidiano; y que sólo volverían a emerger a la noche en el fugaz abrir y cerrar de las puertas que recortaban momentáneamente sus figuras con el pantallazo de la luz de las lámparas de kerosene del interior de las casas.

Él había vivido en ese barrio en una vida fuerte y desordenada, junto con el grupo de otros chicos de su edad, en medio del continuo trajinar de piernas cobrizas y latas brillantes y pedradas agudas, y de gente agachada sobre sus quehaceres en su continuo hurguetear de subsistencia, inclinados sobre las ollas y sartenes y piletas de ropas, en la constante y meticulosa tarea de seguir viviendo, mientras que ellos, los chicos de salvaje alegría, aplastaban con sus pies descalzos la áspera corteza terrestre en sus duras correrías tras los perros, o la pelota, sin tropezar casi nunca con los pliegues de la pobreza, sin darse cuenta siquiera, a pesar de colaborar a veces en el continuo apuntalar de la vida, en el constante amontonamiento de esfuerzos y movimientos, en la persecución implacable, lenta y aplastante, de los pequeños trabajos, en el aprovechamiento casi integral, indispensable y meticoloso de los elementos, cosas, y hasta alimentos, de otros hombres desconocidos que, en algún lugar, también desconocido, habían desechado, abandonado, arrojado de sus vidas, por considerarlos innecesarios y viejos, y que ellos —los habitantes del barrio de las latas— utilizarían nuevamente para una gran cantidad de cosas; y si aún sobraba algo era quemado en las negras cocinas y braseros, convirtiendo en humo y calor aquello que en un tiempo había sido algo concreto y práctico, y ahora solamente ennegrecía el techo de las casas dando una fugaz sensación de bienestar a sus ocupantes.

A veinte cuadras del barrio de las latas se veían las primeras casas de material, de moderna y fea arquitectura, con sus cuidados jardines de horriblos canteros, en donde la naturaleza disciplinada emergía en ordenada variedad de flores y plantas.

Vivían en esas casas la fuerte, heterogénea y transitoria clase media, los hombres que están por subir o bajar, los miembros de ese escalón social de ex o futura aristocracia, o de ex o futura pobreza, los hombres transitorios, con costumbres que muestran su origen y su futuro, casados con mujeres variadas e insustanciales, de gordura amenazante, con hijas bonitas, futuras maestras, e hijos estudiantes y deportistas.

Vivían ahí, con la confortable idea de la casa propia, que habitaban o habitarían, y la libreta de ahorro de los chicos, y el combinado semi caro, y la máquina de lavar, y el baño semanal, y las revistas guarangas, y la novela terrible, oída después del almuerzo, entre el entrechocar de la loza al levantar la mesa, y los comentarios sobre la vecina que no usaba combinación.

Hasta ahí llegaban a veces ellos, los chicos grandes, o muchachos chicos, de quince, dieciséis y diecisiete años, de aquel barrio vecino y distante de las latas.

Venían en grupos de tres o cuatro, con sus amenazantes cabezas y ropas arremangadas, y suciedad acumulada de varias generaciones, con la desgarrada y desordenada variedad de sacos y pantalones, de negros y grises remiendos, y su pesada agilidad contenida de animales de monte.

La vieron por primera vez, una noche, a eso de las nueve, en los fondos de su jardín, con la inmaculada pureza de su vestido blanco apretada contra la oscura masa de un hombre, y toda su rubia femineidad desordenada y suelta. Se acercaron gateando, entre la oscuridad de las plantas, y los miraron besarse y acariciarse mutuamente con la apurada vehemencia de los amantes clandestinos. Él, enérgico, con movimientos seguros y expertos, forzando la defensa voluptuosa de ella que se quejaba débilmente, con los entrecortados sonidos, quejosos y anhelantes, suplicantes e imperiosos, con que las mujeres de todos los tiempos han manifestado el acatamiento evidente y sumiso y la dependencia tácita de su sexo.

Después las manos de él desaparecieron dentro del vestido, y la blanca prenda interior bajando hasta la rodilla para luego ser sacada por las manos de ella, arqueando primero una pierna y después la otra y desenganchándola por último del tobillo y del taco alto.

Después las álgidas, perentorias y últimas caricias, y el violento y lujurioso revolcar en el pasto, y el pronto final de los amantes nuevos.

Después ellos, los chicos del barrio de las latas, volviendo a sus casas, con su cansancio físico y mental pesando sobre sus cuerpos flacos bajo la ropa holgada y sus retinas vidriosas de agotamiento reflejando aún la desnudez desordenada de esas piernas en la negrura del pasto.

Y al día siguiente cuando él dijo:

—¿Vamo de vuelta Negro?

—Vamo.

Y al pasar por alguna de las casas de lata, el estridente chiflido y la despeinada cabeza que se asoma.

—Vamo Mingo.

—A ver la rubia.

Y fueron los tres al mismo lugar y esperaron inútilmente entre las matas, hasta las once de la noche.

—Hoy no viene —dijo uno de ellos—, tuvo bastante con anoche.

Y a la vuelta al día siguiente, y al otro, y al Otro, y las inútiles esperas sobre el pasto húmedo, con la imaginación excitada y las rodillas cansadas en la noche cálida.

Por fin una noche la vieron. Esta vez en el frente de su casa por donde ellos pasaban después de varias horas infructuosas entre las altas matas de detrás de la misma casa; ella estaba erguida, parada sobre la belleza de sus piernas, iluminada por la cálida luz del porch, con la piel de su cara fresca de juventud, tomados de la mano y mirándose a los ojos con un atlético hombre joven de pómulos duros de ejercicio y musculoso cuello bronceado.

Pasaron entonces ellos, los del barrio de las latas, captando apenas un pedazo de diálogo:

—... ía nos va...

Y ellos siguieron caminando, y en la esquina se dieron vuelta, y después siguieron caminando.

—Es otro, viste, es otro.

—Este la va de novio, la va.

Se habían juntado varios días después tres de ellos, él, el más tarde hombre que recordaba, y otros dos, el Negro y el Mingo, todos muy jóvenes; él tenía diecisiete y los otros dos dieciséis. Se habían juntado ante el ideal común, como antes se habían juntado ante las circunstancias, o necesidad, o la simple afinidad de sus ideas primarias, y ahora, unidos por el agujoneante hambre sexual, planearon con meticulosa excitación el plan que más tarde elaborarían.

Estudiaron el horario de ella, sus tranquilas idas y vueltas a la Pitman, tres veces por semana, con sus meticulosos cuadernos, y la pulcritud infantil de sus vestidos llenos, y los jueves y los domingos, cuando esperaba, a veces, en la entrada de su casa la llegada del atlético hombre joven, casi siempre con bombones, o una *pizza*, o un libro, o un postre que ella tomaba con infantil curiosidad y agujereando el papel espiaba el interior del paquete, mientras él pasaba su brazo por la cintura de ella y ambos entraban en la casa dejando en los hambrientos ojos de los escondidos chicos, un amargo y confuso recuerdo de sonrisas coquetas y miradas cariñosas, y un voluptuoso ritmo de caderas en la justeza del vestido.

—Viste, che, viste, es éste el que le gusta. Viste cómo se miran —dijo uno de ellos con la escasa dosis de experiencia amorosa que el cinematógrafo le había dejado.

—Ma qué éste, ¿cuándo le viste hacerle a éste lo que le hacía al otro?

—Si el otro es un viejo, ¿no viste que era un viejo? Tiene como cuarenta años.

Entonces habló él, y los demás lo escucharon, porque era un poco más grande, y había andado más, y hablaba poco, dando a entender que sabía mucho.

—No —dijo—, lo quiere al joven, pero le gusta el viejo.

—¿Y por qué no lo vimo más al viejo?

—Se verán en otro lado, se verán.

—¿Ché, cuando lo hacemos?

—Mañana —dijo él.

—¿A qué hora?

—Cuando vuelva a la noche.

—¿Y si grita?

—Le tapamo la boca.

—¡Ma que va a gritar si a ella le gusta!

—Si grita la corto.

—¡Va cortá, va cortá!

Y a la tarde del día siguiente fueron el Mingo, el Negro y él.

—Por acá pasa siempre; nos escondemo y cuando pasa la chapamo.

Se metieron en el baldío y se quedaron escondidos hasta que anocheció, sobre la húmeda tierra, sobre el rectangular pedazo libre de asfalto y vereda, de tumultuosa vegetación enardecida de matas, con el lujurioso desorden de la naturaleza viva; con aquellos tres seres pasando en ese momento por el instante emocional más fuerte de sus vidas tensas y fibrosas, sobre el suelo blando, sintiendo el cálido fresco de la ancha tierra sobre sus carnes ardientes de deseos.

Después se fueron turnando; uno de ellos salía a la vereda a ver si ella venía, mientras los otros dos con la mirada fija hacia adelante esperaban la señal.

Oyeron entonces el silbido estridente y un rápido correr por el pasto alto y la voz vibrante de nervios.

—¡Ahí viene! ¡Ahí viene!

Ella caminaba apurada, por la oscura vereda, con el taconeo rítmico y cadencioso, con sus pensamientos lejanos de mujer joven, y su cartera colgando de un hombro: iba de la estación a su casa como lo hacía todos los lunes, miércoles y viernes. Pasó por el baldío, y los tres se abalaron sobre ella; quiso gritar, pero un empujón brutal la internó en el potrero dando grandes pasos para no perder el equilibrio, que al fin perdió, y cayó al suelo llorando de miedo, bajo la traspirada mano y pañuelo que le tapaba la boca; forcejeó un rato y al fin quedaron jadeantes aquellos cuatro cuerpos jóvenes, agitados de miedo y excitación.

—No grités o te corto —le dijo una voz mientras sentía la hoja fría del cuchillo apoyada en su garganta.

—¿Qué quieren? —se animó a decir con un sollozo—. No tengo plata.

Estuvieron unos segundos quietos, ella, de espaldas al suelo, con los brazos abiertos, con las muñecas aprisionadas, sintiendo una respiración agitada cerca de su cara, mientras otro le sujetaba los tobillos y el tercero con el cuchillo en la mano la amenazaba.

—Si gritás te corto. Si gritás te corto.

Oía la voz nerviosa. Sin que ninguno se atreviera a iniciar lo que habían planeado y soñado durante días y semanas, y que ahora tenían al alcance de sus manos cobrizas de vida, que se mantenían indecisas al extremo de los brazos, sin atinar siquiera a iniciar el más leve movimiento para sentir, palpar, aquel cuerpo codiciado, antes inaccesible y utópico, y ahora extendido al lado de sus rodillas, enormemente más lejos de sus sexos que aquellas otras noches en que, en la privada soledad de sus camas con las manos bajo las mantas, con pensamientos y a veces con gestos sentían la boca entreabierta sobre sus lenguas activas, y la morbidez de sus brazos sobre sus cuellos ardientes.

Uno de ellos, después de un rato, puso su mano sudada sobre la pierna de ella, introduciéndola después bajo la pollera hasta bastante más arriba de la rodilla y paseó su mano por la piel suave con respetuosa y tímida carencia de lujuria. La paseó varias veces hasta el mismo borde de la bombacha.

—Dale, Negro, vos primero —le dijeron.

Él siguió haciendo lo mismo con ridícula torpeza y dijo infantilmente:

—No puedo viejo, vos primero.

Entonces él, el más tarde hombre que recordaba, levantó la pollera de ella de un tirón. Y ella gritó con fuerza desesperada; entonces él la golpeó en la cara y en la boca, enardecido de nervios hasta que ella calló. Después se hincó entre las piernas de ella tratando de sacarle la bombacha que no salía por el ángulo abierto de las piernas.

Ella al sentir su tobillo libre empezó a moverse y a gritar hasta que volvieron a pegarle; entonces dio vuelta su cara marcada y llorosa y se quedó quieta.

Él se tiró sobre las piernas de ella para dominarla del todo y entonces se dio cuenta de que estaban en condiciones de hacer aquello.

Y los tres miraron con los ojos brillantes en la suciedad de la cara, con la desilusionante sensación que sienten los hombres que recién se sienten hombres en presencia de mujeres que son realmente mujeres y que, en sus sueños de hombres que todavía no son hombres, imaginan como mujeres que realmente no son mujeres.

Miraban sus muslos demasiado anchos para sus sueños estilizados de adolescentes y a lo demasiado evidente para la pulcritud de su lujuria privada o para los teóricos desahogos de su inexperta y no inocente juventud.

Entonces lo vieron a él hacer aquello que sabían cómo se hacía aunque nunca lo habían hecho, y que nunca habían preguntado cómo se hacía, pero que intuían desde muy chicos con el instinto pro-creador del hombre, o con esa sabia noción natural del hombre tras su instinto, o con la ignorante y curiosa sabiduría animal, o simplemente la curiosa sabiduría de la ignorancia humana.

Y lo hizo entonces, lo hizo con movimientos rítmicos y sencillos, que duraron escasos segundos, mientras sus manos se apoyaban en el pasto, y luego sus codos se apoyaron en el pasto, en un intento de besar aquella cara fruncida y asustada con pintura corrida y llanto en los ojos.

Después se enderezó mientras se abrochaba el pantalón e irguió su cabeza en un movimiento salvaje e infantil que se transformó en seguida en terror.

—¡Ahí están! ¡Ahí están!

Y la voz de una mujer gorda que con el brazo hacia adelante, señalaba implacable, mientras su figura homogénea perdía importancia ante el ágil correr del policía que, saltando matas, se iba agrandando en la penumbra del baldío.

Corrió entonces él, con todas sus fuerzas, cayendo una vez y levantándose en seguida hasta la pared del fondo del potrero.

Se dio vuelta antes de saltar y lo vio terriblemente cerca, ahora sin gorra y jadeante, pero siempre corriendo mientras su mano apretaba la cartuchera oscura.

Saltó entonces, ágil de nervios, estuvo horizontal un instante sobre el borde de la pared y después cayó rodando liviano en un jardín desconocido.

Corrió bajo un pino ordenado, hasta tropezar con una manguera enrollada; después saltó una verja y corrió con desesperación por la vereda oscura.

Corrió y corrió varios minutos hasta llegar a la vía del tren, siguió por los durmientes un rato y se tiró extenuado en una zanja.

Se quedó quieto, con la cara hundida en la tierra, deleitándose con el acogedor silencio húmedo de la noche, entre el frescor de los grillos y el suave resbalar de la luna sobre las vías del tren. Por fin, más tranquilo, se levantó.

Llegó a su casa tarde y se tiró en la cama, después de vislumbrar un ligero parpadeo de tranquilidad entre las toses rítmicas de su madre.

No pudo dormir y pensó en la rubia; ahora la veía de nuevo idealizada, hecha mujer de sueño de adolescente, y no mujer de realidad de hombre. Se quedó dormido.

A la media mañana estaba despierto; se vistió ligero y fue a la casa del Mingo. Una mujer lavaba ropa afuera; él entró directamente y lo encontró sentado en un cajón tomando un mate que dejó sobre el suelo y dijo:

—Lo chaparon al Negro.

—¿Vos por dónde rajaste?

—Por la misma pared que vos. El Negro quiso rajar por la calle y el cana lo alcanzó.

—¿Cantará?

—¡Va cantar! ¡Va cantar! Ése no canta nada, es de fierro el pibe.

Pero ninguno de los dos lo creía, y se engañaban a ellos mismos con la fácil convicción del hombre al mentirse a sí mismo y la infantil sinceridad de los chicos al aceptar sus propias mentiras.

Cuando se sacudió la puerta del cuarto de lata y los forcejeos enérgicos movían la casa, que dejó de moverse bruscamente al abrirse la puerta y al aparecer el hombre gordo, ellos recién levantaron la vista, que después bajaron y mantendrían baja por mucho tiempo, como en la fotografía que días más tarde saldría en los diarios, despeinados y con esposas, bajo los títulos horribles y el furor civilizado y drástico de la sociedad ante los delitos ajenos.

Ellos estaban parados en la mitad del cuarto, mientras el agente uniformado les palpaba la cintura y el cuerpo y el hombre gordo

hurgueteaba por los rincones, y un oficial flaco de correaje tirante daba vuelta una caja, mientras afuera las innumerables personas atisbaban febrilmente, y a bastante distancia, con el miedo, respeto, y curiosidad ancestral hacia la autoridad, mientras que el Mingo y él, el más tarde hombre que recordaba, sentían por primera vez la sensación de ser centro importantísimo de toda una serie de movimientos, palabras y trabajo, que luego notarían aún más, cuando innumerables empleados, periodistas, funcionarios y hasta magistrados, trabajaran durante horas alrededor de sus personas, con sus anteojos y trajes caros, pendientes a veces de una sola de sus palabras, que las máquinas de escribir captarían inmediatamente, en un furioso repiqueteo de burocracia en marcha, o en un tranquilo deslizar de odio domesticado.

Después salieron de las casas de lata, sin mirar las muchas personas que cuchicheaban a distancia, sin mirar las dos mujeres llorosas que hablaban con el hombre gordo, ni las bandadas de chicos, sino mirando al suelo con una mezcla curiosa de vergüenza y humildad, con algo de resentimiento y timidez, y un cierto matiz de clasicismo de delincuencia, intuitivo, heredado o simplemente aprendido, en diarios y cinematógrafos.

Y entraron en el coche cuadrado que los llevó rápidamente a la comisaría donde fueron separados en distintos calabozos.

Horas más tarde, fueron sacados y llevados al despacho del comisario, que era el hombre gordo. Allí ya estaba el Negro demacrado y triste; los tres se miraron de reojo.

—Bueno, muchachos —dijo el comisario—, éste ya confesó todo, así que a no dar trabajo y a decir toda la verdad ¿eh?

Se quedaron callados los tres, el comisario tocó el timbre.

—Hágalos pasar, cabo.

Entraron entonces la rubia pálida y ojerosa del brazo del padre y del atlético hombre joven.

—¡Sí son ellos! —dijo—, ¡son ellos, estoy segura que son ellos! —Y hundió su cara en el pecho del hombre joven que la soltó en seguida, mientras sus puños pesados y expertos golpearon al Mingo, que era el que estaba más cerca, quien rodó sangrando con los dientes rotos.

Entre el agente y el comisario lo sujetaron.

—Cálmese, señor, cálmese.

Entonces fue el padre que gritó indignado.

—¡Ma sinvergüenzas, atorrantes, sarnosos, tocar a mi hija!... ¡Hay que matar, matar a esta gente, comesario! Hay que matarlos. Han destruido lo más sagrado de una mujer... la han desvirgado... desvirgado... señor, mi chica desvirgada.

—Qué desvirgada ni desvirgada —dijo el Mingo desde el suelo— pregúntele a éste si era virgen.

Entonces todos se dieron vuelta, el padre, el novio, ella, el comisario y hasta el agente de guardia en la puerta; todos se dieron vuelta y lo miraron a él, el que más tarde sería hombre y recordaría.

.....

Hilario Sosa, con todo.

Se miró reflejado en la puerta de vidrio del despacho del Comisario. No pensaba en sus condenas ni en los arrestos breves. Se observó curioso, destrozado por años y cincelado de vicios. Un recuerdo ancho se le subió a los ojos y repitió despacio lo que había dicho en ese mismo despacho hacía ya mucho tiempo.

—Sí, yo fui el primero, yo la desvirgué, y qué hay.

Y la mirada honda de una mujer lejana se le extendió en el pecho.

HOMBRE

ESTA ES la historia de un hombre.

Le decían «el Tarta», porque fue su primer defecto, que emergió a borbotones entre los labios gruesos y las encías desdentadas, a una edad en que los chicos de su mismo tamaño decían de memoria el Preámbulo de la Constitución, o el artículo catorce —esos mismos chicos que, más tarde, ya hombres, lo juzgarían— porque fue su misma generación la que lo condenó, con el implacable equilibrio de la naturaleza humana, con el feroz desahogo de la justicia terrestre, o con la simple armonía de esas leyes vitales ante aquello que se alza, desafiando lo primario, lo elemental, el sensato conglomerado de hechos esperados en el normal deslizar de la vida cotidiana.

Elías Croveto, alias «el Tarta», invertido, como figura en el archivo de los Tribunales, donde también figura María Croveto, su madre, y, en letras minúsculas, «padre desconocido», y una serie de nombres de los testigos presenciales de los hechos evidentes, hombres ahora todos ellos en la normal y sólida plenitud de sus vidas, pero que habían sido chicos en la época en que «el Tarta» mostró los primeros síntomas de inversión sexual en las plazas y calles de la ciudad-pueblo, donde fue más de una vez golpeado y perseguido, y aun detenido por algún agente de policía que lo conduciría por la calle principal, hacia la comisaría primera, caminando unos pasos detrás de él, mientras la gente lo miraba, y alguna madre mascullaba un: «degenerado», u otras cosas, ante las vecinas excitadas, mientras su brazo indignado abrazaba instintivamente la cabeza de su hijo, y alguien comentaba algo así como:

—Vio, de nuevo, esta vez fue con el hijo de Doña Berta, el coloradito, el rusito, el que está en el mismo grado que la Gladys; lo llevó detrás de unas plantas y lo tocó.

Y «el Tarta», caminando con su clásico bamboleo y su estúpida sonrisa en la boca mojada, tocándose el chichón que algún padre o madre, o el guardián de la plaza, o la misma víctima de sus toqueteos le había proporcionado, mientras repetía constantemente:

—Nnnono me vva a pepepegar ¿eh?

Y el agente de polainas impecables caminando detrás de él, tocándolo apenas en el hombro para indicarle dónde debía doblar, y el otro agente en la puerta de la comisaría abriendo la puerta para que pasaran ambos y apartándose ligeramente, mientras resaltaba la femenina y desagradable figura del «Tarta» entre la viril presencia de los dos uniformados.

Ahora, frente a la mesa del oficial de guardia, que miraba distraído sobre los papeles desordenados, escuchando el taconeo del agente y la concreta exposición de los hechos, y luego preguntando:

—¿Hay denuncia?

—Una señora de Neuman va a venir más tarde.

Y él mientras tanto, sentándose en la punta del banco en donde siempre se sentaba, con los codos sobre las rodillas y la mirada marrón sobre las baldositas del piso, y el labio húmedo y grueso descubriendo sus encías.

Luego, horas después, la mujer que llegaba con el hijo de la mano y también el marido:

—... entonces me pareció que tardaba mucho, porque yo estoy siempre atenta, eso sí, no soy de las que tienen los chicos todo el día en la calle, no señor; me crucé entonces a la plaza, y me encontré ahí a la Leonor, la de la «Flor de Génova», la casada con Arduino, y le pregunté: y el Héctor, no lo viste vos, y me dice: «por ahí andaba che», y yo le digo, pero estaba solo, y ella me dice: «y vos sabés cómo es tu hijo que no le gusta jugar con los demás», me dieron ganas de decirle, mejor es eso que andar con atorrantes como los de ella, porque eso sí, yo no...

—A ver señora, y ¿dónde lo encontró a su hijo?

—Bueno, entonces me voy detrás de las plantas esas altas que hay detrás de la estatua, y ahí estaba, señor oficial, ahí estaba, le había bajado los pantalones y lo estaba toqueteando al pobrecito, yo corrí entonces, y lo agarré al degenerado ese por las orejas, le pegué unos buenos sacudones y un buen coscorrón que no se lo va a olvidar así nomás y...

—Usted, señor ¿estaba? —preguntó el oficial dirigiéndose al marido.

—Stá yo...

—No, él no, señor oficial, mi marido es sastre, y no es porque sea mi marido pero...

Y «el Tarta» mientras tanto, mirando ahora al techo y escuchando por la puerta las oleadas de indignación que salían de la oficina de guardia, mientras su sonrisa le colgaba de la boca como una baba, y las manos traspiradas en los bolsillos del mameluco se cerraban y abrían en un rítmico movimiento de temor y de nervios.

Y después la puerta de afuera abriéndose con violencia, dando paso a la otra, a la mujer que él no llamaba madre a pesar de serlo, junto con el hombre que él tampoco llamaba padre, y que además no lo era, caminando con su apuro exaltado de mujer pobre coa muchos hijos, y viéndolo a él en la punta del banco y diciendo:

—¡Otra vez! ¡Otra vez!, un degenerado, eso es lo que es, ¡un degenerado!

Mientras el hombre, unos pasos atrás, de traje azul lustroso e impecable cuello duro, amagando una cachetada con su mano grande de uñas largas y anillo dorado, y «el Tarta» agachándose y cerrando los ojos, barboteando un tartamudeo animal y poniéndose las manos sobre las orejas, quieto, acurrucado con su temor inmóvil y fatalista, hasta que sintió los pasos de ambos entrar en la oficina de guardia.

Fue en ese momento cuando conoció a «la Garza»; emergió de una de las puertas transversales, silencioso, alto, con sus breeches ajustados y sus botas lustrosas; llevaba una fusta empapada en la mano y un matiz de transpiración en la frente lisa.

Le decían «la Garza», y era el comisario de policía; había llegado a la ciudad-pueblo en una época en que nosotros, sus habitantes, considerábamos a un ladrón de caballos, o a un borracho, o a un capitalista de juegos como elementos susceptibles de castigarse una o tantas veces como fuera necesario, pero ignorábamos que un hombre puede ser arrancado de sus creencias, de su motivo o medio de vida, de esa herencia atávica que su misma subsistencia a veces imponía, como comprobamos más adelante, cuando el cabo Montiel, jubilado unos días después de la

llegada de «la Garza» contó lo que había visto la tarde aquella cuando trajeron detenido al Turco Payo —cuatrero insignificante y ladrón de gallinas— detenido decenas de veces y conocido por todos. Ese día, como siempre que entraba a la comisaría, se lo puso a barrer las oficinas y a limpiar los baños; después «la Garza» quiso tomar mate y se lo tuvo media hora cebándoselos; cuenta el cabo Montiel que durante ese tiempo el comisario ni siquiera lo miró una vez al turco, ni casi miró el libro de guardia donde figuraba el motivo de la detención, y al rato le dijo:

—Andá al calabozo y espérame allí.

Después «la Garza» mandó comprar cigarrillos y se quedó sentado en el borde de su escritorio, balanceando la pierna hasta que llegó el agente con dos atados de cigarrillos rubios y una caja de fósforos; él guardó todo en el bolsillo de arriba de su chaquetilla marrón y recién entonces fue al calabozo.

Entró con las manos en los bolsillos y con el codo cerró la puerta; estuvo unos cinco minutos con el preso y después salió para volver más tarde con la valija de cuero y un balde de agua; después volvió a salir y volvió en seguida, ahora con un par de esposas. Después hubo unos cinco minutos de silencio, y luego el aullido aquel que hizo a los mismos policías, templados en dolores ajenos, levantar la vista y dejar de hacer lo que estaban haciendo; según el cabo Montiel no era un aullido fuerte, sino opaco y prolongado, que duró varios minutos, subiendo y bajando de tono, y luego no se supo si realmente había terminado, porque pareció flotar un rato entre las paredes de la comisaría, todavía un tiempo después de que «la Garza» salió del calabozo, con su valija y el balde casi lleno de agua, que dejó unos segundos en el piso para prenderse la chaquetilla, y luego volvió a tomarlo y desapareció tras una de las puertas del patio.

Se precipitaron entonces todos a la ventanilla enrejada, y lo vieron ahí, no tirado en el suelo como ellos suponían, sino de pie, inmóvil, empapado en sudor, con los ojos desorbitados, y sólo sostenido al parecer por su propio dolor contra la pared del calabozo.

Esa noche el Turco Payo no comió, pero tomó gran cantidad de agua y orinó sangre casi todo el día siguiente, en que salió de la comisaría caminando con pasos cortos de hombre viejo y una mano sobre un muslo y

la otra sosteniendo un papel en donde figuraban los límites de la sección de comisaría que correspondía a «la Garza», que la misma «Garza» le había entregado mirándole a los ojos y sin decir una palabra mientras le indicaba con la cabeza la puerta de salida.

Ése era «la Garza», el hombre que puso a disposición de nosotros, los cómodos, honestos, laboriosos habitantes de la ciudad-pueblo, toda la gama de su violencia al servicio del orden; nosotros ahora, transitando por las veredas y calles a cualquier hora de la noche con nuestras propias mujeres, sin ver borrachos ni mendigos, y comentando algo así como: «tendrías que haber cerrado y premiado el pozo, pero no irte» —o ella diciendo: «pero no ves que no me alcanzaban los comodines, pero no ves»— y luego llegando a nuestra casas, sabiendo perfectamente que estarían todas nuestras gallinas en el patiecito del fondo, y la manguera en el jardín, y el triciclo de los chicos, o cualquiera de esas cosas que un año antes hubiera desaparecido ante nuestro menor descuido, y que ahora estarían en el mismo lugar donde las habíamos olvidado, en esa posición exacta con que las habríamos dejado, mientras nosotros ignorábamos, o pretendíamos ignorar, que el hipotético individuo que hubiera robado aquello se encontraba a varios kilómetros de distancia, en algún pueblo vecino, despojando también a alguien de algún objeto familiar, en la más primitiva de las formas que es el hurto simple, haciendo con esto proseguir el ritmo constante de intercambio de objetos, esfuerzos, ideas, movimientos, que la naturaleza viva exige en su cíclico metabolismo, y que nosotros pretendemos encauzar con palabras como comercio, trabajo, subsistencia, mientras formamos parte y esencia de esa pavorosa transformación, en un continuo devorar de energía creadora y un continuo crear de devoradora energía.

Así se conocieron «la Garza» y «el Tarta» en el patio de la comisaría, unos segundos antes de que se abrieran las puertas de la oficina de guardia y salieran la mujer y el hombre que, entre llantos y maldiciones, se acercaron al banco; y él entonces —el de las uñas largas y el anillo dorado— tomó al «Tarta» de un hombro y levantó su otra mano ahora con el puño cerrado, y «la Garza», dando un paso corto y rápido, y descargando su fusta con rapidez increíble sobre la muñeca del hombre que aulló de dolor, soltándolo al «Tarta» y retrocediendo, asustado, mientras mascullaba:

—¡Eh diga, qué se cree!

Y «la Garza» avanzando de nuevo un paso corto, y cruzándole la cara dos veces con la fusta, como confirmando su monopolio de violencia, mientras el hombre, encogido de dolor se daba vuelta, tapándose la cara con las manos, para recibir un último fustazo, esta vez en la nuca, que lo hizo caer hincado en medio del patio.

Fue en ese momento, supongo, cuando la mujer que él no llamaba madre, a pesar de serlo, y el hombre que él no llamaba padre, y que además no lo era, se retiraban de la comisaría, dándose vueltas repetidas veces y mirando asustados hacia atrás —para salir por la puerta ancha y también de su propia vida, porque desde ese momento dejó de verlos a ambos— cuando surgió aquello que más tarde nosotros —los habitantes de la ciudad-pueblo, los mismos que lo juzgamos— tuvimos que reconocer que era amor, un purísimo amor que emergió, inesperadamente, en su alma semifemenina, con la imperecedera vehemencia de los primeros amores, surgido quizá por la eterna y femenina admiración a la fuerza, y más aún si esa fuerza ejerce funciones protectoras.

Pasaron después los años, y «el Tarta» se convirtió en un hombre; nos habíamos acostumbrado a verlo, durante su niñez y adolescencia, como un humilde satélite de «la Garza», sentado en la puerta de la oficina, contemplándolo, embobado, mientras éste trabajaba, o siguiéndolo, en sus recorridas a caballo, a una distancia mayor de cien metros, con un tenaz trotecito, agotador y servil, y más adelante, haciéndole de mucamo, limpiando la vereda o yendo al mercado, con la bolsa de hule a hacer las compras —que más tarde supimos que él cocinaba— como también se encargaba del lavado y planchado de la ropa, viviendo en una especie de cuarto de servicio en la misma casa.

Hombre ahora, conservaba su tartamudeo y su aspecto seguía siendo desagradablemente amoral, a pesar de no tener esos gestos clásicos de los invertidos, seguramente —pensábamos nosotros— por miedo a «la Garza», porque también usaba el pelo corto y no movía en absoluto las caderas al caminar; una vez, recuerdo, pasó delante de nosotros en la puerta del Bar Alhambra, y creo que fue Zambrano que, medio borracho, lo empujó, y él contestó algo así como:

—¿Qui qui quién te di di dio confianza, che?

Y nosotros, a las carcajadas, lo echábamos tirándole las cáscaras de los maníes y los carozos de las aceitunas. Creo que también fue Zambrano, o uno de los Cerecedas, que una vez lo volteó de un golpe en el baño del cine, alegando que «el Tarta» lo había tocado al pasar.

Todos los años «la Garza» desaparecía de la ciudad por veinte días, quedando «el Tarta» solo en la casa, 31 término de los cuales invariablemente lo veíamos a través de las ventanas abiertas, con el pelo atado, haciendo una limpieza a fondo, encerando los pisos, limpiando los techos, a veces pintando la mesa o un aparador de la cocina, todo esto entre los clásicos y femeninos suspiros con que las mujeres del mundo entero acompañan el menor desplazamiento de un mueble, o levantada de alfombra, o cualquier esfuerzo que salga de su normal órbita de limpieza, y que «el Tarta» imitaba, con esa desesperante ambición de femineidad de los invertidos o de las mujeres antes de la pubertad.

Pero aquel año «la Garza» no volvió solo; una mujer vino con él; la trajo del norte, con un par de valijas nuevas, una libreta de casamiento, en la que el Estado reconocía, aceptaba, incluso legitimaba, aquello que sin esto se llamaría concubinato, junto con una perrita blanca y un montón de mantas en el asiento de atrás del coche.

Era una mujer joven, rubia, de ojos claros; su cara ancha, con algo de inteligencia hubiera tenido interés; las cejas gruesas parecían humanizar el resto de sus facciones; la boca grande y expresiva con labios casi siempre sonrientes y dientes magníficos le daban cierto; aspecto sensual, en contraposición a su figura de líneas largas y armoniosas, en absoluto provocativas, de esas clásicas figuras que las mujeres consideran ideales, y los hombres demasiado delgadas, y cuyo principal encanto reside en la elegancia con que les queda la ropa y en la seguridad de quien la posee.

Una vecina nos contó que bajaron ambos del coche, él con las valijas y ella con una caja de sombreros en una mano y la correa de la perrita en la otra; se encontraron en la misma puerta, «el Tarta» y ella, se miraron en los ojos y se habrán odiado desde ese momento, con ese odio fuerte e inofensivo de la gente débil, agravado por el hecho de no poder

manifestarlo, como sucede generalmente en la primera etapa de los celos; después franquearon la puerta.

Fue esa misma tarde cuando lo vimos al «Tarta» pasar por la puerta del Alhambra cargado de paquetes, y alguien le preguntó:

—¿Y, «Tarta»?

—Y ¿qu qu qué?

—Se te casó con otra; vas a tener que buscarte otro macho.

—Vovo vos que t t t te crees che, que s s so so soy de ésas, n n no lo voy a me me mendigar na nada, che, si l l la quiere a ésa que se la la gu gu guarde che.

Se lo vio también días más tarde, en el mercado donde todos los conocían, tomando actitudes de mujer ofendida ante los dos muchachones del puesto de la carne.

—Qu qu que se l l la guarde che, n n no me voy a po po ponerme a llo llorar, si le gu gu gusta que se la la guarde.

No fue al día siguiente, sino al otro que sucedió. Apareció muerta la mujer de «la Garza», en la bañera de su casa, con las piernas asomando grotescamente del agua tibia que, rebasando, se escurría bajo la puerta del baño.

«La Garza» habló por teléfono al Juez de Instrucción, y se presentó éste con el Secretario criminal. Era un hombre brillante, el Juez Soler, de inteligencia clara y mirada escrutadora, gordo, bajo, dinámico; miró el cadáver durante un rato y después dijo:

—¿Y, Comisario?

—Yo estaba en mi cuarto, señor, sentado leyendo; me levanté, no me acuerdo para qué y, al pasar por el pasillo del baño vi el piso lleno de agua; me fijo de dónde venía, y veo que sale por debajo de la puerta del baño; entonces golpié, y mi señora no me contesta; vuelvo a golpear y, como tampoco contesta, abro la puerta; estaba sin llave; y, la encontré muerta, señor; seguramente ha resfalado y se ha golpeado en la nuca, y ha quedado desmayada debajo del agua.

No demostró ninguna emoción al decir esto, aunque supongo que nadie esperaba que la demostrase.

Después el Juez preguntó:

—¿Estaba usted solo en la casa?

—No, estaba también mi mucamo.

—Ah, ése —dijo el Juez—. Hágalo venir.

Entró «el Tarta» entonces y el Juez le preguntó:

—Y vos ¿qué sabés?

—Yo yo yo yo na na nada, señor.

—¿No oíste ningún ruido?

—No no no no, señor.

—Bueno —dijo el Juez dirigiéndose al comisario—, como primera medida vamos a tener que hacer la autopsia; usted, como marido, va a tener que firmar el consentimiento.

—No veo por qué, señor; ha sido un accidente y prefiero no autorizar nada.

—Sí, comisario; va a ser imprescindible.

Lo contaron después los periodistas que presenciaron la escena, cuando los fotógrafos se retiraban con sus máquinas y el Juez ya se había ido; lo vieron ahí, en el medio del cuarto inquieto y furioso, paseándose, nervioso, mientras «el Tarta» en la cocina, temblando en un rincón, repetía lloroso:

—¿Y ahora, y ahora?

Esa misma tarde se presentó en el Juzgado y, ante los empleados atónitos, entró en el despacho del Juez, sin hacerse anunciar y sin ni siquiera golpear.

El Juez estaba con una pareja de viejos llorosos vestidos de luto; «el Tarta» ni los miró y, casi gritando, dijo:

—Yo yo yo fui, señor, yo yo la ma ma maté, señor.

—Siéntese —le dijo el Juez; había dejado de tutearlo—. Cuénteme por qué lo hizo.

—Po po porque le te te tenía ra rabia; esta taba celoso.

Entonces el hombre viejo, que parecía sordo, le preguntó a su mujer:

—¿Qué dice? ¿De quién habla?

Y el Juez:

—Va a ser mejor, señores, que esperen al lado.

Y el viejo, tercamente:

—¿De quién habla? ¿de quién habla? ¿qué es lo que dice?

Y la mujer, llorosa:

—Fue él, Gaspar, el asesino de nuestra hija...

Y el viejo, precipitándose entonces, con las manos temblorosas e inútiles, extendidas hacia la garganta del «Tarta», y éste dando un salto atrás, asustado, y luego dándose vuelta, corriendo hacia la puerta, y luego escaleras abajo, con el viejo atrás gritando con todas sus fuerzas:

—¡Asesino! ¡Asesino!

Y, ya en la calle, «el Tarta» corriendo por la vereda angosta, y el viejo atrás, gritando:

—¡Párenlo! ¡Es el asesino! ¡Él mató a mi hija!

Primero fueron unos peluqueros, con sus tijeras en las manos, los hermanos Diglio; luego un cartero, después los peones del mercado, y los empleados de una tienda; después todos, hombres, mujeres, chicos, salían de las puertas de las casas a unirse a la persecución del asesino que corría, desesperado, dándose vuelta de tanto en tanto, doblando en las esquinas, llorando de miedo, mientras sus perseguidores se mantenían a la misma distancia, con su jadeo implacable y tenaz, y su número aumentaba a medida que pasaban las cuadras; éramos nosotros, los habitantes de la ciudad-pueblo, hombres y mujeres, que hacía años que no corríamos más de veinte metros, exigiendo a nuestros pulmones detrás de aquél —en el cual podríamos descargar todo el odio contenido— toda esa fuerza atávica, ancestral, todo ese desahogo de ferocidad de seres con muchas generaciones de violencia domesticada; y ahí estaba, a pocos metros de nosotros, en su correr desaforado, aquello que simbolizaba el mal ajeno, aquella persona cuyos delitos terribles nos hacían sentirnos puros, justicieros, orgullosos seres humanos, vengadores, representantes de la moral y la decencia; éramos la justicia, en ese momento, la humana justicia, basada en el desahogo, la venganza, el odio, el amor, la seguridad, el orden, el miedo, la envidia, el honor, la precaria duración de la vida y la devastadora solución de la muerte.

Tropezó en una boca-calle y pareció que se entregaba, vencido, porque estuvo unos segundos en el suelo ancho, para levantarse después y proseguir su carrera, ahora a unos escasos metros de nosotros; podíamos ver

su cuello sudado bajo la debilidad de la nuca, y el pelo rubio dorado en desordenados mechones, y parte de su cara desfigurada de horror.

Fue Bustamante el que lo alcanzó —aquel que había sido tres cuartos en una primera de *rugby* en sus años de estudiante; ahora pesaba cien kilos y su hija mayor lo había hecho abuelo hacía dos semanas escasas, entre llantos de emoción en la clínica, y brindis con *champagne* en la casa, y ridículos gorgojeos de hombre grande ante la indiferente persona del nieto en la cuna enorme de volados blancos; agachó la cabeza en un supremo esfuerzo, y avanzó los escasos veinte metros que nos separaban del «Tarta» para abrazar sus caderas en un *tackle* impecable que lo derribó por el suelo.

Caímos sobre él entonces, golpeándolo con nuestros pies cansados; y nuestros puños sudorosos, enardecidos, subieron y bajaron junto con unos palos y piedras, y un caño de plomo, y pedazos de ladrillo, que emergían sobre las cabezas para bajar con violencia, y volver a subir, y volver a bajar, con un sonido opaco y terrible y un pegoteo fétido de sangre abundante.

Después de un rato nos calmamos, y los más exaltados fuimos los primeros en abandonar el lugar, caminando, exhaustos, hacia nuestras casas, hacia nuestras mujeres, con sus delantales floreados, y nuestros chicos, con sus ojos enormes sobre el plato de sopa y la servilleta blanca anudada debajo de la nuca.

Quedó sólo «el Tarta» en la mitad de la calle, muerto, deshecho, con la boca abierta, sin dientes, y la cara, irreconocible, mirando al cielo, mientras el aullido de la sirena de la ambulancia se acercaba al lugar, y un coche policial frenaba bruscamente.

.....

No tengo derecho a seguir escribiendo. Si los hechos fueran ésos, nada más que ésos, el caso está cerrado, y el expediente de las tapas verdes está opaco de polvo en el archivo de los Tribunales.

Pero estoy seguro, absolutamente seguro, de que el asesino está libre, con sus botas lustrosas y su fusta implacable. Y también lo estarían ustedes si lo hubieran visto, encorvado de llanto entre el pasto húmedo del cementerio ordenado, cuando nos miramos sobre la tumba blanca de Elías Croveto, como dos asesinos en la niebla espesa.

PROPIEDAD

AL FINAL todos estuvimos equivocados, yo, la gente, Cristina y el Peñaloza ese.

Recuerdo que entró el día aquel en la sacristía de mi iglesia; me refiero a Cristina, la chica esa, y me dijo: «Padre, ¿me puedo confesar?». Tenía ese olor a pecado de las mujeres honestas cuando son muy jóvenes, un cuerpo ceñido en un vestido rosado y una cinta en el pelo.

Claro que esto fue mucho antes de que el comisario Silva la detuviera en el cuarto de la pensión donde vivía, acusada de corrupción de menores y la llevara a la cárcel por un año y cuatro meses, pero, con todo, el día que entró en la sacristía produjo bastante revuelo en la reunión de Hijas de María porque...

Bueno, vamos por partes; ella, la chica esa, era la séptima hija de una familia muy pobre. Eran de esa gente con un tipo de pobreza escrupulosa y ordenada, magníficamente dotada para administrar su miseria durante el transcurso de miles de privaciones, simétricas y puntuales, que jalonaban y jalonarían años de vacía existencia, mientras eran dominados, consciente y desproporcionadamente, por las cosas elementales, horarios y costumbres y toda aquella materia propia y ajena, que gravita con tanta fuerza en la gente pobre, como si la falta de dinero fuere una virtud, una raza, una religión, un culto agresivo hacia la cosa, hacia el objeto, hacia esos algo tangibles y concretos, y consoladoramente desprovistos de la menor complicación.

Y ella creció ahí, en el conventillo grisáceo, yendo y viniendo a la panadería o al almacén, con las escasas monedas o los billetes arrugados que representaban un número exacto de bolsas acarreadas en el puerto local por las espaldas dobladas de su padre trabajador, y que ella dejaría sobre el mostrador conocido, mientras abrazaba contra su cuerpo los paquetes de pan, o de fideos, o de harina de maíz, o de cualquier otra cosa, que en la mesa familiar sería consumido por ellos y por su padre cansado,

adquiriendo así las fuerzas y energías necesarias para volver al día siguiente a cargar sobre sus hombros las bolsas tenaces de las estibas inmutables que, al fin de la jornada, representarían los papeles pequeños y arrugados equivalentes a la comida, y algún otro gasto de él y su familia.

Bueno, Cristina, la chica esta, nunca tuvo nada de su absoluta propiedad; esto es importante, aunque yo en esa época no me di cuenta de ello, y tampoco la gente de la ciudad-pueblo, ni tampoco el Peñaloza ese; pero fue muy importante, porque nunca tuvo nada de ella misma, porque su ropa era heredada, y a su vez ella se la dejaba a su hermana más chica. No sé si ustedes conocen este tipo de gente; pero en ellos el culto a la cosa es tan grande que determina prácticamente los ascensos sociales, como sucedía con sus vecinos de cuarto, que tenían una cocinita de kerosene, y eran considerados en el conventillo como de una clase casi distinta y superior; bueno, la chica esta, desde que nació hasta los quince años, no tuvo prácticamente nada, salvo la vez aquella en que alguien le regaló una pelota y ella, extasiada, marchó por el patio haciéndola picar delante de ella, concentrada y seria como se ponen las chicas cuando realmente se divierten; claro que pronto los demás chicos la vieron, y aunque ella no quería prestar la pelota, alguna persona grande la obligó seguramente a compartirla con los demás.

Esto es curioso; pero a veces la gente primaria tiene latente en su misma sencillez los conceptos básicos de la sociedad. No creo que ni los mismos autores del Código Napoleónico hayan sentido tan fuertemente como la chica esta, el concepto para ellos sagrado de la propiedad absoluta. Será tal vez que nuestra pretenciosa organización humana está asentada tanto en la virtud como en el pecado, tanto en la escasez como en la abundancia y son precisamente las que cultivan cualquiera de estos extremos las que entienden, a veces mejor que nadie, esos principios básicos que rigen nuestras vidas.

Ella debe de haber jugado con los demás chicos ese día, y otros más, y seguramente se divirtió también más de lo que se hubiera divertido jugando sola. Pero de todos modos, aunque ella seguía siendo dueña de la pelota — seguramente dormía con ella todas las noches—, nunca pudo sentir de nuevo esa maravillosa sensación que sentía cuando la pelota picaba,

arbitrariamente, entre las baldosas rotas, durante los escasos minutos en que la pelota fue suya, absolutamente suya.

Bueno, ella cumplió quince años, y precisamente la ausencia de un vestido nuevo fue lo que le hizo comprender que era dueña de un cuerpo prometedoramente interesante, quizá menos interesante que lo que aparentaba con el vestido apretado; pero indudablemente tenía un cuerpo bonito. No era fea tampoco de cara, con esos ojos alertas, el pelo corto, la boca ligeramente abierta y ese aire infantilmente inmoral de las chicas muy jóvenes.

Claro que no era muy distinta de cualquiera otra chica a esa edad, en que dejan de serlo, y en que la novedosa vanidad domina completamente al sexo, o al amor, o a cualquiera de las otras fuerzas que más tarde gravitarían sobre ellas, pero esta chica Cristina se sintió en esos momentos tan dueña de algo, y de algo tan suyo, tan indiscutible e inesperadamente suyo, que sintió la verdadera necesidad de afirmar en alguna forma su propiedad; al principio se contentó con pasear por la calle principal y alrededor de la plaza con sus zapatos chatos y su vestido apretado y la cinta en el pelo, no del brazo de otras chicas como hacían las demás, sino sola, liviana, graciosa, enormemente seria, con una rapidez divertida y absurda, para alguien que va a pasar seis o siete veces por el mismo lugar, pero al mismo tiempo tan consciente y alerta a las miradas masculinas, tan desprovista de coquetería y tan infantilmente ocupada en retener la atención de los hombres, que era casi patética y desconcertante la expresión de su cara.

Fue en esa época, supongo yo, que empezó a tener mala fama, a pesar de que nadie la había visto jamás con ningún muchacho o chico de su edad, pero fue en el verano de ese año cuando apareció un día en la plaza de la ciudad-pueblo con su vestido apretado y su cinta en el pelo y los zapatos chatos de siempre pero sin viso.

Esto impresionó mucho a las mujeres especialmente, pues los hombres habían perdido, hacía tiempo, las esperanzas de obtener algo de ella, pero en cambio las mujeres, con esa alegría clásica con que las mujeres honestas encaran los problemas sexuales ajenos, emprendieron de inmediato una campaña que terminó en la sacristía de mi iglesia el día de reunión de Hijas de María más concurrida del año.

Fue el día ese, precisamente, cuando apareció ella con su seriedad habitual y me dijo:

—Padre, ¿puedo confesarme?

—Sí —le contesté—, espéreme en la iglesia; en seguida voy.

Cuando fui no estaba, y me había escrito con un clavo en la puerta del confesonario una serie de palabrotas, la mitad de las cuales, probablemente, no había pronunciado jamás.

Volví a la reunión; mis beatas conversaban dócilmente con sus caderas discretas ordenadas en las sillas, con sus medias baratas y sus zapatos caros, con sus trajes sastre y sus caras dulces bonitas, inteligentes, pausadas, serias en su virtud y alegres por convicción, hablando de cosas completamente distintas como si el secreto de la confesión pudiera peligrar ante la sola mención del nombre de Cristina; y, conscientes de su responsabilidad y satisfechas de su discreción, encararon el tema «la joven y su responsabilidad en el mundo de hoy» con la vehemencia convencida de sus meritorias inquietudes.

Ella crecía día a día; se puso realmente bonita cuando cumplió diecisiete, y se la podía ver a veces con su apresurado caminar, no ahora exhibiendo su cuerpo, sino como queriendo demostrar sus innumerables ocupaciones, para atestiguar o afirmar ante ella misma y los demás la propiedad de una familia, un algo por el cual preocuparse, un grupo de personas que dependían de ella, aunque tanto ella como los demás sabían que su familia no necesitaba la menor protección, porque trabajaban el padre y los cinco varones, y las desordenadas ocupaciones domésticas eran efectuadas por las tres mujeres, con una indisciplina tácita y violenta, y un continuo protestar de ocupaciones no cumplidas.

Siempre nos veíamos en la calle y me saludaba seriamente, apurada, con ese aire ocupado que ponía incluso para pasear. La gente la seguía mirando con curiosidad, y conservaba su mala fama a pesar de que tampoco ahora se la viera en compañía de ningún hombre o persona alguna; pero supongo que sería por sus vestidos ajustados o su modo de mirar, o ese algo que los hombres y las mujeres captan inmediatamente en la mujer inhábil o primitiva en mostrar sus sentimientos, o en la mujer cuya honestidad parece depender de las circunstancias, y también parece inhábil y primitiva en la

búsqueda de esas circunstancias, o en la mujer que no parece inhábil, ni tampoco primitiva pero en quien las circunstancias permitan suponer que podrá dejar de ser honesta, como las viudas jóvenes o las mujeres simplemente con mucha personalidad.

Fue años después; ella, supongo, que tendría unos veinticuatro o veinticinco años, su padre murió inesperadamente, como en una simple y sencilla continuación de su vida, como si una mañana se hubiera despertado y hubiera decidido no cargar más bolsas, ni ese día ni los días subsiguientes, como si ya hubiera cumplido la cuota de bolsas que la vida le había asignado y ahora, sin motivo para seguir viviendo, hubiera cerrado los ojos para siempre; o ni siquiera eso, sino que, simplemente, los hubiera echado hacia atrás como mirando al techo en toda su extensión, expresando un algo de asombro ante la importancia de su último acto; y después, ante la presión de mis dedos sobre sus párpados, un sueño consciente y forzado se había apoderado de él, con la dura y seria rigidez de las muertes muy simples.

Allí estaba ella entre sus hermanos oscuros, absolutamente inmóvil entre el dolor, también inmóvil, de las demás personas, como si la inmovilidad de ella fuese muchísimo mayor si esto fuera posible, como si el movimiento tuviera en esas circunstancias, signo negativo, y los demás estuvieran en cero, y ella, en su inmensa inmovilidad, estuviera muchísimo más quieta.

Creo que en ese momento la comprendí, viéndola con su llanto mudo y rabioso estancado en su cara, a ella, la que nunca había poseído, y que ahora al perder algo, comprendía que ese algo había sido de ella.

Me pareció que no debía hablarle y empecé entonces a rezar el responso mientras ella muda, inmóvil, tristemente pagana, secaba con su mano tibia la lágrima inexistente que todavía no había derramado.

Después de la muerte del padre la familia se dispersó, como si aquel hombre opaco, de espaldas fuertes, hubiera sido el eslabón que mantenía la aparente unidad de aquel grupo de personas. Ella fue a vivir a una pensión, y buscó trabajo en una fábrica de tejidos; en esa época me imagino fue cuando lo conoció, al Peñaloza ese.

Supongo que se habrán conocido en la calle, o en algún lugar cualquiera, y ella puede haber dicho algo así como:

—¿Qué mirás?

Y él puede haber contestado:

—¿Qué te importa, tarada?

O tal vez nada, tal vez ni siquiera se habrán hablado, y la atracción mutua habrá bastado como presentación en esas dos personas primitivas y falsas, sinceras y rebuscadas, para introducirse mutuamente, cada una en la vida del otro; porque lo cierto fue que se los empezó a ver unidos ambos por un algo metafísico, caminando por las calles de la ciudad-pueblo, no del brazo, ni tomados de la mano, ni siquiera unidos por un intercambio de palabras, sino como dos personas que caminan a una misma velocidad, en la misma dirección, y en una misma vereda, pero que sin embargo si uno se cruza con ellos se guarda muy bien de pasar entre los dos. Él, insolente, joven, tenía diecisiete años en esa época, con la cabeza grasienta y la camisa abierta, y su virilidad salvaje y prepotente afianzada en sus anchísimos hombros y la mirada fuerte e indócil bajo las cejas erizadas y la frente estrecha.

Ella, en cambio, caminaba ligeramente más atrás, empequeñecida ante el tamaño de Peñaloza, ahora con taco alto y supongo que también ahora con ropa interior y a veces también medias, ceñida en su vestido ajustado, y con esa pulcra suciedad de las prostitutas baratas a la mañana de un domingo, o de los oficiales maquinistas de un barco de guerra, o de las hermanas de caridad después de una noche de vigilia.

Ahora los veíamos todos muy a menudo, junta siempre la pareja, a las dos personas aquellas, unidas tal vez por un silencio hostil, absolutamente independiente la una del otro, y al mismo tiempo con cierta sincronización de tiempo y espacio, que hacía que uno de ellos se parase en alguna vidriera a mirar algo, y el otro también lo hiciese, o que entraran juntos en alguna pizzería y saliera cada uno con una empanada, o alguna cosa a medio comer y que terminarían de comer a distinto tiempo sin que ella le pidiera a él su pañuelo para limpiarse la boca, o las manos, como haría cualquier mujer en las mismas circunstancias, sino que terminaría de masticar, y después tragaría ese último bocado que él, hacía rato habría terminado, siguiendo ambos la marcha, imperturbables, inexpresivos, con las manos manchadas por la misma grasa como única afinidad de aquel sincronizado montón de

movimientos, símbolo de algo humano, tangible, latente e inentendible, y al mismo tiempo sencillamente elocuente como una lámina en colores de la desnuda y primera pareja que pobló la superficie de nuestra tierra.

Ahora vivían juntos ellos dos en la pensión amueblada que ella pagaba con bastante impuntualidad y que ella llamaba «mi casa» y nunca «nuestra casa» y a donde fui un día, después de que me contaron que ella había sido atrocemente golpeada como otras veces había sucedido.

Y me abrió ella, la chica esta, Cristina, y se cohibió bastante al verme en el hueco de la puerta que acababa de abrir, por el cual pasé, con la absoluta certeza de ser la primera sotana que hubiese entrado, no sólo en ese cuarto, sino también en esa casa; y lo vi, entonces, al catre aquel de madera crujiente absolutamente angosto y levantado en los costados, con un montón de mantas dobladas haciendo funciones de colchón, pero que aun así en ninguna forma podría servir, el artefacto aquel, para hacerse el amor, o ni siquiera para que dos personas pudiesen dormir en él; y la miré entonces en la cara hinchada y vendada, consecuencia de los puños salvajes de Peñaloza, y comprendí lo que más tarde supe con certeza, que ella y él vivían o convivían en el mismo cuarto en distintas camas, sin tocarse y casi sin besarse, o por lo menos haciendo esto último en una forma como sólo las mujeres pueden hacerlo, como si los labios, fueran partes distintas e independientes de su cuerpo, ausentes, o por lo menos fuera del control, de lo que ellas creen que es su sexo.

Lo supe más tarde, que habían vivido así bastante tiempo, negándose a aquellas manos oscuras que ella adoraba. Me lo contó Cristina mucho tiempo después, orgullosa tal vez de lo que, supongo, pensaría que era virtud, y tal vez lo fuese, aunque más bien creo que fuese aquello que había regido su vida, ese culto inconsciente, incontrolado y atávico a la propiedad, a lo suyo, a aquello de su absoluta pertenencia de lo cual ella disponía ahora, con rígida, egoísta y arbitraria mano, severa y despótica hasta con ella misma, y asentados los principios de esa fuerza oscura y difusa en esa base inexistente e imaginaria de las personas que creen ser dueñas, y no administradoras, de lo suyo.

A raíz de esta última paliza la autoridad intervino, y un fiscal joven y entusiasta, junto con un defensor de menores no tan joven pero también

entusiasta, basados en la virginidad de ella, en la edad de él, y en las declaraciones curiosas y sinceras de ambos, condenaron a Cristina a un año y cuatro meses de cárcel por corrupción de menores. El fiscal joven y entusiasta y el defensor menos joven pero también entusiasta, sentados en sus respectivos sillones de cuero, sin conocer a la pareja autora de aquella semana de actividad intelectual, ante el expediente aquel de tapas verdes, manoseado por manos que tampoco conocían y probablemente no conocerían jamás ni a ella, Cristina, ni al Peñaloza ese, estudiaron con meritorio y civilizado ahínco el problema de la mujer mayor de edad que cohabitaba con un menor, vistiéndose y desvistiéndose todos los días el uno en presencia del otro, tolerando —ella— y aun prodigando algunas caricias, y negándose a lo demás, aunque aquello le significara golpes y patadas, pero que no bastaban para doblegar sus ideas, porque es casi imposible que una mujer sea violada por un solo hombre, por la fuerza, si ella realmente no lo quiere. Y ello, todo ello, opinaba el fiscal joven y entusiasta, y el defensor no tan joven pero también entusiasta, iba directamente contra natura o sea que era mucho más culpable que si el acto se hubiera efectuado normalmente entre ambos, como lo hacían, tanto el fiscal como el defensor, con sus mujeres respectivas, contentándose con ser ligeramente infieles una que otra vez en sus viajes periódicos a la Capital.

Y ella entonces fue trasladada a aquella cárcel situada a más de trescientos kilómetros de la ciudad-pueblo a donde el Peñaloza ese se dirigía con cronológica exactitud un jueves de cada semana, para mirarla a ella, el día de visita, a través de la tela metálica, y quedarse sentados uno delante del otro, como un matrimonio viejo en una confitería céntrica, separados por las fuentes de masas y sandwiches y el florerito absurdo con flores artificiales. Y él volvía a hacer después los trescientos kilómetros por el asfalto negro, en el camión comedido que lo acercaba, y a veces llevaba, hasta la misma ciudad-pueblo en donde subsistía, quién sabe cómo, hasta el próximo jueves en que volvía a partir.

Ella salió después del año y volvimos a verlos juntos, exactamente igual que antes, como si aquel tiempo pasado en las lavanderías de la cárcel o en el periódico entrar y salir del dormitorio, o en las consoladoras visitas de los jueves, no fuese más que lo pasado, y no el pasado, como sucede casi

siempre con las que carecen de futuro, y creen tener el presente, cuando en realidad lo único que realmente tienen es aquel pasado que ha sido futuro y también presente, y que decidirá el futuro, en aquel más allá del fin de los tiempos, donde no existirá el futuro, sino la consecuencia del pasado y la eternidad del presente.

Fue en esa época entonces que él se hizo boxeador.

Ella habrá sido la de la idea, supongo yo, o tal vez él, pero lo cierto es que ahora se los veía dos veces por día yendo y viniendo al y del gimnasio donde Peñaloza se entrenaba, golpeando con furia la vieja bolsa de arena, o repiqueteando agresivo la pelota del *punching*, mientras ella esperaba afuera o iba a buscarlo a la hora de salida, volviendo juntos con la valijita barata por las calles oscuras hasta la pensión donde vivían.

Algunos decían haberlo visto a él en horas tempranas de la mañana, corriendo por las calles de afuera de la ciudad-pueblo, con un *sweater* alto y zapatillas sudas, aunque el gracioso de la peluquería decía que nunca podría saberse con certeza si esto era cierto, porque una persona que dice ser capaz de levantarse a las cinco de la mañana es capaz de inventar cualquier cosa.

La verdad fue que se entrenó duro y fuerte durante más de un año e hizo su debut en el Palacio de los Deportes contra un chileno desconocido.

Allí estaba ella, sentada en primera fila, derecha en su platea, mirando a los dos hombres que giraban dentro del *ring*, y al otro tercer individuo de camisa blanca que hacía de referí bajo el cono de luz que caía sobre ellos.

Yo me senté al lado de Cristina, me pareció como siempre, con esa humanidad angustiosa que emanaba de su persona. «Criatura», pensé, «cómo necesitarías a Dios o por lo menos, cómo necesitarías creer que Dios necesita de vos».

Los hombres giraban con el lento desplazamiento y veloces movimientos de los boxeadores profesionales, hasta que el Peñaloza ese, avanzando ligeramente el hombro derecho, dejó pasar el brazo de su adversario por el costado de su cabeza, y conectó su izquierda con notable violencia en la cabeza del chileno. Éste cayó de espaldas, con los brazos abiertos, mientras el referí apartaba a Peñaloza y su brazo inexorable contaba los segundos.

La miré a ella en ese momento, tensa de nervios, ligeramente pálida, absorta y emocionada en su absoluta quietud, entre el griterío del público y las luces que se encendían, mientras la mano enguantada de Peñaloza era sostenida en el aire por el referí y el cuerpo inmóvil del chileno era conducido a su rincón.

«Bueno», pensé, «ahora estará contenta, tiene a un futuro campeón de su absoluta propiedad», y la volví a mirar entonces, y la vi ahora distinta, con su gesto contraído de rabia, dándose vuelta en su asiento, mirando hacia atrás, mientras los aplausos atronaban el estadio con el desborde de las multitudes ante el triunfo o la derrota.

—Y —le dije— ¿contenta?

No me contestó, pero siguió dándose vuelta, nerviosa y agresiva, mirando la masa del público, y me pareció oírle algo así como «idiotas», que después volvió a repetir, «idiotas, idiotas».

.....

Él, el Peñaloza ese, había nacido en la franja de terreno que los ingenieros que construían el puerto de la ciudad-pueblo habían ganado al mar.

Era una franja arcillosa y oscura, construida por ingenieros que años atrás, inclinados sobre libros que otros ingenieros habían escrito, aprendieron aquello que ahora habían aplicado, y cuya arcillosa consecuencia, extendida inmóvil a lo largo de la costa, cobijaba ahora una serie de ranchos de latas multicolores, donde él, el Peñaloza ese, había nacido, o por lo menos formado parte como actor principal del grandioso drama, o comedia, o farsa, o lo que fuese, que la mujer que más tarde llamaría madre había provocado, nueve meses antes, después de las caricias torpes del empleado de correos que nunca más volvería a ver, y cuyo germen, simiente que ella había fecundado y llevado durante días y días hasta el momento aquel en que la extraña fuerza caótica y poderosa, indecisa y desordenada, perentoria y absoluta la había obligado a ella —la mujer templo y cuna— a abandonar de sus entrañas, entre quejidos de dolor y llanto desesperado, en un último y álgido abrir de piernas, el cuerpo aquel, que la naturaleza le exigía, y que ella entregaba ahora, en el supremo

acto en donde la misma naturaleza aceptaba la independencia del nuevo hombre-vida, que ahora respiraba, lloraba y se movía entre el nuevo elemento, inconmensurable e ilimitado, que se extendía desde los mismos límites de su propia persona hasta el más allá, impensable, inimaginable, inconcebible, de donde él venía y adonde más tarde iría, después de esa infinitísima estada en el tiempo y en el espacio que los hombres solemos llamar nuestra vida.

Él, el Peñaloza ese, nació ahí, y debe de haber tenido desde muy chico el recuerdo oscuro de su madre cansada, con la canasta de ropa en la cabeza erguida, independientes, canasta y cabeza, del resto del cuerpo que se desplazaba por las calles de la ciudad-pueblo llevando y trayendo ropas para lavar, y que él seguiría en sus primeros años con un trotecito infantil y constante que después se transformaría en un paso apurado, y luego más lento, pareciéndole a él que el objeto-persona seguido a través de las calles, envejecía día a día, y disminuía su velocidad, o se aumentaba el peso de la canasta, cuando en realidad era que él crecía y crecía hasta caminar al lado de su madre que luego dejaría atrás como si en aquella especie de carrera, él la hubiera pasado, dejándola con sus años y su canasta, y su paso lento y cansado, en algún recodo de la vida.

Vivió él en el rancho de latas multicolores, con la serie de objetos que constituía la causa o el motivo de la vida, bajo el mismo techo con su madre, porque tarde o temprano, tanto él como ella, volvían al lugar inicial de donde habían partido, a distintas horas de la mañana, para reunirse junto al objeto que provocaba la vuelta en esos instantes, ya fuera la cocinita negra y rajada, o los elásticos de cama en donde dormían, o cualquier cosa que en esos momentos necesitasen, y por unos segundos, minutos u horas, los dos seres aquellos respiraban al unísono, o masticaban con el mismo ritmo, o simplemente estaban uno al lado del otro, como si la acción de estar, de formar un grupo, o una pareja, o tal vez casi una familia, fuese para ellos un acto físico, una especie de tributo, o una cuota, que tenían que pagar para disfrutar de los objetos aquellos, y que él, el Peñaloza ese, odiaba desde el fondo de su alma.

Desde muy chico, vivió en un ambiente de odio hacia sus cosas, que él seguramente no comprendía, y las dos o tres veces que robó algo lindo,

distinto, tal vez valioso o por lo menos independiente de esa sincronización de objetos y madre, y lo escondió en algún lugar de la casa para contemplarlo a gusto en furtivas levantadas a la noche, llegaba a tomarle después odio a aquello que lo mantenía nervioso y asustado por el miedo de ser descubierto, y que al fin terminaba seguramente en ser tirado por ahí, en un gesto simple y espontáneo de liberación infantil.

La madre nunca lo quiso, o creyó no quererlo, a pesar de que el día aquel en que murió sobre el asfalto entre las ruedas del camión enorme, masculló algo que podía haber sido el nombre de su hijo, o el nombre de Dios, o quizá también se refiriese a la canasta de ropa limpia desparramada por la calle, o fueron simplemente insultos al conductor del camión, aunque quizá cualquiera de estas cosas —amor, preocupación u odio— no fueron más que lo mismo, que ese algo del final, del resabio postrero, del último pensamiento, que concreta tal vez toda una vida del ser aquel, hecho a imagen y semejanza del otro Ser aquel, y ambos seres, uno con principio y el otro sin él, pero ambos eternos, de infinita prolongación en el tiempo, o más allá de él, y cuya unión o desunión, se hubiera decidido tal vez en el mismo momento en que por decisión de uno de los Seres, el otro ser fue pisado por el camión, convirtiendo a éste, con sus cromados brillantes y su capot colorado, y la leyenda aquella que diría «Si soy así qué voy a hacer» o «Hasta aquí llegué», en un instrumento de su Divina Voluntad, como el ángel que cortó la cabeza de los primogénitos en Egipto, o como los caballos y el carro de fuego que llevó a Elías al reino de los cielos.

Y él después, llevado al Asilo, donde funcionarios y empleados humanizados con un cariño profesional y eficiente que él, el Peñaloza ese, nunca había conocido y que le impresionó enormemente desde el primer día, cuando el Director le dijo:

—Bueno m'hijo, ahora vas a empezar una nueva vida. Sabemos que nunca, por más esfuerzos que hagamos, podremos reemplazar el cariño de tu madre, pero puedes tener la seguridad de que haremos lo que está a nuestro alcance para que tu estada en esta casa sea lo más agradable posible y además...

Y los ojos de él llenos de lágrimas que el Director interpretó como consecuencia de la mención que había hecho de la madre, cuando en

realidad habían sido sus palabras que él, el Director, habría repetido seguramente centenares de veces ante centenares de cabezas desvalidas y desconcertadas, pero que nunca podría sospechar que realmente emocionaran a ningún chico.

Fueron esos días en que Peñaloza pasó la parte más feliz de su infancia, conducido todo el tiempo por empleados y maestros que le indicaban lo que debía hacer, comer o vestir, y hasta los pequeños trabajos que efectuaba eran dirigidos por chicos más grandes con herramientas que no eran de su propiedad, y cumpliendo horarios que otras personas se encargaban de recordar, indicando el principio y cese de actividades, dejándolo a él completamente independiente y libre de cualquier iniciativa o responsabilidad como sucede normalmente con los chicos de esa edad.

Porque fue precisamente ese cambio, ese trocar de momentos, lo que hizo de él lo que más tarde fue, porque esa vieja de hombre cuando todavía era un chico lo suficientemente chico como para no gustarle, para sólo después iniciarse en el mundo infantil, libre de toda preocupación, sin el menor concepto de propiedad, de libre determinación, hizo que su personalidad que debiera asentarse cinco o seis años más tarde se formase firme e irreductible en aquella vida para él fascinante del Asilo.

Pero aquello le duró poco; su misma seriedad y tamaño hizo que los maestros y hasta el mismo Director se fijaran en él, y pronto se le encomendó la misión de dirigir o enseñar a otros chicos, cosa que no pudo aguantar, y una noche se descolgó por la ventana para desaparecer en la oscuridad de las calles.

Después nada se supo de él hasta que volvió a los diez y siete años, a aparecer en la ciudad-pueblo, donde la conoció a Cristina.

.....

Pasaron años entonces y la carrera pugilística de Peñaloza iba progresando día a día; había ganado por K.O. todas sus peleas y prácticamente en la zona no tenía rivales. La multitud lo adoraba, quizá por ese aire indócil y salvaje y al mismo tiempo desprovisto de la menor afectación, que hacía que sus ataques desordenados y primitivos basados, casi por completo en su fuerza muscular, desbordaran a sus rivales que

difícilmente aguantaban el violento tren que él imprimía desde el primer momento de sus peleas.

Y fue en esa época cuando empezamos a notar un cambio curioso en la pareja aquella. Los seguimos viendo a veces en las calles de la ciudad-pueblo, aparentemente iguales en su tosca relación, caminando como siempre a la misma distancia uno del otro, pero al mismo tiempo como si la fuerza aquella salvaje y evidente que antes notábamos todos se hubiera aflojado, como si aquella sincronización se mantuviese ahora aún en el espacio, pero no ya en el tiempo, como si uno de los dos hubiera hecho antes, aquello que los dos hacían ahora, y que luego repetía aparentando entonces la misma sincronización, cuando en realidad habían pasado por separado por la misma etapa de movimiento; o quizá no era eso; quizá fuera como si la misma sincronización se mantuviese todavía tanto en el espacio como en el tiempo, pero que en cambio otras personas intervenían ahora en la posesión o pertenencia de ese ídolo popular en que se había convertido el Peñaloza ese, porque ahora era parte de la misma ciudad-pueblo —como lo eran las termas o el balneario que atraían los turistas, propiedad y orgullo de sus habitantes, pero, al mismo tiempo, con algo de dependencia hacia las termas y el balneario de los cuales dependía la vida comercial de la ciudad.

Y en efecto, lo que nos parecía era ya evidente, porque ahora los veíamos pocas veces juntos, y creo que ella dejó de ir a sus peleas, y fue en esa época entonces cuando comenzó la declinación de la vida deportiva de Peñaloza.

No fueron derrotas, sino que dejó de entrenarse durante mucho tiempo; también empezó a tomar, y se lo veía a veces sentado a una mesa junto a las ventanas del Bar Alhambra, erguido en su borrachera, sumergido en la ausencia que le producía el alcohol, con la cara mojada en lágrimas que en un llanto continuo emergían de sus ojos, tenso al mismo tiempo en su angustia forzada hasta que se levantaba después, tambaleándose entre las mesas, para vomitar por último unos metros antes de la puerta del baño.

Después se separaron por un tiempo, y entonces pasó aquello que motivó el casamiento días más tarde de la pelea esa, en que llegaron a mi iglesia, él con la cara tumefacta y la mandíbula enyesada y ella, bonita y sonriente, conduciéndolo de la mano, no tomada de su mano, sino

conduciéndolo, como una madre cruzando a su chico por una calle de tráfico, fuerte y cariñosa, preocupada y afectiva y al mismo tiempo feliz y orgulloso, con la tácita felicidad y el implacable orgullo de las mujeres enamoradas o de las madres satisfechas; y me dijo:

—Padre, el jueves le sacan el yeso y el viernes nos casamos.

Y él dijo:

—Sí, el viernes.

O algo así, con esa voz de los enyesados que parecen hablar siempre con personas más altas que ellos; y volvió a repetir:

—Sí, el viernes.

Bueno, el asunto fue así, lo recordábamos el otro día con el Padre Hernández, cuando hizo su primera comunión el más chico de los Peñaloza; nos reímos siempre al acordarnos; él dice que a veces la diestra del Señor se muestra un poco lerda y es entonces cuando recién utiliza su izquierda, y en este caso no hay duda de que fue una izquierda no sé si del Señor o del Peñaloza ese, pero que fue una izquierda de eso estoy seguro.

Lo cuenta a veces el mismo Peñaloza, mientras Cristina sonríe; pone un modo muy serio para contarle como si estuviese hablando de algo muy importante, y en efecto lo fue, como más tarde nos dimos cuenta.

Parece que ya no tenía casi ninguna posibilidad de volver a pelear, porque había dejado por completo el entrenamiento y vivía solo, emborrachándose muy seguido. Una mañana sintió que alguien golpeaba a la puerta de su cuarto, abrió y se encontró con Cristina; hacía meses que no se veían y se miraron un poco cohibidos; ella pasó y le dijo:

—Tenemos una última oportunidad.

Y le contó entonces que el campeón de su categoría estaba haciendo una gira por todo el país. Iba a llegar a nuestra ciudad a mediados de junio, y esto era en abril, o sea que tenía dos meses para entrenarse y poder pelear con el campeón. En caso de ganar era su consagración definitiva.

Fueron dos meses aquéllos de enorme actividad; se levantaban a las seis de la mañana; él hacía dos horas de *footing*, después un desayuno preparado por ella, luego gimnasia hasta la hora del almuerzo, después la siesta que ella velaba reloj en mano, y por último iban los dos al gimnasio donde hacía guantes mientras ella esperaba afuera con el sobretodo y la bufanda.

Y llegó el día por fin; los que presenciaron esa pelea difícilmente se la olvidarán; el campeón era un atlético individuo que no en vano tenía el título desde hacía cerca de tres años. Desde el sonido del gong empezó a atacar, y ante el desconcierto de todos, un golpe corto al hígado derribó a Peñaloza en el primer *round*, pero se levantó casi enseguida para recibir otro golpe que lo volvió a tirar, contándole el referí esta vez hasta siete.

Luego siguió golpeando desde todos los ángulos; el mismo Peñaloza contaba más tarde que sentía los golpes con una fuerza terrible y que cada caída para él significaba un descanso. Su única obsesión, nos contaba, era poder conectar su izquierda.

La izquierda de Peñaloza era realmente extraordinaria; todos sus triunfos los había conseguido siempre con un gancho de izquierda, pero esta vez el campeón no iniciaba ningún ataque sin dejar la otra mano protegiendo su mandíbula, y todos los intentos de Peñaloza habían sido bloqueados.

El público empezó a entusiasmarse con aquella carnicería y todos empezaron a alentar al campeón y a insultar o reírse de Peñaloza.

Yo miraba a Cristina sentada en primera fila, y vi en esos momentos una excitación entusiasta en sus ojos preocupados que me hizo más tarde comprender lo que después sucedió.

Y fue en esos instantes en que el Peñaloza ese, como él mismo más tarde contaría, ya completamente *groggy*, sangrando por las cejas y la boca, abrumado por la lluvia de golpes, se abrazó al campeón para no caer. Dijo que sintió la voz del referí ordenando el *break* y, al iniciarlo, vio la cara aquella que durante toda la pelea había buscado, a pocos centímetros de sus puños, y por primera vez sin la guardia alta que la protegía.

Se afirmó entonces sobre sus pies y, girando el cuerpo con todas sus fuerzas, conectó su izquierda en la base de la mandíbula. Cuenta Peñaloza que sintió el ruido del cuerpo al caer y, dándose vuelta, sangrando y emocionado, se dirigió tambaleándose a su rincón, buscando a Cristina con su mirada, mientras que a sus espaldas el campeón, parado en el centro del *ring*, contemplaba al referí tendido a sus pies. Y las carcajadas del público cortaron para siempre la carrera pugilística del Peñaloza ese.

YO, USTEDES Y YO^[1]

USTEDES son tres, no es cierto, o tal vez cinco, me refiero a los miembros del jurado y desde este momento están formando parte de este relato, drama, comedia o lo que sea, de la cual mi mujer y yo somos los protagonistas y ustedes figuras secundarias, llevadas por las circunstancias a actuar en un hecho absurdo y verídico, que todavía no se ha producido, pero cuyo desenlace veo acercarse en el veloz repiqueteo de mi máquina de escribir y en los pasos de ella a través de mi cuarto con el suave balanceo de su brazo desnudo y ese acompasado movimiento de caderas en la justeza del vestido.

Empezó todo hace muchos años, cuando nosotros, los personajes de este relato, ni sospechábamos siquiera su desenlace. Ustedes, seguramente, no llevarían en sus caras ese sello de triunfadores con que los hombres adornan sus facciones no bien se han destacado en alguna especialidad, y yo en cambio llevaba ese gesto estúpido, que recogí de mi infancia, como un recuerdo grotesco de aplazos y papelones, bromas y engaños, que jalonaron como piedras miliare, los pasillos y aulas del colegio nacional, y los mostradores y escritorios de mis primeros empleos. Ella en cambio no. Estaba en esa edad en que la adolescencia diluye la frescura de la niñez, en esa sólida, potencial y lejana belleza, que yo vi, a través de su gordura excesiva y sus vestidos horribles y ese desgarmo lacio y cruel de su cabeza inculta. Porque la conocí a esa edad, de los catorce a los quince años, creo que iba todavía al colegio, y vivía con una especie de tía, madrina o algo así en la misma pensión que yo.

La veía dos veces por día, en el comedor, inclinada sobre su plato, ambos sumergidos en nuestro mundo de mediocre insignificancia, mientras que en las sillas contiguas a las nuestras, un conglomerado de seres bulliciosos reponía energías en una sinfónica algarabía de platos y cubiertos y un desordenado murmullo de humanidad satisfecha.

Un día terminamos juntos de comer y subimos la escalera por la alfombra gastada, hasta el primer descanso, en donde el espejo grande nos mostró a los dos, con nuestro escasísimo capital humano, uno al lado del otro, en un grotesco desamparo, que tratamos de borrar de inmediato con un diálogo estúpido como «¿Qué tal te va en el colegio?» y ella contestando «Muy bien señor», mientras seguíamos subiendo, escalón tras escalón, hasta el primer piso, donde estaban nuestros cuartos, cuyas puertas abrimos, casi al mismo tiempo y miramos adentro el papel floreado y los techos altísimos y la cama ordenada en la mitad de la pared y la mesa de luz con la mustia lamparita y el ropero y la silla y toda aquella pulcra y terrible soledad angustiosa que se extendía delante de nosotros, como un trágico símbolo de nuestra ausencia de futuro y de la realidad del presente.

Cerramos nuestras puertas, casi de inmediato y los dos volvimos al pasillo, ahora con cierto íntimo y tácito acuerdo, con ese algo que un hombre y una mujer dan de sí mismos al mirarse en los ojos por primera vez y yo entonces hice aquel gesto que después seguiría haciendo durante toda mi vida, saqué un billete de diez pesos y le dije:

—Anda enfrente y tráete media docena de merengues de dulce de leche y los comemos acá juntos.

Ella fue caminando, no corriendo, y volvió con el paquete blanco y su primera lección de la realidad de la vida. Porque lo noté en su cara en ese mismo momento, en su cara perpleja y su mirada marrón y ese aire de persona que acaba de realizar una transacción, un arreglo, un intercambio de algo por algo, y sentados en el último escalón de la escalera terminamos de comer los merengues de dulce de leche, ahora sin mirarnos, sino masticando al unísono, hasta que ella se levantó y se metió en su cuarto con los cuatro pesos de vuelto en el bolsillo de su delantal.

Desde aquel día continuó el intercambio, el paquete de merengues fue el precio que pagaba yo por aquellos escasos minutos de intimidad compartida, en que los dos charlábamos y a veces reíamos mientras los pedacitos de merengue blanco se esparcían sobre mi pañuelo y las voces de los demás inquilinos en el comedor llegaban a nosotros amenguadas por la distancia, como una confusa advertencia de nuestra inadaptabilidad social,

que nos unía cada vez más, porque nada une más a dos personas que el dolor o la envidia compartidos.

Quisiera poder completar este relato, con la sucesión de los hechos que nos han unido a todos nosotros, ustedes, miembros del jurado, y mi mujer y yo, pero el anonimato que rodea las bases de este concurso me impidió hacerlo, porque mientras nosotros comíamos merengues en el último escalón de la escalera, una serie de circunstancias los llevaría seguramente a ustedes, tres, o cinco, o los que fueran, a tener la participación activa que están teniendo o que van a tener, en este hecho en que todos estamos colaborando, con ese clásico y ancestral fatalismo de los seres humanos hacia el inentendible conglomerado de sucesos, que forman parte de esa infinitísima estada en el tiempo y en el espacio que nosotros solemos llamar nuestra vida.

Pasaron los días y pronto los merengues la empalagaron y una vez me dijo:

—Dejá, no comprés nada —y nos quedamos charlando igual.

No sé si ustedes comprenderán lo que sentí en ese momento, pero cuando un hombre ha estado comprando minuto a minuto del tiempo de una mujer, cuando ha estado mendigando la prolongación de un momento, dependiendo de la duración del azúcar, del huevo, del dulce de leche, encerrados en ese papel que parecía envolver la unidad de medida de mi felicidad, cuando un hombre ha desdeñado su propia persona hasta el extremo de contentarse con ser una especie de intermediario, y se entera de golpe que lo que él compraba, o creía comprar, se lo hubieran otorgado sencillamente, sin mediar precio alguno, entonces esa mezcla de mutua autoestima que es el amor, surge de golpe, como me sucedió en ese momento, y quedé enamorado, terriblemente enamorado de aquella chica de apenas quince años.

Se lo dije al día siguiente, mientras todavía me duraba el efecto de aquella frase, sentados como siempre en el último escalón de la escalera, mientras ella escuchaba con la cabeza inclinada y su boca entreabierta que no cerró siquiera cuando la besé despacio y después dijo implacable:

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y qué ganamos con eso? Vos me querés a mí porque soy la primera mujer que te hace caso. Te consideras tan poca cosa que suponés que sólo yo te puedo hacer caso. Bueno, sí; te hago caso ¿y qué hay? Y me besó con rabia en mi boca asombrada y se levantó en seguida para desaparecer en su cuarto.

Nos casamos unos meses más tarde, después de esa serie de esperas y formulismos, que se concretaron al fin en el frío, sólido y casi mecánico apretón de manos con que el hombre alto del Registro Civil de la calle Agüero dio por terminada la ceremonia y una empleada gorda, de delantal blanco, nos indicaba la salida, con esa tácita y abstracta simpatía y ese ancestral y natural respeto, que las mujeres ambiguas tienen hacia el amor.

Fuimos después al hotel barato con la escalera de madera oscura y el individuo aquel de camisa a rayas y chaleco manchado, que nos devolvió la libreta de matrimonio blanca, junto con la llave de este mismo cuarto en donde ahora escribo.

Recuerdo que cerré la puerta y apoyé mi espalda en ella un poco cansado con el peso de la valija y la miré. Tenía unos zapatos colorados de taco torcido y un traje violeta, era gorda, bastante gorda, de pómulos anchos y mandíbula fuerte, la tomé por la cintura y la besé en la cara.

Hay algo de creador en la acción de un hombre, además de su normal tendencia a la procreación, que vemos claramente cuando el simple despertar de sensaciones físicas transforman una mujer en forma tan notable. Lo sentí desde ese día, al soltar el primer botón de su blusa horrible y contemplar esa garganta lisa y la piel oscura y esa juventud pletórica de sus hombros llenos.

La adoré ese día, con toda mi alma, pero mucho menos que lo que la quise al día siguiente, y al otro, y al otro, porque día a día la fui transformando, le cambié su gusto, le compré otra ropa y hasta físicamente la transformación fue enorme, adelgazó diez kilos y le enseñé a sacar provecho de sus dientes preciosos y de sus ojos lindos, le enseñé a caminar y le enseñé a pararse, la llevé de la mano por los maravillosos senderos de la propia estima. Le di todo aquello que yo no poseía, le di la fuerza de la seguridad en sí misma, le traje libros y se los hice leer, la eduqué en toda forma y semana a semana contemplaba esa mujer que yo estaba

transformando, que yo estaba haciendo y que yo exigía en esas ansias inmensas de perfección insatisfecha.

Sólo los mediocres pueden entender lo que sentí durante ese tiempo, sólo los mediocres como yo comprenderán lo que es sentir esa partícula de Dios que es el poder creador, que los hombres normales desahogan en la paternidad, o en la construcción de su futuro o en la intuitiva simpleza de la acumulación de una vida. Sólo ellos pueden entender lo que es el placer de la creación volcado en una persona adorada y cuya consecuencia es una mujer, hecha con el molde de los sueños más audaces de toda una vida insatisfecha. Sólo ellos comprenderán lo que puede sentir un hombre cuando al amor orgulloso de un padre se suma la torrencial desesperación de un amante, y la firme, imperecedera y sólida satisfacción que es el amor a sí mismo, cuna, base, cúspide y tumba de ese soplo de divinidad que son los amores humanos.

Yo en esa época tenía ahorrados sesenta mil pesos, fruto no de mi espíritu ahorrativo, sino consecuencia de no tener en qué gastarlos. Se los dediqué a ella, exclusivamente a ella, con metódica tenacidad y escrupulosa dedicación y a veces veía asustado cómo el tiempo, la educación, la ropa y todo ese montón de pequeños detalles acumulados la iban convirtiendo en una mujer excepcional. Se había espigado, y lo que en un tiempo fue gordura, ahora eran armoniosísimas líneas y esa expresión de rabiosa estupidez de su adolescencia, se convirtió en una interesantísima forma de mirar y en una atractivísima sonrisa. La gracia de su cuerpo, junto con su inteligencia, le daban cierto cínico descaro voluptuoso, que me estremecía al contemplar, porque día a día veía que mi obra me superaba, que mi ambición de perfeccionamiento la alejaba cada vez más, que al desaparecer la mediocridad que nos unía, desaparecía nuestro punto de unión. Hice dos o tres intentos de ponerme a su altura que terminaron en grotescas parodias de importancia o en la vislumbre cruel de una despectiva sonrisa.

Una mañana comprendí que se precipitaba mi crisis, me estaba afeitando frente al espejo del baño, la vi pasar ya vestida y me di cuenta de que esto no podía durar, vi el abismo inmenso que había entre los dos.

Me quedé helado de terror al verla sacar una valija de debajo de la cama. Temblando de nervios le dije apurado:

—¿Sabés una cosa?

No me contestó.

—¿Sabés adonde voy a ir hoy?

Tampoco me contestó.

—Te voy a comprar el tapado de leopardo que vimos el otro día.

La miré por el espejo mientras ella empujaba la valija con el pie debajo de la cama y me miraba sonriendo con infinito desprecio y me dijo:

—Bueno.

Fui al peletero y vi cómo lo ponía en la caja de cartón con papeles de seda, vi cómo doblaba esa piel con estudiada pulcritud, esa piel de animal salvaje, que un hombre desconocido, en alguna selva lejana, había seguramente acosado con sus perros para luego ultimarlos, vibrante de excitación, con la serena hombría de su brazo seguro. Llené el cheque con letra trémula, y se lo entregué al otro hombre de nariz grande y pelada brillante y sus ojos firmes de hombre de negocios, que había comprado esa piel cuando todavía tenía las huellas burdas del cuchillo afilado y que él había transformado en algo de muchísimo más valor gracias a la experiencia de su oficio y a su audacia de comerciante.

Así son todos, pensé, así son todos, son los hombres fuertes, los dueños del mundo, los que tienen, los que poseen, los que se han ganado o se han formado algo que es de ellos, exclusivamente de ellos. Y me fui llorando, con la caja grande bajo mi brazo débil.

Después, fueron otras cosas, el vestido negro del escote en punta, y el anillo simple de la perla cara, y la pulsera, y el reloj, y las mil cosas con que detenía de tanto en tanto su ida definitiva. Porque la escena de la valija se repetía constantemente, cada quince o veinte días yo compraba mi próximo período de tiempo con algún regalo, como había hecho antes con los merengues en el último escalón de la escalera.

Una vez me dijo:

—Hablemos claramente, yo estoy harta de vos. ¿Por qué querés que me quede?

—No —le dije—, no podés irte.

—No seas zonzo —me contestó—, los dos sabemos muy bien que yo me quedo por tus regalos; el día que se te acabe la plata yo me voy.

Entonces llorando traté de hablar, pero se me agolparon las palabras en un infructuoso intento de explicarle que no podía ser, que ella era como yo mismo, que era parte de mí mismo, que era mi obra.

Me interrumpió de golpe y me dijo:

—¿Cuánta plata te queda?

No pude mentirle y le dije:

—Dos mil pesos.

—Bueno, cuando se te acaben me voy.

—No, no. Estoy por recibir diez mil pesos muy pronto.

No me creyó, y tuve que explicarle que esos diez mil pesos eran el premio que pensaba sacar ganando este concurso de cuentos que organiza la Sociedad de Escritores.

Se lo tuve que explicar mientras se reía, sin comprender que mi triunfo era seguro, porque la verdad supera siempre a la ficción, porque la ficción tiene que encastillarse en la normalidad de los hechos y la verdad tiene los amplísimos horizontes de la realidad de las cosas.

Y ahora escribo en la mesa de mi cuarto algo que ustedes, miembros del jurado, todavía no han leído, y sin embargo están leyendo, con ese poder del que escribe y del que lee, de fundir el pasado y el futuro en algo que no es ni siquiera el presente, sino la consecuencia del futuro ante la presencia del pasado.

Y ahora, todos nosotros, cooperando en este relato, mi mujer caminando por el cuarto en ese continuo ambular de las mujeres en el interior de la casa, mostrando constantemente la perfección de mi obra, y yo escribiendo y escribiendo para prolongar mi vida en unos treinta días, que es lo que calculo que me durarán los diez mil pesos, y ustedes, miembros del jurado, sentados quién sabe dónde, leyendo estas páginas y exigiéndome cada vez más; y todos nosotros enterados de lo que estamos luciendo, siguiendo línea tras línea el desenlace de los hechos, mientras mi máquina repiquetea y a veces se traba, y ella, mi mujer, se acerca y lee sobre mi hombro, y sonrío realmente divertida, y ahora se aleja, y yo sigo escribiendo, y ustedes leyendo, e imaginándonos de acuerdo al cuadro que cada uno de ustedes se ha hecho de nosotros.

Ahora mi mujer vuelve, y toma todas las páginas que hay sobre la mesa, las está leyendo, lee despacio, siempre sonriendo, voy a parar de escribir para mirarla, quiero saber su opinión, al fin y al cabo es prácticamente como si fuera yo mismo. Sí; es mi obra, absolutamente mi obra. Una vez leí que la Revolución Francesa superó a sus autores, algo así me ha pasado a mí, en los escasos dos años de mi matrimonio, he volado toda una vida de sueños y aspiraciones, mi verdadera vida, la verdadera vida de todos los mediocres. Yo la he hecho, yo he sido, ella es mucho más mía que de ella misma... casi diría que ella es yo mismo.

Ha terminado de leer, me dice algo así como: «Vos estás loco». Después se ha ido al baño, ha cerrado la puerta, pero la abre en seguida, se asoma y me dice:

—Está bastante bien eso, pero le falta final, los cuentos tienen que tener un final inesperado, o por lo menos fuerte, los del jurado nunca te van a dar el premio por una cosa terminada así no más.

Eso es cierto, ustedes son así, ustedes exigen final, hechos concretos, no una simple exposición de pensamientos, no tengo más que pensar en la cara de cada uno de ustedes leyendo y leyendo. Cada palabra que mi máquina escribe en el papel es leída y después la otra, y la otra, y ustedes exigen, lo exigen, me parece estar viéndolos, tal vez no les guste participar en este hecho, pero son las circunstancias que nos han unido en este relato, son las circunstancias las que hacen que ustedes, miembros del jurado, me obliguen a mí, simple brazo ejecutor a buscar un final... un final... un final a este relato.

Sigo escribiendo con mi mano izquierda y con la derecha abro el cajón y saco el revólver... Ella misma lo ha sugerido... Ella quiere un final... ustedes quieren un final. Ella ha vuelto a entrar al baño, voy a esperar que salga, cuando salga apuntaré despacio y apretaré el gatillo. Ahora abre la puerta.

Ya terminó todo, ya este relato tiene final, ya puede ser enviado al concurso. Ya se ha ido el fotógrafo de la policía y dos hombres de blanco en una camilla se han llevado el cadáver, se han ido todos, todos, el comisario, el médico, el empleado de investigaciones y el oficial buen mozo de corraje tirante, que antes de cerrar la puerta me ha dicho:

—Buenas noches, señora.

EL MÁRTIR

CATORCE AÑOS —dijo él—, catorce años —lo dijo despacio, casi en un susurro, mientras bajaba del camión celular en el patio amplio de la cárcel.

Después lo repitió, una y otra vez, mientras era conducido por impersonales guardianes de limpios trajes azules y gorras severas, por los impecables pasillos de enrejadas ventanas y puertas inmutables y otros discretos alardes de seguridad perentoria. Porque allí estaba de nuevo en la cárcel, de donde acababa de salir hacía un año escaso, repitiendo sin cesar —¡catorce años!, ¡catorce años!— ahora no en un susurro, sino gritando con todas sus fuerzas, mientras veía correr en su dirección alarmadas personas, y rodar delante de sí gorras azules, y luego un uniformado sangrando por la boca, y luego el suelo gris y tranquilo, apoyado sobre su cara, entre el agitado jadeo de los brazos fuertes que lo sujetaban y voces enérgicas llamando al médico.

Lo miraron los dos por la ventanilla de su celda, aquellos dos presos, con sus cuatro manos aferradas a los barrotes redondos de la ventana, y lo vieron llevar en el tumulto celeste de los drásticos uniformes y la blanca presencia del médico de guardia.

Entonces uno habló:

—¿Y ése?

Era un penado joven, de angostas espaldas y escasa condena que ocupaba la misma celda que el otro preso de cabeza plateada y finas facciones y filosófica mirada de reclusión perpetua.

—Es Baldivia —contestó el penado viejo.

—Parece loco.

—No; está enojado, nada más que enojado.

—Tanto espanto por catorce años, che, si le hubiera tocado perpetua.

—Le tocó perpetua.

Entonces los dos se tiraron en sus cuchetas; era ya casi de noche, y se taparon con las mantas.

—Le tocó perpetua, pero él no se queja de eso; supongo que estará conforme, y hasta agradecido por la condena. Son los catorce años lo que él no perdona.

—Pero ¿qué catorce años, viejo? ¿qué catorce años?

.....

Baldivia volvió esa tarde de la compañía de seguros donde trabajaba, y al abrir la puerta de su casa sintió los llantos en el dormitorio, en cuya puerta apareció su mujer, empapada en lágrimas, estrujando el pañuelo escaso en sus manos flacas.

—¿Murió?

—Sí —dijo ella, y siguió llorando, como lo seguiría haciendo toda esa tarde y durante la noche, en el desordenado velorio, entre la oscura presencia de parientes y amigos y la abstracta formalidad de los empleados de pompas fúnebres.

Baldivia enterró a su suegra al día siguiente, y él y su mujer se sentaron en el sillón de la sala tomados de la mano.

—Silvia tendrá que vivir con nosotros —dijo ella.

Y así fue; Silvia, la cuñada de Baldivia, llegó un día, con su tapado barato y su cara triste, y sus quince, desamparados años aferrados a la valija de cartón que dejaría después, sobre la silla del cuarto que le habían destinado, en aquella casa que de ahora en adelante sería la suya, y que ella había aceptado, y ahora poseído, con la posesión férrea y tácita que adoptan las mujeres de cualquier lugar, y en cualquier circunstancia, desde el momento que adquieren el derecho, o deber, o simple necesidad, de cambiar constantemente de lugar el polvo de los muebles, o los utensilios de cocina, haciendo girar el hacendoso y perentorio metabolismo casero alrededor de sus ocupadas personas, dejando asentada en cada acto, en cada esfuerzo, en cada desplazamiento de fuentes a la mesa o de enérgicos movimientos de escoba, un sentido absoluto de propiedad irrefutable o un inexplicable deseo de posesión absoluta.

Porque al día siguiente de llegada ya estaba ella, ahora sin su tapado barato, yendo y viniendo por la casa en sincronizados movimientos con su hermana mayor, mientras él leía el diario frente a la taza aún caliente sobre la mesa de la cocina, todavía desconcertado ante la presencia en su casa de esa otra mujer cuyo recuerdo le acompañaría más tarde camino a la oficina.

Porque él pensó en ella ese día, y otros más; pensó de ella lo que piensa todo hombre ante toda mujer joven, aunque ésta no lo provoque en manera alguna, o por lo menos en la forma clásica con que se supone que las mujeres provocan a los hombres; porque ella —Silvia, su cuñada— se contentaba con estar, vivir, utilizar ese hacendoso ambular por el interior de la casa, sin otra intención que la pornográfica inocencia con que las mujeres honestas exhiben, no la desnudez de su cuerpo vertido, sino aquello otro, aquella necesidad casi física de despertar admiración, interés, o simple curiosidad, que acompaña a las mujeres de su nacimiento a su muerte, y que convierte a la misma moral y decencia en elementos de atracción que llevarán sobre sus personas con curiosa coquetería, que en su moral, y no culpable hipocresía, o en su inmoral y culpable sinceridad, acortará o alargará la línea del vestido, o la altura del escote, según el concepto de atracción que ellas utilicen, o según el concepto de atracción que convenga para ciertas circunstancias.

—¿Por qué será? —decía él a veces—. ¿Por qué será? Es fea e insignificante; si la viera en la calle ni la miraría siquiera.

Pero seguía pensando en ella, sin darse cuenta de que no le atraía la persona de su cuñada, sino aquella vida íntima de la mujer ajena que por primera vez él saboreaba con la fruición distraída con que oía los repiqueteos de la ducha sobre el cuerpo joven a través de la puerta angosta del baño, o con el ignorado interés con que miraba, en la mañana temprano, en su casa propia, el tibio barullo de sábanas de esa cama ajena, cuya ocupante ya había salido camino al colegio, con sus tacos bajos, con el delantal impecable, y sus ordenados cuadernos en la valija de cuero.

Y el día aquel, cuando su mujer apareció en el dormitorio con el sobrecito indecoroso e inconfundible, que había encontrado en el bolsillo del tapado de Silvia, sostenido en la punta de los dedos como un pañal de cinco o una rata muerta, que ella no sólo no había utilizado nunca, sino que

casi tampoco conocía, pero que intuía, con ese instinto especial de las mujeres honestas hacia el mal, y que depositó ahí en la mesa de luz mientras decía:

—Mirá, mirá.

Y él miró y dijo:

—¿Y eso?

—Estaba en el bolsillo del tapado de Silvia.

Entonces él lo volvió a mirar fijamente ahora, mientras pensaba: «En el bolsillo de su tapado; ella lo tenía, ella sabe lo que es».

—Yo le voy a enseñar —dijo su mujer.

Pero él dijo:

—No; espera, puede ser que ni sepa lo que es, o lo haya encontrado en la calle, o se lo hayan dado en el colegio.

Y así fue, en efecto; se lo habían dado en el colegio, como dijo ella, cuando volvió más tarde y contestaba el interrogatorio de su hermana con sincera inocencia, no mirando ni a ésta ni a su cuñado, sino a aquel cuadrado sobrecito que durante días había estado en el bolsillo de su tapado, y que ahora estaba ahí, delante de ellos, como representante mudo de algo que ellos sabían, conocían, y condenaban, hasta el extremo de no querer ni siquiera hablar de ello en concreto, sino con frases entrecortadas y ambiguas, cuyo significado no entendía a pesar de asentir con la cabeza y decir: «Sí, sí».

Entonces fue cuando se miraron, él, Baldivia, y ella, Silvia su cuñada; se miraron en los ojos, no como el hombre que mira a una mujer, ni la mujer que mira a un hombre, sino como el hombre que descubre a una mujer, o la mujer que descubre a un hombre, y piensa: «No, no es eso, no es la persona que veo todos los días, y hace esto o lo otro, sino es la persona que podría hacer esto otro».

Y se miraron entonces; se miraron, él ahora hablando con voz fuerte y ademanes concretos, mientras sentía la fuerza de su masculinidad irradiando atracción hacia su cuñada, y ella ahora, con la nueva fuerza que la poseía, sintiendo la importancia confusa de las mujeres mediocres, o muy jóvenes, que hace que una secretaria reciba los retos severos de su jefe hasta el extremo de hacerla llorar, y al darse vuelta para irse, sabe que los ojos del

hombre que la ha gritado o insultado, están sobre sus caderas y que, por poseer esas caderas, el hombre cambiaría completamente el tono de su voz, y las palabras dejarían de ser duras e hirientes, y podrían llegar a ser cariñosas y suplicantes, pero a pesar de su fuerza no se animaría a darse vuelta y a enfrentar la mirada de su jefe, y éste tal vez tampoco se animaría a utilizar su fuerza para conseguir eso otro, y tanto ella como él, con distintas fuerzas y distintos objetivos, conscientes cada uno de sus fuerzas, y también de sus objetivos, y también conscientes de que, mientras no apliquen esas fuerzas no conseguirán sus objetivos, y que, cuando consigan esos objetivos perderán seguramente sus fuerzas y también, quizá, sus objetivos.

Se dio cuenta ella entonces que él no pensaba lo que decía y volvió a decir: «Sí, sí», bajando después la cabeza.

—Pero, mi hija, no se puede ser amiga de cualquiera en el colegio.

Y después su mujer con voz nerviosa:

—Te imaginas que esto no lo voy a dejar así; yo mañana mismo me voy a hablar con la directora. Tenés que decirme quién te lo dio. Tenés que decirme; no puede ser que no te acordés.

—No, te aseguro que no sé, me lo dieron hace días.

Y él pensando entonces: «Sí; lo sabe; tiene que saberlo; no sólo lo sabe, sino que también sabe para lo que sirve».

Y después, los días siguientes en que su mujer postergaba la ida al colegio para hablar con la directora, por no encontrar la forma de nombrar al sobrecito. Después lo postergó definitivamente.

Un día ella, su mujer, le dijo:

—Dame cincuenta pesos, mejor; no sé cuánto cobra.

—¿Valdrá la pena, che?

—Sí, mira que han pasado veinte días casi.

—Bueno anda.

Y ella fue, y unos días después volvió a ir, y volvió sin los cincuenta pesos de la casa del químico, con un papel en sus manos inquietas y la cara radiante de alegría.

—Viste que no —le dijo él.

—Viste que sí.

Y los dos se rieron y se besaron, y esa noche tomaron cerveza y ella hizo un postre.

—Miguel —dijo él.

—Patricio —dijo ella.

Entonces Silvia entendió.

Nació meses después, pero no fue ni Miguel ni Patricio, sino una chica que Baldivia miró extrañado, con una emoción curiosa, porque siempre había querido un hijo, y hacía tiempo que había perdido las esperanzas de tenerlo.

Y se reían todos entonces en el impecable sanatorio, él, su mujer, y Silvia su cuñada, mientras discutían el nombre que le pondrían, entre chistes y nombres absurdos, hasta que alguien dijo:

—Pongámosle Silvia como la tía —y todos estuvieron de acuerdo.

Después Baldivia se despidió de su mujer, y esa misma noche volvió a su casa silbando alegremente con Silvia que canturreaba a su lado.

—¿Qué me vas a hacer para comer?

—No sé; ¿qué querés?

Hablaron así un rato, un poco extrañados ambos ante esa intimidad curiosa y desconocida que siguió afectándolos cada vez más; y entraron entonces en la casa, y él se sentó en una silla de la cocina, y la miró inclinada ligeramente sobre la piletta, con las tiras del delantal aprisionando la cintura, y, más abajo, la línea vertical insinuada en su pollera.

Comieron entonces en la cocina y después ella levantó la mesa y empezó a lavar los platos.

—Te ayudo —le dijo Baldivia.

—No, dejá.

—Sí; si no me cuesta nada.

Hundieron entonces sus manos en el agua, gris, y ella dijo riéndose con bastante gracia:

—Eso no es un plato, es mi mano.

Y se rieron entonces, y él la besó en medio de su risa, y volvieron a besarse ahora más seriamente, ante la estática acusación de los platos sucios

en la pileta de la cocina, y más tarde del delantal que en ordenado montón se mantendría entre los dos en el piso del dormitorio.

—No —dijo ella varias veces—. No, por favor, no —repetía en su constante bajar de pollera mientras retenía aquella mano que por último dejó entrar libremente entre sus piernas firmes mientras seguía diciendo: «No, no». Y veía sus ropas amontonarse en el piso hasta quedar desnuda, completamente desnuda.

Entonces se abrazó a él, apretándose de vergüenza y excitación, mientras sentía aquellas manos que aplastaban su piel como modelando su cuerpo, y encauzando sus pensamientos tumultuosos de más de dos años de adolescencia.

Y lloró un poco contra la almohada tibia que hacía unos instantes él había colocado bajo sus caderas, y que ahora había vuelto a su lugar inicial, después de haber terminado todo aquello en el límite justo entre el placer y la vergüenza, en el instante exacto en que las mujeres se dan cuenta de la imperiosa necesidad de todo aquello, que minutos antes les parecía antiguo y ridículo, y que ahora, bajo el blanco cuadrado del techo, y la indiferente respiración del hombre cansado, se alza ante ellas en un reclamo urgente de su espíritu despierto, ante el cuerpo agotado de caricias pasadas.

Los dos pensaron entonces en la mujer y hermana, y en lo de ellos, que no tenía ni el placer ni la justificación del amor, sino simplemente la casi curiosidad sexual que el deber y el pecado, la santidad y la corrupción, la moral y las costumbres de miles de generaciones de hombres y mujeres, impresas ahora en ellos dos con la fuerza atávica del mal y del bien, juntan tanto el uno como el otro, aumentando el placer del mal, y juntan tanto el uno como el otro aumentando la fuerza del bien, mientras él —Baldivia— y Silvia su cuñada, desnudos en esa cama propia y ajena, pensando en ella, la mujer y hermana; aferrados a ese pensamiento para justificar su vergüenza, como hacen los hombres cuando la ausencia de religión les impide encauzar su arrepentimiento, con la lógica humana de justificar a lo humano y con la lógica humana de justificar lo divino.

No hablaron entonces por un rato largo, y él quedó dormido mientras ella se levantaba e iba a su cuarto a buscar el camisón que luego se puso, para volver a sacárselo en seguida mientras decía casi fuerte:

—Dios mío, Dios mío, ¿no estaré embarazada?

Volvió a guardar entonces el camión bajo la almohada que después sacó de un tirón, horrorizada ante la suave mancha de sangre desteñida que en el lavatorio del baño refregaría entre sollozos hasta romper la tela que tiró entonces, mientras corría a su ropero y empezaba a vestirse.

Salió de la casa a medianoche y tomó un taxímetro que la llevó al sanatorio, donde subió corriendo los dos pisos hasta el dormitorio de su hermana, en donde abrió la puerta con fuerza, y encendió la luz, y se hincó llorando en el suelo, hundiendo su cara en la cama mientras decía:

—Fue él, fue él, lo hizo a la fuerza, me desvistió y después lo hizo, y después lo hizo.

El enfermero en la portería las vio salir y dijo dos veces:

—Señora, señora.

Pero ninguna de las dos se dio vuelta, y recién al subir al taxi vio las caras demudadas a través de la ventanilla con el pequeño envoltorio de la hija y sobrina apretada contra una de ellas, como la llevaría después al entrar en la comisaría, ante el empleado extrañado que les alcanzó unas sillas, y el comisario atento que tocaba un timbre pidiendo un coche mientras mandaba avisar al médico de tribunales.

Baldivia se despertó ante el ruido de la puerta de calle, y medio dormido todavía, escuchó los pasos que se acercaban, que terminaron de despertarlo, con el brusco abrir de la puerta y la luz agresiva y perentoria que lo sentó en la cama, junto con la voz fuerte del hombre uniformado y la presencia autoritaria del otro hombre que miraba la cama, cuyas cobijas apartó de un tirón mientras decía:

—A ver che, levántese, ¿quiere?

Entonces él dijo:

—¿Qué? ¿Qué pasa?, ¿quién es?, ¿quién es usted? —A pesar de saberlo perfectamente y pensar: «Ahora ¿qué hago? ¿Qué hago?». Mientras se levantaba y poma sobre su cuerpo desnudo una salida de baño corta y amarilla, caminando entre los dos hombres, el uniformado y el otro y se dirigía al comedor.

Allí estaban ellas, las dos mujeres, sentadas mirando hacia adelante, con la mirada tensa en lágrimas, queriendo aparentar un sentimiento que

realmente tenían, sin necesidad de aparentarlo, derechas en sus sillas, mirando fijo hacia ningún lado mientras él entraba; y el comisario lo hizo sentar, y el otro hombre uniformado cerraba la puerta y apoyaba su espalda en ella en una forma terminante y absoluta, mientras metía los pulgares enérgicos en el cinturón ancho de cuero y la línea de su mandíbula se aflojaba con el relajamiento de un animal de presa.

Ninguno habló por un rato, mientras el comisario sacaba puntas con un cortaplumas a un lápiz negro cuyos pedacitos de madera caían arbitrariamente al suelo y a la mesa, y sobre el mismo papel blanco, impecable y terrible, que después del drástico soplido quedaría libre de pedacitos de madera y absolutamente apto para recibir los trazos ordenados que el lápiz dejaría en su superficie, manejado por la mano fuerte e impersonal que asentaba por ejemplo: «¿Nombre y apellido?, ¿edad?, ¿profesión?»; y después más serias, como: «¿Edad de su cuñada?, ¿cuánto tiempo hace que vive con ustedes?»; y por último, la terrible sencillez, no preguntado ahora, sino afirmando: «¿A qué hora la violó?».

Y él, oyendo su propia voz que contestaba, no negando ni afirmando, sino simplemente aceptando, casi con alivio, la simple eficiencia del funcionario desconocido, mientras pensaba:

«Él me comprende, él me ayudará, él en mi caso habría hecho lo mismo; cualquier hombre lo hubiera hecho; no puede ser tan grave».

Y después, en el coche sentado entre el comisario y el chofer, con el paquete de mantas que, el mismo comisario le aconsejó que llevara, y con una simpatía curiosa hacia aquellos hombres que lo habían sacado de la presencia de las tres mujeres —las dos dé miradas duras y llorosas y la tercera envuelta en los suaves pañolones, apretada con amor contra aquel cuerpo que irradiaba odio, dormida indiferente ante el hombre que, nueve meses antes, había hecho aquello por simple gana o necesidad, o falta de sueño, o lo que sea, y cuyas consecuencias, de importantísima insignificancia, parecía ser causa o motivo de aquel odio acrecentado por el derecho irrevocable que da el amor y que las mujeres saborean con agradable desconfianza, desde la edad en que empiezan a coleccionar las miradas del chico de la farmacia, hasta aquella otra edad en que vuelven a coleccionar miradas, no ya del chico de la farmacia, sino de cualquiera, y

cuando su tensión vigilante se afloja después del duro trajinar, y entonces el derecho que se atribuyeron por el amor se convierte en la suave concesión que ellas otorgan, o pretenden otorgar aunque en realidad no lo hagan nunca del todo, hasta el momento mismo en que el médico de la familia, con educada indiferencia, les comunicará aquello, a ellos que lo esperaban con las ropas ya teñidas o compradas, y con tristezas verdaderas o falsas puestas en sus caras, como meritorio camouflage de su egoísmo o como orgullosa exhibición de un sufrimiento verdadero.

Después, días después, cuando en el calabozo, tranquilo y gris, con las paredes escritas con las mil obscenidades que muchísimas manos habían dejado como fugaz y firme acuerdo del transitorio paso por aquel primer eslabón de la justicia, y que él miraría y volvería a mirar, y hasta repetiría mentalmente, como si aquel excremento espiritual fuera lo verdadero, lo importante, la íntima sinceridad que el anonimato de las paredes del calabozo permitían mostrar para su consuelo, la semejanza terrible de los hombres cuando las mismas paredes del calabozo, que defiende y separa a la sociedad de ellos, y también los defiende y también los separa a ellos de la sociedad, mostrándolos entonces, con esa libertad espiritual aterradoramente simple que los llevó a dibujar o a escribir con la punta de un clavo eso que no hubieran hecho con un lápiz en un papel sobre la mesa familiar de su casa lejana.

Y después, días después, cuando el oficial aquel le dijo en tono simpático:

—Y ¿qué tal estaba la piba?

Y él sonrió entonces casi feliz, volviendo a pensar: «Ellos me comprenden; son humanos como yo; cualquiera de ellos hubiera hecho lo mismo».

Y, más tarde, en el calabozo de los tribunales, recordando todavía las palabras de los empleados de la Secretaría Criminal, y del mismo Secretario que escuchaban con humano interés las circunstancias del hecho y hacían preguntas inteligentes y comprensivas, y afirmaban con sus cabezas serias y civilizadas, volviendo a preguntar detalles y más detalles que él contestaba, contento de cooperar una y otra vez, sintiéndose amparado por la simpática curiosidad con que las máquinas de escribir cesaban su repiqueteo para

esperar sus contestaciones. Y por último, el agente uniformado que lo llevaba de vuelta al calabozo, con su pornográfica juventud preguntando constantemente con cierta admiración envidiosa: «¿Así que no gritó? Porque a mí una vez...».

Y luego, en el calabozo, días y más días, con la consoladora camaradería de presos y guardianes, y las nuevas llevadas al tribunal y vueltas al calabozo, y por último, el día en que se dio por enterado por el papel aquel que decía con letra meticulosa e impersonal de ordenada sencillez CATORCE AÑOS; con una serie de palabras anteriores y otras posteriores, pero siempre catorce años, con letras mayúsculas, inconfundibles, que se diluyeron ante el tropel de lágrimas agolpadas en sus ojos, mientras el papel caía en recto planeo hacia el suelo gris del calabozo y él decía y volvía a decir:

—No puede ser. No puede ser.

.....

Y los miró entonces a todos después del almuerzo en el patio amplio de la cárcel, mientras un viento redondo y cálido pasaba sobre ellos sin que la menor hoja, o basura, o papel revoloteara a su paso en el impecable patio, completamente limpio, ausente en absoluto de dejadez humana, cuadrado, insensible, angustiosamente duro como las murallas calladas con los hombrecitos lejanos paseando rítmicamente, con el fusil al hombro, sobre las altas paredes recortadas de cielo, ante los ojos de ellos, enormemente chicos, en las caras duras, bajo las gorras grises de sus uniformes de presos.

Y los miró, mientras ellos lo miraban con el sufrimiento orgulloso de los imbéciles y de los chicos y de los hombres, mientras él bajaba los escalones con el uniforme recién puesto y su gorra de presidiario sobre la cabeza rapada, incorporándose así a la vida de la cárcel.

Sonó el timbre, fuerte y nervioso, mientras los hombres se alineaban ante una puerta y los guardianes aparecían, y él era empujado firmemente a una punta de la fila pisando con sus talones inexpertos al hombre que tenía detrás.

—Viejo, ¿qué hacés?

Y él, balbuceando algo como una disculpa, mientras la fila avanzaba hacia el interior de un pasillo y los hombres eran distribuidos en distintas direcciones.

Él trabajó en la imprenta los primeros días moviendo palancas suaves, ruidosas, metálicas, de rítmica trayectoria, entre un ruido complejo y enervante que rodeaba a los hombres como una aureola u olor, o algo así, convirtiendo sus movimientos en activo y sordo gritar, con una mezcla de empleados y obreros con la física espiritualidad del obrero suave, y la espiritualidad firme del empleado tosco.

El trabajo se hacía en dos turnos, separados por el almuerzo abundante y bueno, y una hora libre al medio día en que los hombres salían al patio grande, sumergiendo de sol su caminar despreocupado por la ausencia de la vida, como el hombre que camina para no estar quieto en el mismo sitio donde no tiene nada que hacer, y se desplaza hacia otro lado, donde tampoco tiene nada que hacer, pero por lo menos ha hecho algo al ir del primer punto al segundo, y todavía, con la consoladora perspectiva de volver del segundo punto al primero.

Fue al quinto o al sexto día de entrar en la cárcel cuando él cayó hincado en el medio del patio, con la cara entre las manos, con un ataque de nervios, con un llanto duro y seco, atrozmente fuerte, con convulsiones desproporcionadas para la pequeñez de su cuerpo encogido, y el absoluto silencio inmóvil de los demás presos que, en su círculo curioso y ordenado, observaban y observaban, impotentes y satisfechos ante el dolor ajeno, e impotentes y tristes ante el reflejo del dolor propio, o simplemente impotentes ante la impotencia del dolor.

Lo oyeron ellos —los presos— decir a él algo como: «¿Por qué? ¿Para qué?», entre convulsiones cada vez más suaves del patio invadido por el correr apresurado de los guardias que se acercaban de distintas direcciones.

—¿Y éste?

Y luego uno que puso su mano sobre el hombro de Baldivia para hacerlo levantar, y quedó con la mano extendida en absurda actitud por algunos segundos, y luego se inclinó también junto con todos, para levantar a aquel hombre caído, extendido en el centro del grupo, con las piernas

todavía encogidas, como prolongando su posición de hincado en aquel nuevo plano de las baldosas del patio, pegadas a su costado.

Se despertó horas más tarde en el hospital de la cárcel sin asombrarse del techo ni de las paredes blancas, ni de las personas de ropas distintas con su apresurado caminar de hombres descalzos, que se desplazaban entre las camas enfiladas contra la pared.

Sentía los brazos y las piernas dormidos, una molestia en el antebrazo y un gusto fuerte en la boca pegoteada de sueño.

Volvióse a dormir, y despertó a la mañana siguiente, mientras los hombres de blanco limpiaban el piso y un médico joven, con reloj pulsera en el brazo fino, se acercó a su cama.

—¿Qué tal? —le dijo con voz impersonal, mirando hacia la pared, mientras le tomaba la muñeca y luego miraba su reloj.

—Tiene que tomarlo con soda, che. ¿Qué condena tiene?

—Catorce años.

—Y bueno, m'hijo, no es tanto; piense en los que tienen perpetua. Vamos a darle algo para los nervios y a no pensar ¿eh?

Se fue el médico y él miró al techo y después dijo fuerte:

—No, no, no puede ser. Catorce años. ¿Por qué?... Pero, ¿por qué?... Pero ¿por qué?... Hice lo que hubiera hecho cualquiera, lo que hace todo el mundo... Por qué, por qué...

Y lloró después, mientras lo sujetaban a la cama y la aguja de la inyección entraba en su piel, y las manos de los enfermeros se aflojaban entre la bruma gris de su sueño.

Se despertó más tarde, y lo vio sentado a su lado al hombre aquel, enormemente gordo, oscuro y mediocre, con su gran frente pesada dividida en dos por la eterna arruga aquella que llevaba consigo, como si el solo hecho de subsistir representara para él un esfuerzo superior, y su tosco semblante, con sus ojos buenos y duros, rodeados de facciones, incrustadas en la cara, bajo la calvicie enorme brillando eternamente en su transpirar constante de hombre agitado.

Era un sacerdote, el capellán de la cárcel, el que estaba sentado a su lado con un libro en sus rodillas que dejó en una mesita; y tomó la jarra con agua llenando luego un vaso.

—Tome —le dijo—, estos remedios dan mucha sed.

Él tomó un vaso y después otro, y se recostó en la almohada secándose la boca con el borde de la sábana.

—Soy el capellán; le traje unos libros.

Después se fue a la cama de otros enfermos.

Volvió al día siguiente, mirando a Baldivia en la cara mientras éste se incorporaba apoyándose en un codo y le decía:

—¿Qué quiere? ¿Para qué viene? Yo no necesito consuelo, sino explicaciones, quiero saber el porqué de esto.

—Yo no estoy para dar explicaciones, sino para dar consuelo. — Después se calló un rato, y luego dijo casi en un susurro—: Y no lo consigo casi nunca. Es difícil tratar con hombres que no tienen casi ni siquiera la libertad de pecar. No sé si sabrá, pero soy uno de los fracasos más grandes de la Curia.

Baldivia lo miró con curiosidad y le pareció que debía explicar.

—Yo no creo en Dios.

—Claro, es claro, usted cree en el hombre, mejor dicho creía, hasta que le pasó esto.

—No, tampoco eso, yo no creo en nada.

—¿No? ¿Tampoco? Pensé que sí; es tan lógico creer en el hombre, es algo tan maravilloso la humanidad, hay tanto afán de superación, de mejoramiento.

—Pero, padre. ¡Como para creer en el hombre después de lo que me ha pasado! Va todo tan contra la lógica.

—Es claro; es esa vieja idea de que el sentido común es el menos común de los sentidos; nos hemos basado durante tanto tiempo en eso, que cualquier cosa hace tambalear nuestra fe, y un hombre sin fe, aunque no sea más que fe en sí mismo, es algo terrible.

—Padre, pero explíqueme por qué me ha pasado esto; por qué por hacer lo que hubiera hecho cualquiera tengo que pasar catorce años en la cárcel.

—No puedo explicarle esto si usted no cree en Dios; y cuando crea en Dios no va a necesitar que se lo explique.

Se levantó y después se fue.

Le dieron de alta al día siguiente y volvió a la imprenta. Ahí le encargaron el trabajo de llevar las pilas de papel guillotinado con la tinta todavía fresca de un punto a otro. Su trabajo estaba sincronizado con una de las máquinas; esto lo entretuvo, y trató de hacerlo lo mejor posible, aumentando su velocidad a medida que la máquina aumentaba su ritmo, que por fin paró al sonar el timbre dando fin al trabajo del mediodía.

Ahí lo vio entonces el hombre aquel que gravitaría tanto en su vida en el transcurso de esos catorce años. Se encontraron en el baño, inclinados sobre los lavatorios, sacándose las manchas de tinta entre el ruido del agua que salía por las canillas.

Era un magnífico hombre de cuerpo alto y macizo, y de facciones finas e inteligentes. Baldivia ya lo conocía porque era el jefe de redacción de la imprenta, y uno de los penados de mayor prestigio de la cárcel. Se miraron con la toalla común entre las manos limpias, y él le dijo:

—¿Qué tal?

—Ahora un poco mejor, pero hay momentos en que no puedo más. Creo que el trabajo me consuela.

Después se volvieron a encontrar en el descanso del mediodía y hablaron durante casi una hora. Se llamaba Salso y cumplía una condena perpetua por homicidio.

—Catorce años le dieron a usted por violación con agravante ¿no?

—Sí, catorce años.

—Leí su caso en el diario; la chica era cuñada suya y vivía en su casa.

—Sí; tuve mucha mala suerte; todo se me volvió en contra. Pero de todos modos es una barbaridad que me den catorce años por una cosa completamente humana que cualquiera hubiera hecho. ¿No le parece?

—No, no me parece.

—¡Le parece justa mi condena!

—No sé si justa, pero absolutamente necesaria.

—Pero ¿por qué? —le gritó en la cara—. ¿Le parece justo?

—El hombre no puede pretender justicia; para que hubiese justicia en el mundo tendría que haber un Dios y Dios no existe. Para hablar de justicia tendríamos que poner a todos los hombres del mundo en las mismas circunstancias que usted, solos en una casa con una chica joven, y aun así

sería bastante relativa, porque unos estarían más tentados que otros por edad, gustos, costumbres, herencia, o lo que sea. No, hombre, la justicia no existe, pero de todos modos, eso no es obstáculo para que todos cooperemos en mejorar la humanidad. La humanidad necesita mártires, puntales profilácticos en donde se apoya la decencia. Ésos somos nosotros. Estamos aguantando sobre nuestras espaldas la felicidad de un montón de personas. ¿Nunca pensó en la cantidad de chiquilinas que van a conservar su virtud gracias a usted?

—¿A mí?

—Sí, a usted, que está haciendo que miles de hombres no hagan lo que usted hizo para que no les pase lo que a usted le pasó.

—Yo nunca pensé...

—Usted tiene una hija ¿no?

—Sí, apenas la conozco.

—Dichoso de usted; tiene alguien a quien cuidar, está sufriendo por alguien, está viviendo en una cárcel para que nadie haga con su hija lo que hizo usted con su cuñada.

Sonó el timbre entonces, y los dos hombres se separaron en la fila, grises, inmóviles, en esa fila viviente de hombres y hombres, avanzando luego con paso rítmico a través de la puerta, como lo hacían dos veces por día durante semanas y semanas que pasaban, ligeras, enhebradas en noche difusa, pero livianas y tranquilas, casi rítmicas en su pasar uniforme, casi felices en su utilidad ordenada, avanzando hacia el futuro que Baldivia paladeaba con fruición, casi tanto como su pasado de cárcel, que él sentía como una acumulación de méritos que apuntalaban su propia estima o que justificaban esa parte antes injustificable de su vida.

Sus conversaciones con Salso se mantenían; siempre andaban juntos, la imprenta prácticamente era manejada por ellos. Un día Salso le dijo:

—A la mañana yo voy a misa; el cura sabe que no creo, pero no me puede impedir que vaya a sentarme en un banco; me gusta porque es cómodo para pensar, y además, se toma el desayuno aparte sin tener que hacer cola.

Desde ese día Baldivia empezó a ir también, se sentaban en la oscuridad de la capilla y ahí hablaban.

Salso un día le dijo:

—El defecto actual reside en no creer en el hombre. Se quiere volver a la Edad Media. Los católicos le achacan todas las fallas de esta época al siglo diecinueve; no se dan cuenta de que el mundo avanza hacia la perfección; retrocede a veces, no lo niego, pero por un paso hacia atrás, se dan cien hacia adelante; las mismas guerras que tanto se critican son realmente bárbaras, pero nadie se acuerda de los miles de hombres que dejan todo para pelear por un ideal equivocado o no, pero un ideal al fin, y arriesgan o pierden sus vidas para que otros hombres gocen de felicidad, honor, seguridad o lo que sea.

La vida del presidio transcurría así conversando constantemente; en las horas libres iban a la biblioteca y estudiaban o comentaban libros. Una vez se encontraron ahí con el capellán.

—¿Qué dicen, señores?

—¿Cómo le va? —le dijo Salso.

—¿Cómo está, Padre? —le dijo Baldivia mientras contemplaba sonriendo a aquellos dos hombres tan distintos; uno alto, fuerte, de fácil palabra y mirada ardiente; y el otro gordo, de enorme papada y mirada buena tras los párpados pesados.

—¿Y qué tal, Salso, cómo anda esa humanidad?

—Bien; y ¿cómo anda ese cielo?

—Lejano, bastante lejano.

Se fue después, y ellos se quedaron hablando de él.

—Es un buen hombre —dijo Salso—. Casi todos los curas lo son; lo que pasa es que son gente mediocre que necesita la justificación de un Dios para obrar decentemente.

El tiempo seguía transcurriendo y Baldivia, ya amoldado a su nueva vida fue trasladado a la administración de la cárcel; ahí veía las facturas de maderas que se compraban para hacer juguetes, y el papel para libros, y la harina y la infinidad de cosas que los hombres aquellos iban a trabajar con meticuloso desinterés, durante horas y horas, días y días, y a veces vidas enteras, inclinados en sus lugares de trabajo, dedicando esfuerzos y movimientos, ideas y recuerdos, esperanzas y proyectos, conscientes o inconscientes, hacia otras personas ignoradas que recibirían los beneficios,

que sus vidas confortables asimilarían despreocupadamente, sumergidas en la seguridad que el sufrimiento involuntario de esos hombres les proporcionaba.

Baldivia pensaba constantemente en su hija, el ser ese, chico y envuelto, que imaginaba ahora viviendo en la casa lejana y familiar, con la simpatiquísima cara que él le había provisto en su holgada imaginación, ese ser que ignorando en absoluto los sacrificios que el padre pasaba por ella y que él un día explicaría, conscientemente ante la mirada comprensiva de la futura chica de catorce años que él iba a conocer al terminar su condena.

Un día sintió necesidad de hablar de su hija; Salso estaba ocupado redactando un artículo para el diario del presidio, por lo que se dirigió a la capilla a hablar con el capellán. Lo encontró en la sacristía, con su gorda figura apretada en la sotana; se alegró de verlo y los dos hombres se sentaron a hablar.

Baldivia le contó su punto de vista actual, su martirio involuntario, pero consciente, por la felicidad de su hija, la fe que él había depositado en el hombre, su orgullo lógico y humano, todo aquello que le hacía soportar esta vida antes insoportable.

—Me alegro, hijo, me alegro; todo eso está muy bien para una vida sin autodeterminación, en estos momentos estás viviendo, trabajando, casi pensando por lo que la sociedad ha estipulado que debes hacer, vivir, o pensar. Miles de hombres, durante años y años, mejorando constantemente de ideas y teorías, han decidido esta vida que estás haciendo; tu dios actual es la sociedad; estás dirigido y gobernado para y por la sociedad, pero el día en que vuelvas a formar parte de la sociedad, que vas a ser tu propio dios, no creo que puedas soportarlo. El hombre ha nacido para ser libre, su autodeterminación le da deberes y derechos aterradores, pero ésa es la voluntad de Dios.

—No me hable de Dios, Padre; no soy un chico.

Los años pasaron después; uno detrás de otro, en su marcha hacia el infinito hasta que un día Baldivia terminó su condena y se encontró vestido con un traje antiguo y una valija en la mano, en la puerta de afuera del presidio, que después se cerró a sus espaldas con un sonido drástico de libertad indiscutible, y un silencio posterior de felicidad desconcertante.

.....

Los dos presos en sus cuchetas se callaron y el más viejo dijo después:

—El pobre se creyó siempre un mártir; creyó que estaba dando su vida por otra persona. Realmente, fue un mártir, pero nunca va a sospechar quien se benefició con su martirio.

Después empezó a rezar con voz firme y lenta hasta que el otro le interrumpió.

—Che. Salso, ¿el Baldivia ese rezaba también?

No, nunca. Sólo una vez, mejor dicho, cuando lo detuvieron, lo encontraron en una iglesia; acababa de matar a su hija y al novio en la cama de un hotel, y estaba hincado ante el altar gritando casi:

—¡Dios mío!; ¡Dios mío!, gracias por no existir.

LOS NUEVE MINUTOS DE CLAUDIA

ESA MUJER —la que bajó del ómnibus después del último de los pasajeros, cuando los ociosos de la ciudad-pueblo creíamos ya que no bajaría nadie más— se llamaba Claudia.

No la voy a describir, porque casi ni la vimos los contados segundos en que cruzó la calle en dirección al hotel, pero tampoco importa mucho, porque ésta no es su historia, ni tampoco es la de Crespo, el comprador de caballos, ni tampoco es la nuestra; sino que es la historia de una fracción de tiempo, de aquella fuerza indetenible e incontrolable, que podremos medir mecánicamente con el aparato prolijo y cromado, que marcará las unidades de medida, de aquello que precisamente no tiene medida y aseguramos su medición con los movimientos rítmicos y concentrados del pulgar y del índice sobre la cuerda del reloj, sentados en el borde de la cama, con el pijama azul o el de las rayas verticales, o incluso podemos archivar o despreciar, con un descuidado movimiento de mano, arrancando la hoja vieja del almanaque familiar sobre la pared de la cocina, o también desafiar parcialmente con el heroico esperar de los santos o la tenacidad valerosa del ateo, pero nunca dejar de pertenecer a él, ni dejar que él nos pertenezca, porque es parte y esencia de nosotros mismos, porque toda nuestra persona está formada por ese borbotón de momentos, por ese tropel de instantes, cuyos orígenes están en el Verbo mismo, y cuyo final quizá sabremos en el instante aquel del principio y fin de la vida.

La miramos bajar del ómnibus, desde la vereda de enfrente, apoyadas nuestras espaldas y uno de nuestros pies en la pared asoleada y blanca, junto a la caterva aquella bulliciosa y activa y ferozmente infantil de diarieros y lustrabotas, y uno o dos perros dormidos en su alerta descuido sobre la vereda de baldosas tibias, en aquel fresco octubre del año pasado.

Algunos de ustedes recordarán a Crespo, el extraño individuo aquel, que llegó a la ciudad-pueblo hada más de cuarenta años, en un caballo chileno

de magnífica boca y marca desconocida y sin ningún papel que acreditase su propiedad, pero sin tampoco nadie que se atreviere a pedírselo, y un bulto chico en la cintura, en donde asomaba a veces la culata pequeña, femenina, atildada, de un treinta y dos corto, de cachas de nácar, de cano absurdamente recortado, en un país en donde el calibre treinta y ocho entraba ya con fuerza avasalladora para convertirse prácticamente en arma nacional, y un tirador de carpincho con bordes de charol y hebilla entrerriana, y ese gesto en la cara del que nunca ha mandado, a pesar de haber nacido para ello, y que impresionó enormemente al gerente de *La Anónima*, a través del mostrador de la caja, en la que pidió fiado víveres y vicios por un año, sin otra garantía que esa violencia innata que rodeaba su persona, que no abandonó, ni siquiera un año más tarde, cuando el mismo gerente le dio a su hija en matrimonio, con las mismas dudas e incertidumbres como cuando le otorgara su primer crédito, pero al mismo tiempo, con cierta secreta, paterna, comercial e intuitiva esperanza en la bondad de su elección.

Y la chica aquella, cuya frágil e indomable femineidad dejaría de verse tras los vidrios empañados de la casa materna, para aparecer ahora entre un marco de *voiles* nuevos y una escasa fila de flores en el interior de la ventana de su casa propia, y tanto ella como las flores, y también las cortinas de *voile*, separadas por el vidrio, de la nieve, del frío, de la hosca naturaleza patagónica, viviendo una vida falsa y artificial en medio del calor producido por la salamandra inglesa, y ese halo de comida, naftalina, tabaco o talco o de humana presencia, de todo aquello que representa, o por lo menos acompaña, a la vida familiar; aunque en este caso el cincuenta por ciento de esta familia se encontraba a muchos días de marcha, enhorquetado en el caballo chileno de magnífica boca trayendo enormes yeguas de la cordillera a Comodoro —viajes que repetiría una y otra vez durante el transcurso de esos primeros años— mientras ella seguía tras los vidrios de la ventana, en un principio esperando verlo llegar, y más adelante cerciorándose de que no volvería como efectivamente sucedió, cuando en la caja de *La Anónima* pagó él hasta el último centavo de su deuda, comprendiéndose entonces que lo que quedaba tras los vidrios y la escasa fila de flores y las cortinas de *voile*, no eran otra cosa que la prenda,

garantía, base de aquella respetabilidad que Crespo necesitó para iniciar su fortuna, y que ahora devolvía, no ya de frágil e indomable femineidad, sino con la férrea y endurecida virginidad frustrada y ese leve matiz de orgullo y belleza que deja el odio originado por la esperanza del amor.

Ella murió años después, o simplemente dejó de existir, entre un continuo trajinar de familiares oscuros alrededor del médico impotente y un cuchicheo de frases lapidarias y condenatorias como: «el sinvergüenza la mató» o «la pobrecita murió de pena», entre suspiros y llantos, y un mariposeo de murmullos infructuosos y el solemne dolor de la gente simple ante la sencillez de la muerte.

La fortuna de Crespo aumentaba año a año; tenía el prestigio que da el dinero y la envergadura suficiente como para mantenerlo; poco a poco sus viajes a la cordillera se fueron espaciando, y pronto las riendas trabajadas y el cabestro grueso dejaron de ocupar su lugar habitual en la férrea, cobriza y traspirada mano que ahora apretaba a veces el volante del coche y, años más tarde, el cubilete de dados o las cartas francesas en interminables noches de pocker en el club social.

Y fue la ciudad entonces la que lo transformó, la ciudad-pueblo aquella, con sus calles horribles y sus veredas ausentes, y los pedazos de ciclo recortados por las feísimas casas, y todo aquel confort, real o imaginario; y pronto la frente aquella, arrugada de escrutar el horizonte y medir la lejanía en las extensiones inmensas de sus viajes, suavizó sus líneas ante la contemplación ambigua del sifón de soda, y la botella de vermouth o de fernet, y la breve apretada cintura, ceñida bajo el tirador de carpincho, aumentó considerablemente de tamaño, y su misma voz, enronquecida de tierra y de distancia sobre las ancas redondas de sus tropas, se tornó pausada y discreta, con una intensidad apenas lo suficiente como para llamar al mozo pidiendo otro café, o para decir «paso» en la mesa de juego, o simplemente para gruñir una afirmación o negativa en las discusiones de negocios o en el mostrador del Banco.

Bueno, estábamos con él ese día, con Crespo, y algunos otros y, como decía, la vimos cruzar Ja calle, pero no supimos quién era hasta unos días más tarde, mirando el libro de registro del Hotel Colón, en que figuraba Claudia, con un apellido extranjero como Holtz o Haltz; pero para nosotros

fue Claudia, simplemente Claudia, como si fuera una prostituta, o una modista, o una santa, o cualquiera de esas personas que pierden inexplicablemente su apellido por el elemental hecho de que un conjunto de sílabas son pronunciadas por un gran número de personas, y éstas con cierta dependencia de todas hacia ella, como una jerarquización de lo simple, de lo sencillo, como la aceptación del hombre en considerar, como máximo título, su título de hombre, instituido por Aquél, que después mandaría a su Hijo, a restaurar esta jerarquización con el simplísimo hecho terminado, con primaria violencia, sobre aquellas maderas cruzadas, y empezado, treinta y cuatro años antes, cuando la más pura de las mujeres aceptó la Pureza misma, y la hizo carne de su carne al pronunciar el elemental, sempiterno, y sublime *fiat* en ese polvoriento atardecer en las colinas de Nazareth.

Hablamos de Claudia ese día; hablamos un rato, con esa sabia noción de las mujeres que tienen los hombres que han vivido lejos de ellas, sin ser influenciados por ese falso matiz de femineidad que adquieren éstas en ese perentorio intercambio de intimidades; porque nadie entiende más a las mujeres que los maricas, o los sacerdotes, o los teóricos individuos de los pueblos chicos que para poseer una mujer pagan sus servicios en algún rancho, o en un prostíbulo, o en el Registro Civil, quedando saldada entonces esa parte preamorosa en que los hombres y las mujeres se miran mutuamente como en un espejo, pensando en el efecto que cada uno de ellos causa en la otra persona, sin tener tiempo entonces de dedicarse más que a la fascinante tarea de apreciarse a uno mismo.

No sé quién hizo el primer comentario; habrá sido Santander supongo, o algún otro.

—Es la del otro día, che, se llama Claudia, vieron.

Estábamos sentados, recuerdo, en una de las mesas del bar del hotel; creo que fue Crespo el que le dijo:

—No está mal.

—¿Qué estará haciendo? —dijo alguien.

—Irá de viaje; seguramente vendrá a pasar días en alguna estancia.

—No, a las mujeres cuando van al campo no les alcanza con una sola valija; llevan toda su ropa de ciudad, más la ropa de campo, más un montón de ropa vieja por lo que pudiera pasar.

—Sí —dijo Crespo—. Esta mujer viene por negocios; ha decidido su viaje a último momento, seguramente es demasiado impaciente para escuchar los consejos de su abogado y ha venido a cerciorarse ella misma de cómo andan sus cosas. Tal vez esté en pleito con alguien, no hay nada más incompatible que una mujer y la justicia, y a pesar de eso las mujeres creen en la justicia; se olvidan que las madres de los jueces han sido mujeres.

—No —dije yo—, la Claudia esa no va a ningún lado; seguramente viene de algún lado; se está alejando de algo, un hombre seguramente; las mujeres saben manejar las distancias; casi diría que es el arma que Utilizan con más eficiencia.

Seguimos hablando un rato; recuerdo que nos habíamos sentado a las doce porque recién empezaba el noticioso. En eso Crespo golpeó en la mesa y dijo:

—¡Mi avión!

Me fijé en la hora; eran las doce y nueve minutos.

—Maldita sea la Claudia esta, ¡me ha hecho perder mi avión! ¿Me lleva, che? Si se ha retrasado en salir puede ser que lo alcance.

—Bueno, vamos; mi coche está afuera.

Cuando llegamos al aeródromo el avión todavía estaba, pero habían cerrado la puerta y sacado la escalera. Crespo se acercó corriendo, agitando el talonario del pasaje, pero ya los motores estaban en marcha y todo fue inútil.

Subió lentamente, con su rugir constante, y la metálica y aplomada firmeza con que el hombre desafía la más primaria de las leyes naturales, y en el cielo muy azul lo vimos empequeñecerse de lejanía, hasta el momento aquel de la explosión terrible. Algunos de ustedes seguramente se acordarán del accidente en que murieron los treinta y nueve pasajeros y los dos pilotos.

Crespo a mi lado, con el pasaje estrujado en su mano quieta, miraba el punto aquel en el firmamento inmenso, en donde ya la elemental simpleza del infinito celeste ocupaba el lugar de lo que ya había sido, de lo que ya había pasado, y lo oí entonces murmurar aquello de:

—¡Dios, carajo, Dios!

Lo dijo paladeando las palabras, con una especie de unción caballeresca, como alguien que acepta, o reconoce, o simplemente observa la acción de alguien que hasta ese momento no había considerado, y me dijo:

—Vamos, quiere, che.

No habló durante el viaje de vuelta; lo dejé en su casa y quedó en comer conmigo esa noche en el hotel.

Murió esa tarde aplastado por un camión arenero en la calle Belgrano antes de llegar a Ameghino, a la vuelta de la Iglesia, y a dos cuadras de lo de Lola, su querida; murió en el acto, con la cara hundida en el suelo duro y los brazos abiertos, como abrazando la tierra que había sostenido su humana presencia durante más de sesenta años, y que él abandonaba ahora, cinco horas más tarde de lo que parecía que debió haber sido el momento de su muerte.

Nunca más supe nada de Claudia; quizá ella lea alguna vez estas líneas y se entere entonces que prolongó durante cinco horas la vida de un hombre. Lo que probablemente nunca sabrá es lo que hizo este hombre durante esas cinco horas. ¿Quién sabe qué importancia tuvieron para Crespo esos nueve minutos que Claudia Holt² robó de su tiempo? ¿Quién sabe qué importancia tuvieron para nosotros, los ociosos de la dudad-pueblo esos nueve minutos que también Claudia despojó de nuestras vidas? ¿Y a usted lector, cuya mano lejana y desconocida sostiene este libro, y que ha dedicado también unos nueve minutos para leer este relato? Nueve minutos de su vida limitada. Nueve minutos de su eternidad inmensa.

EL JUEZ

ESTABA a pocos pasos del juez, del hombre aquel de mirada baja y manos separadas, del hombre que lo iba a juzgar, del hombre que iba a decidir, a concretar, ese eterno equilibrio de su vida turbulenta; porque algo tenía que pasar —lo supo siempre— lo supo mucho antes de que los guardias aquellos lo detuvieran, después de aquel bravío forcejeo de lucha, en el patio mismo de la casa esa. Lo supo mucho antes, mucho antes, en sus años de prófugo, cuando los hombres armados, representantes del orden, lo buscaban por las calles sucias de los barrios pobres, o en las casas oscuras de miseria y de noche, o en los campos inmensos de tierra y de distancia. Algo tenía que pasar —siempre lo supo—; su vida había sido un continuo despojo de accionar ajeno; había sacado lo que otros habían hecho, había destruido lo que otros habían concebido, había vivido de la misma muerte, y se había saciado de la misma vida.

Era un hombre de acción, fuerte y valiente, que había estirado un día el brazo ancho, con la mano férrea, y había apretado la garganta aquella contra la pared silenciosa de la calle sola. No fue mucho eso, fue su primer dinero, que contó varias veces en la soledad de su refugio, sobre el piso húmedo de tierra apisonada. Después, fueron otros, y otros, y otros, y sus manos ávidas de ladrón valiente exprimieron de la vida el placer curioso del hombre que posee; fue buscado, perseguido, admirado, protegido; escaló paredes, y forzó ventanas, violentó mujeres en las mismas camas que maridos ausentes habían calentado. Sus armas eran prontas, lo sabían todos; en los barrios bajos donde las risas desdentadas de los que nada poseen celebraban las hazañas del que nada podía sacarles; lo sabían los hombres del estado que lo buscaban, con sus armas listas en los días largos, los mismos que luego, en las noches, en las cuchetas alineadas, con el correa flojo y los pies cansados, comentaban en voz baja el último de sus golpes, o el conjunto de sus hazañas. Lo sabían sus compañeros, los hombres de su banda, los que

en cuclillas aceptaban, silenciosos, el reparto desproporcionado del botín de los robos. Lo sabían las mujeres, de los cuerpos tibios y manos trabajadas, que diluían su vista sobre la olla humeante o sobre la ropa tendida, ante el pensamiento inquieto de alguna noche pasada en la compañía fuerte de aquel hombre violento.

Y ahora estaba preso, con las manos sujetas, delante del juez aquel de la mirada baja y las manos separadas, silencioso y altivo, en la magnitud de la tragedia. No quiso mirarlo, como si el reflejo de su vida bravía pudiera notarse en su mirada oscura. Porque algo tenía que pasar —siempre lo supo— porque aquel equilibrio que él había destruido tenía que pagarlo con alguna moneda, y su misma vida le parecía escasa después de lo visto en aquella tarde. Porque él había visto mucho en aquella tarde; había visto hombros fuertes, y espaldas cuadradas de hombres armados, de uniformes severos, que rodeaban su persona ahora impotente; los había visto accionar, cumpliendo órdenes que otros hombres lejanos les habían dado, y se vio a sí mismo tal vez dando esas órdenes, se vio a sí mismo en su vida pasada, ordenando aquello que todos cumplían, y sus lágrimas secas, de dolor infructuoso, se agolparon muy ásperas en su voz muy triste.

Y después dijo aquello al juez aquel de mirada baja y manos separadas.

Y el juez entonces giró la cabeza, y lo miró en la cara, y después le dijo: —En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.



DALMIRO ANTONIO SÁENZ (Buenos Aires, 13 de junio de 1926 - ibídem, 11 de septiembre de 2016) fue un escritor y dramaturgo argentino. Se convirtió en un autor reconocido a partir de la publicación del libro «Setenta veces siete», un premiado *best seller* que, al igual que muchas otras obras de su autoría, tuvo su versión cinematográfica.

Comenzó su actividad literaria tempranamente, y publicó a los 30 años, luego de viajar en buque por la Patagonia varias temporadas (lugar donde se instalaría por casi 15 años y donde ocurren sus primeros libros de cuentos) *Setenta veces siete*, que ganó el prestigioso Premio de la Editorial Emecé y se convirtió en un *best-seller*, apoyado en una visión violenta, sexual y de sólidos preceptos y cuestionamientos morales sobre la religión, que se convertirían en el sello de Sáenz por varios años (Los críticos coinciden en señalar que un eje religioso atraviesa siempre las historias del autor, ya sea a través de uno de sus personajes, o como en *Cristo de Pie* donde se ve su religiosidad en polémica con la religión del establishment,

en contraposición con el diálogo individual que el personaje hace con Dios).

Tiempo después participó de la adaptación del guión para la pantalla grande de dos de sus historias de *Setenta veces siete* que se unieron para armar la trama de la película homónima que dirigió Leopoldo Torre Nilsson (1962).

Luego de este comienzo Sáenz ganó el Premio del Magazine LIFE en español, en 1963, con su libro de cuentos *No*.

El mismo año ganó el Premio Argentores (Sociedad Argentina de Autores) con *Treinta, treinta*, un cuento planteado a la manera de los western americanos, pero situado en la Patagonia.

Al año siguiente publicó en la Editorial Emecé *El pecado necesario*, novela que luego adaptó para hacer el guión de su versión fílmica, retitulada como *Nadie oyó gritar a Cecilio Fuentes*, dirigida por Fernando Siro y ganadora de la Concha de Plata en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián, España (1965).

Luego comenzó a escribir teatro y enseguida fue premiado con el Premio Casa de las Américas, en Cuba, en 1966 con *Hip Hip Ufa* luego publicado por la Editorial Emecé. Luego también adaptado por el autor para el cine con el título de *Ufa con el sexo* y la dirección de Rodolfo Kuhn en 1972; y luego nuevamente vuelta a adaptar junto a Pablo Silva en la pieza teatral retitulada *Sexo, mentiras y dinero*.

Sáenz entre libro y libro y según sus declaraciones, se tomaba vacaciones literarias, escribiendo pequeños libros de humor, que tuvieron mucho éxito. Entre ellos, cabe destacar *Yo también fui un espermatozoide* en la Editorial Torres Agüero.

Luego comenzó una descripción íntima y detallada del universo femenino, con una visión sorprendente y original, que se transformó velozmente en *best-seller* con el título de *Carta abierta a mi futura exmujer* publicada por la Editorial Emecé en 1968, y reeditada varias veces, hasta la versión de 1999. Sáenz es un autor que capta la esencia de la sensibilidad femenina, personajes a los cuales trata con especial ternura, dicen los especialistas.

Su siguiente obra teatral *Quién yo?* publicada en 1969, y reeditada por Gárgola Ediciones en 2004, fue representada casi sin interrupciones desde su publicación, convirtiéndose en un clásico del absurdo de la escena teatral argentina. También trabajó como guionista cinematográfico, escribiendo varios títulos, entre ellos uno para el actor cómico Luis Sandrini, en el film *Kuma-ching* bajo la dirección de Daniel Tinayre.

Cuando sucedió la dictadura militar argentina 1976-1983 Sáenz recibe amenazas de muerte y debe abandonar el país, hacia el exilio, y luego de una recorrida se instala en Punta del Este, Uruguay. No escribe durante ese período.

Vuelve a las letras en 1983 con una novela histórica *El Argentinazo* y gana la Faja de Honor de la S.A.D.E. (Sociedad Argentina de Escritores) que luego se convertiría en una obra teatral, en la que trabaja en su adaptación con Sr. Francisco Javier, también director de la pieza, montada con su grupo Los Volatineros, en el teatro Nacional Cervantes en 1985.

Luego retoma las historias policiales, ya insinuadas en sus cuentos, con *Sobre sus párpados abiertos caminaba una mosca* una nouvelle de 1986, que también da origen a una nueva versión teatral de la misma, escrita por Sáenz y titulada *Las boludas*, que luego es llevada al cine, y *El sátiro de la carcajada* basada en hechos reales.

Luego se dedica a investigar, en asociación con el Dr. Alberto Cormillot, los manuscritos del mar Muerto y la figura de Jesus Cristo. Viajan por Israel, Egipto, Nueva York, entrevistando personalidades referidas al tema, y todo desemboca en la publicación del libro *Cristo de pie* (Editorial Planeta 1995 y 1998).

Sáenz continúa su particular y poética visión de los caudillos argentinos con sus novelas históricas *La Patria equivocada* (Editorial Planeta, 1991), *Malón Blanco* (Ed. Emecé 1995) y *Mis olvidos / o lo que no dijo el General Paz en sus memorias* (de 1998, Editorial Sudamericana).

Luego publica *Como ser escritor* (2004) con algunas fórmulas sobre como escribió sus mejores cuentos, y la novela *Pastor de murciélagos* (Gárgola Ediciones, 2005).

Muchos de sus trabajos han sido traducidos y publicados en diferentes idiomas, y sus cuentos integran numerosas recopilaciones, entre ellas *Latin Blood* de Donald Yates (The best crimes and detective stories of South America / Editorial Herder and Herder New York 1972); o *Los mejores relatos patagónicos* de Maria Correas y Cristian Aliaga, Editorial Ameghino Buenos Aires 1988, entre otros.

Vivió los últimos años de su vida en Buenos Aires (Argentina), donde trabajó como escritor, coordinó un taller literario y también hacía comentarios culturales en programas de radio, además de escribir artículos en forma free-lance para los más prestigiosos diarios y revistas.

Notas

[1] Presentado al Concurso de la Sociedad Argentina de Escritores. <<